



BELISARIO ROLDAN

OBRAS ESCOGIDAS

ROZAS

EL ROSAL DE LAS RUINAS

EL SEÑOR CORREGIDOR

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
RIVADAVIA 1573

BELISARIO ROLDAN

OBRAS ESCOGIDAS

ROZAS

EL ROSAL DE LAS RUINAS

EL SEÑOR CORREGIDOR



ACENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
RIVADAVIA 1571-73 ☐ BUENOS AIRES

1922

Nélida A. Lane

ROZAS

DRAMA DE AMBIENTE HISTÓRICO EN

CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ESTRENADO EN EL TEATRO BUENOS AIRES

LA NOCHE DEL 29 DE AGOSTO DE 1916.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Mercedes....................	Sra.	Angelina Pagano
Manuelita....................	Sta.	Lucía Barausse
Elena........................	Sra.	Lina Esteves
Clara........................	»	Aurelia Musto
Venancia....................	Sta.	Dora Ferreira
Rozas........................	Sr.	Francisco Ducasse
Capitan Gómez............	»	José Gómez
Llambías....................	»	Pedro Gialdroni
Marmol......................	»	Eduardo Zucchi
Cura Guesala..............	»	José Costanzo
Mauricio....................	»	Carlos Bouhier
Grondona....................	»	Ismael Pandre
Teniente primero..........	»	Juan Ferretti
Sebastian....................	»	Cirilo Etulain
Don Pedro..................	»	Guillermo Arrigui
Antunez.....................	»	Ismael Pandre
El hijo.......................	»	Carlos A. Gordillo
Teniente segundo..........	»	Alfredo Gonzalez
» tercero...........	»	Carlos M. Carranza
Carcelero....................	»	Juan Ferretti

ACTO PRIMERO

La sala de Rozas.—Muebles de la época.

VENANCIA

(*Entrando con una bandeja llena de tazas de plata y dirigiéndose, sin mirarlo, a Sebastián que la sigue.*)

—¡«Dejame, dejame» en paz!

SEBASTIAN

—Eso no es modo, Venancia...
permití que te lo diga...
así no se corresponde
a un cariño como el mío...

VENANCIA

—¡A más, estoy enojada!

SEBASTIAN

—¿Enojada vos? ¿Por qué?

VENANCIA

Vos sos un alabancioso...
Vos le has dicho a don Benito
que yo ya te he dado el sí...

SEBASTIAN

(*Aparte*)

—¡Quién le mandará a Benito
revolver mi mazamorra!

(*A ella*)

Bueno, Venancia, mirá...
Yo he dicho eso, no lo niego;

y es que a fuerza de desear
el sí que te estoy pidiendo,
me gozo en anticiparlo
por cuenta de mi esperanza;
y se me hace agua la boca,
cuando lo digo, Venancia...

(*Ella ríe*)

Además, a vos te «costa»
que la negrada se ocupa
demasiado de nosotros
y se ríen del empeño
con que yo te solicito;
y siendo negro... ya ves,
soy «blanco» de negrerías
que me sacan canas verdes...

VENANCIA

(*Que ha mirado amorosamente a Sebastián mientras pronunciaba aquellas excusas*)

—¡Basta, negro! ¡No más penas!
¡Ya has sufrido demasiado!
¡Aquí está mi blanca mano
como dicen en el teatro!

(*Se la tiende y él la estrecha*).

SEBASTIAN

—¡Venancia, Venancia mía!
¡Qué sorpresa que me dás!
¡Te perdono tus rigores
y las penas que he pasado,
negra que «tenés» dos ojos
como estrellitas del cielo
de una noche tropical!
¡Negra lustrosa y divina
que «tenés» la boca fresca
como un coral escondido

de puro humilde en la sombra!
(*Ella ríe emocionada*).
¡Dios te bendiga, Venancia!
¡Dos pasitos de candombe
para darle gusto al alma!

VENANCIA

—¡No por Dios, que pueden vernos...
Y la niña Manuelita...

SEBASTIAN

(*Interrumpiendo y empezando a bailar*).
—¡Dos pasitos, dos pasitos!

(*Venancia accede, después de mirar hacia el interior; y mientras piruetean su candombe, aparece Manuelita. Su presencia sobrecoge a los dos.*)

VENANCIA

(*Bajo, a Sebastián*).
—¡Has visto? ¡Por culpa tuya!

SEBASTIAN

—¡Perdón, niña Manuelita!

MANUELITA

(*Tras una larga pausa*).
—No... No estoy enojada...
Ese contento de ustedes
me ha entristecido más bien,
porque me ha hecho recordar
que nunca veo a la gente
alegrarse en torno mío...
(*Aparte*)
¡Siempre triste, siempre triste!
¡Siempre hablando a la sordina
y con la sonrisa oscura!

¡Quién me diera, Señor, verlo algún día
lleno de la risa y de la alegría!

(*A ellos*).

—¿Y por qué tanto contento?

SEBASTIAN

—Es que, niña Manuelita,
... me dá no se qué decirlo...
Venancia y yo nos casamos
si es que usted nos dá permiso...
Nos hemos comprometido
En este mismo momento...

MANUELITA

(*Aproximándose a Venancia afectuosamente*).

—Mi enhorabuena, Venancia...
Sebastián es un buen negro,
y desde ya les ofrezco
ser madrina en el enlace...

SEBASTIAN

—¡Gracias, niña Manuelita!

VENANCIA

—Su «mercé» es el ángel bueno
de los ricos y los pobres!

MANUELITA

(*Como hablando consigo mismo.*)

—Yo no soy sino un reflejo
de la tristeza común...

(*A ellos.*)

Cuando se casen, haremos
una fiesta popular...
Tatita estará entre Vds.
entre el pueblo que gobierna,
y habrá músicas y bailes

y mis amigas también
vendrán a regocijarse
con la ventura de ustedes...

SEBASTIAN

—¡Dios la bendiga, mi niña!
Mire, mire su «mercé».

(*Señalando a Venancia que llora.*)

¡Ella llora de alegría!

MANUELITA

—Bueno, Sebastián; ahora
hay que arreglar estas cosas...

(*Aludiendo a los preparativos para el chocolate que va a servirse.*)

Ya sabes tú (a ella) que Tatita
quiere ver siempre brillante
la plata de las vajillas...

(*Venancia se apresura a frotar las tazas con un trapo.*)

¿El Capitán Gómez vino?

SEBASTIAN

—Está al frente de la guardia
desde la hora de costumbre...

MANUELITA

—Vete enseguida a decirle
que yo necesito hablarlo.

SEBASTIAN

—Voy volando a traérselo

(*Sale por el fondo.*)

MANUELITA

—Tú, Venancia, déjame...

(*En momento en que ésta va a hacer mutis, suena en el interior un golpe fuerte y seco. Manuelita se estremece.*)

—¿Qué ha sido eso, Santo Dios?

VENANCIA

—¡Ave María, mi amita!
Es que han llamado a la puerta...
(*Asomándose.*)
Es el aguador que llega...

MANUELITA

—¡Hasta el aldabón alarma!

(*Venancia, que se había aproximado, hace medio mutis.*)

Ven, Venancia, no te vayas...

VENANCIA

(*Volviendo.*)
—¿Qué mi niña? Aquí me tiene...

MANUELITA

—Eres un girón de pueblo...
Tu me dices la verdad
y me miras sin recelos...
Yo sueño, Venancia, sueño
...pero nada, véte, véte...
(*Mutis, Venancia.*)
¡Hasta el aldabón alarma!

(*Queda sola. Se sienta y tras un momento de meditación, abre el libro que traía en la mano. Luego lee en voz alta.*)

Y el monarca era feliz,
porque su pueblo lo era;

y la gente forastera
prontamente comprendía,
al verle cruzar confiado
entre el eco alborozado
de la jubilosa grey,
que el monarca amaba al pueblo
y el pueblo amaba a su Rey...

(*Cierra el libro y queda un momento pensativa.*)

CAP. GOMEZ

(*Apareciendo por la puerta del fondo acompañada del negro mientras aquella saluda a Manuelita*)

—Buenas tardes, Manuelita...

MANUELITA

—Adelante, Capitán.
Tome asiento... ¿está Vd. bien?

(*Se sienta*)

CAPITAN

—Perfectamente. Y dispuesto
a servirla, como siempre,
en cuanto pueda serle útil...

MANUELITA

—Quiero hacerle dos preguntas...

CAPITAN

—...que contestaré en el acto...

MANUELITA

—Sé que es Vd., capitán,
el más fiel, el más adicto
el más leal y el más honrado
de todos los servidores
que rodean a Tatita...

CAPITAN

—Juicio que me honra, en verdad,
y que no puedo admitir...

MANUELITA

—Yo sé bien lo que me digo...
Algo conozco a la gente;
y puesto que puedo hablarle
con absoluta confianza
déjeme decir también
que algunos amigos nuestros
estarían mejor estando
donde están los enemigos,
y que algunos de éstos últimos
serían los bienvenidos
si llamasen a esta puerta...

(*Pausa*)

Pero no quiero extraviarme
en disquisiciones vanas...
Mi primer pregunta es esta;
Merceditas, su señora
¿por qué no quiere venir?
¿qué ocurre entre ella y nosotros?
¿qué chisme ha podido haber
que la aleje sin motivo,
capitán, de nuestra casa?

CAPITAN

—Esta tarde va venir...

MANUELITA

—Porque yo he ido en persona
a rogarle que no falte;
pero hace un mes que no viene...
¿No conoce Vd. la causa?

CAPITAN

(*Un poco turbado*)

—No, Manuelita; la ignoro
si es que existe; lo que dudo.
Sabe mi mujer que estoy
en la guardia muchas horas
y que visitando a Vds.
se encontraría conmigo
y si es parca en sus venidas
es porque, seguramente,
se va haciendo más casera
cada día. Y nada más.

MANUELITA

—Sentiría de todas veras
que hubiese un mal entendido...

CAPITAN

—Y yo a mi vez sentiría
que por causa de Mercedes
fuera Vd. a preocuparse...
No creo, se lo repito,
que haya un motivo especial.
en la actitud de su amiga;
y pues le hace Vd. el bien
de interesarse en tal forma,
cosa que mucho nos honra,
yo procuraré aclarar
lo que haya en el fondo de esto...

MANUELITA

—Es mi cariño por ella
lo que me hace preocupar...

CAPITAN

—Cariño que retribuye
mi mujer, muy ampliamente...

No hablemos más del asunto,
y perdón, en nombre suyo,
si su conducta ha podido
preocuparla, Manuelita...

MANUELITA

—Preocuparme, y seriamente.
Además... tengo que hacerle
una rectificación...
Usted está equivocado
al afirmar que no hay
ningún motivo especial
a que atribuir la actitud
reservada de Mercedes...
Yo he hablado hoy con ella
y tras mucho vacilar,
concluyó por confesarme
que tiene buenos motivos
para no venir aquí...

CAPITAN

(*Alarmado*)

—¿Qué motivos?

MANUELITA

—No lo sé.
Imagínese el empeño
que puse por conocerlos;
pero no quiere decirme
ni una sola cosa más...
Logré, sí, que renovara
la seguridad completa
de su cariño hacia mí,
y en prenda de él, la promesa
de que esta tarde vendría...

CAPITAN

(*Preocupado*)

—No comprendo.

MANUELITA

—Juzgue ahora
del afán con que le pido
que descifre esta charada...

CAPITAN

—Le aseguro que he de hacerlo...
No comprendo, no comprendo...

MANUELITA

—Ahora soy yo quien le pide
perdón por haberle dado
ocasión de preocuparse...
Aclare Vd. mismo el caso,
Capitán, se lo suplico,
y escuche a esta impertinente
la interrogación segunda...
Es una pregunta grave...
¿qué hay de conspiraciones?

CAPITAN

—Algo conoce Vd. ya
de mi manera de ver:
de conspiración, no hay nada.

MANUELITA

—¿Nada, nada, Capitán?

CAPITAN

—Absolutamente nada.

MANUELITA

—No una, varias personas,
allegadas a Tatita...

CAPITAN

(*Interrumpiendo*)

—...dicen todo lo contrario...

No es el caso extraordinario
ni ha de llamar la atención...
Para explicar la razón
y causa de su existencia,
funcionarios sin conciencia
mienten la vieja mentira
de la gente que conspira
y divulgan sotto-voce
la especie de que la noche
envuelve en sombras calladas
las intentonas menguadas
de ilusorias rebeliones...
¡Justifican de ese modo
sus estimables funciones!

MANUELITA

—¿Cree Vd. que lo inventan todo?

CAPITAN

—No sin motivos denigro
a esa casta criminal...
¡Para que exista el puñal
debe existir el peligro
y siendo ellos los puñales,
los riesgos han de fingir
pues que faltando los tales
delitos que prevenir,
su propia razón de ser
dejaría de existir...
Y hasta suele acontecer
que en los calabozos gimen
autores imaginarios
de un imaginario crimen,
y se alzan los incensarios
en favor del que acusó
tildando tal vez de necio
al que afirma, como yo,

que solo nuestro desprecio
merecen esos villanos,
siniestras aves de agüero
que han maculado sus manos
en el crimen, vil acero
que ha degollado inocentes,
—mujeres, ancianos, niños—,
miserables delincuentes
aunque se llamen Cuitiños!

MANUELITA

—¡Capitán!

CAPITAN

(*Exaltado*)

—Y pues que usted
me hace el altísimo honor
de creer mis referencias,
tolere al más fiel soldado
de su padre, una impresión:
allá abajo y aquí arriba
se vive de sugestiones;
y la más grande y más pura
que llega al Restaurador
es la sugestión de Vd...
Ejérzala libremente...
Invítelo a no estar viendo
enemigos en la sombra...

MANUELITA

—Lo he intentado alguna vez...

CAPITAN

—Háblele como habla Vd.
cuando la fé la ilumina,
con la elocuencia en los labios
y el resplandor en los ojos
de la verdad y del bien...

Dígale que aún es tiempo
de suavizar asperezas,
que aquí, donde está la fuerza,
puede estar el otro impulso;
que la magnanimidad
viene siempre del más fuerte
y que este pueblo es tan bueno
como bueno es un gran niño...
Y no olvide que le hablo
en nombre de una adhesión,
tan íntegramente leal,
que si él prefiriese el crimen,
en el crimen, con ser crimen,
mi acero le acompañara,
aunque la conciencia entera
se quemase de rubor!

MANUELITA

(Secándose los ojos)

—Capitán...

(Le tiende la mano)

Ya me anunciaba
el corazón que iba a oir
palabras altas y puras...
No sé si querrá mi padre,
malgrado la gran bondad
de su corazón, oirme;
pero a fé que he de intentarlo
y el Señor no ha de querer
que caiga en tierra infecunda
tanta semilla de bien,
y que sirva, al menos, de algo...

(Poniéndose de pie)

Torne a su puesto el hidalgo
lleno de honor y de brío
mientras quedo yo en el mío

pidiendo al cielo propicio
que me permita poner
cuanto soy y cuanto valgo,
de mi buen padre al servicio...

CAPITAN

—Guíe el cielo a su hija buena
que sabe velar piadosa
por su patria y por su padre,
y haga Dios que este la escuche
para ventura de aquélla...

(*Saluda inclinándose profundamente y váse. Manuelita queda un momento de pie, de espaldas al público. Luego toma el libro que había dejado sobre una mesa y vuelve a leer en voz alta*)

MANUELITA

—Y el monarca era feliz
porque su pueblo lo era;
y la gente forastera
prontamente comprendía
al verlo cruzar confiado
entre el eco alborozado
de la jubilosa grey,
que el Monarca amaba al pueblo
y el pueblo amaba a su Rey...

(*Pausa. Después de llamar por timbre a Venancia, que acude*)

¿qué horas son?

VENANCIA

—Las cuatro han dado.

MANUELITA

—Traerás aquí el chocolate
y el calentador también.
Yo lo voy a preparar.

¿Hicieron las ensaimadas
para Tatita?

VENANCIA

—Sí, niña.

(Váse hacia el interior. Sebastián aparece en la puerta del fondo y cuadrándose anuncia al dueño de casa)

SEBASTIAN

—El ilustre Restaurador
de las leyes...

ROZAS

—Buenas tardes.

MANUELITA

(Después de abrazar y besar a su padre)
¿Has paseado?

ROZAS

—Me aburrió mucho el Tedeum...
y después he caminado
una legua por lo menos...
tú, ¿qué has hecho?

MANUELITA

—Yo he leído.

(Le muestra el libro que Rozas toma sin abrir y cuyo título lee)

ROZAS

(Leyendo)

—El monarca amado
de su pueblo.

(Tira el libro con cierta displicencia sobre la mesa)

¿Nadie vino?

(Se pasea)

MANUELITA

—Nadie... no. Deben llegar
en seguida las visitas
que esperamos... ¿En qué piensas?
Me pareces preocupado...

ROZAS

—Nunca me faltan motivos
para estar de mal humor.

MANUELITA

(*Muy penosamente*)

—Tatita... vas a pensar
que soy una entrometida,
pero..., quisiera decirte...

ROZAS

—¿Qué me quisieras decir?

MANUELITA

(*Tras una pausa*)

—Es que temo...

ROZAS

—Soy tu padre...
Quiero saber que te pasa...

MANUELITA

—Desde que murió la santa
aquella que fué mi madre,
ninguna voz se levanta,
padre mío, en esta casa,
no diré para ayudarte,
nada de eso, en la tarea,
ni menos para brindarte
el concurso de una idea,
pero ni para ofrecer

a tus afanes constantes
una impresión de mujer...
No será como la de antes
la pobre y tímida mía,
pero tiene ella en su pro,
a falta de otra valía,
la muy alta de ser yo
quien te la viene a ofrendar,
pues si mi fé no destella
como ella, luz al hablar,
pusiera a mi Dios querella
si dudases que te quiero
igual que te quiso ella...

ROZAS

—¿Qué es lo que vas a decirme?

MANUELITA

—Que hay gente a tu alrededor
empeñada en alarmarte.
con noticias que no siempre
se ajustan a la verdad...
Este pueblo, que es un niño,
más sensible a las bondades
que a las duras represiones...

ROZAS

(Interrumpiendo con un poco de brusquedad, pero sin grosería)

—No sigas, te lo suplico...
Has evocado un recuerdo
que hace humedecer mis ojos
y has hablado dulcemente
en nombre de su filial
cariño que retribuyo;
pero elejiste un mal día...
Déjame, sin ofenderte,
déjame solo un momento...

MANUELITA

—¿Te has enojado, Tatita?

ROZAS

(*Acariciándole la cara*)

—Sabes muy bien que contigo
no me incomodo jamás...
Vete dentro. Ya hablaremos
otro día de este pueblo
que tiene el alma infantil...

MANUELITA

—Cuando lleguen las visitas
me harás llamar, ¿no es verdad?

ROZAS

—Sí, «mijita». En cuanto lleguen.

(*Váse Manuelita. Rozas, muy visiblemente preocupado se pasea un momento, meditando. Luego toca el timbre. Sebastián acude*)

Llame al jefe de la guardia

(*Continúa paseándose*)

CAPITAN

(*Apareciendo y cuadrándose militarmente*)

—¿Qué me ordena su excelencia?

ROZAS

—Cuando tenga Vd. deseos
de ayudarme con consejos,
no se valga de mi hija:
démelos directamente...

CAPITAN

—Señor...

ROZAS

—Basta ya. Retírese.

(El Capitán hace la venia y se retira. Rozas se sienta y permanece así unos segundos, fija la vista en el suelo. Oye un ruído interior derecha)

VENANCIA

(Apareciendo con una perrita en las manos)
—¡Señor, señor!
¡Han pisado a la perrita!

ROZAS

(Tomando la perrita)

—¡Han pisado a la perrita!
¡Habrá gente torpe y cruel!
¡Sebastián!

SEBASTIAN

(Acude)

—Mande, señor.

ROZAS

—¿Quién ha sido el que le ha roto
la pata a «Federación»,
el imbécil que camina
sin ver lo que va pisando?

SEBASTIAN

—Yo no, Señor, se lo juro.

ROZAS

—¡Yo no, Señor, se lo juro!
¡Ahora han de jurarme todos
que ninguno es el culpable
y se quejarán después,
si por castigar a ese,
hago castigar a todos!

¡Salvajes. más que salvajes!

(*Cambiando de tono*)

¡Pobrecita
la perrita!
¡Animales!

TENIENTE ROJAS

(*Aparece con un papel en la mano y se cuadra militarmente*)

ROZAS

—¿Qué hay, Teniente?

TENIENTE ROJAS

—Comunican
recién de Santos Lugares
que han llegado los tres presos...
Solicitan instrucciones...

ROZAS

—Ya he dicho que los fusilen

(*El Teniente hace la venia y se retira*)

¡Mi pobre «Federación»!

(*Acariciándola*)

Y no se queja
ni grita
la menguada;
y levanta
la patita
lastimada
sin llorar...
¡Rudos, bárbaros, salvajes!

(*A Sebastián que ha permanecido en la puerta lateral, entregándole la perra*)

¡Que la lleven en seguida
a lo del Sargento Roque;
de orden mía, que le entablillen

la pata inmediatamente...!

(Mutis Sebastián)

—¡Tropa de bestias alzadas!

VENANCIA

(Anunciando)

—La señora Merceditas

ROZAS

(Cambiando súbitamente de actitud)

—Hágala pasar aquí

(A la señora de Gómez que aparece)

¡Sea bienvenida la hermosa!

(Le da la mano)

MERCEDES

(Mirando en torno)

—Muy buenas noches, Señor
¿Manuelita no está aquí?

ROZAS

—Ya va a venir Manuelita;
entretanto, conversemos...
¿No cree Vd. que ha amanecido
más socarrón el Cupido
del jardín,
que parece más despierto
y en los ojos tiene cierto
retintín?
¿qué está más verde Palermo
y el ombú viejo y enfermo
va mejor,
mientras ríe con más sorna
ese Dios Baco que adorna
el corredor?

¿qué a mentido el jardinero
cuando ha dicho que en Enero
no dá guindas el guindál,
pues su boca es una guinda
tan tentadora y tan linda
como el mal?

MERCEDES

—¿Va Vd. a insistir, Señor?

ROZAS

—Entre las muchas mentiras
que dirá de mi la historia,
dirá que ignoré la gloria
del amor y que a merced
nunca estuvo de sus redes;
pero es lo cierto, Mercedes,
que estoy loco por Vd...

MERCEDES

(*Apartándose indignada*)

—¡Por cariño a Manuelita
he vuelto a venir aquí
y pues que no rinde Vd.
al hidalgo que es mi esposo
la lealtad que merece
un soldado como él,
por respeto a su propia hija
respéteme Vd. a mí!

ROZAS

—¿Con esas gazmoñerías
se responde a mi pasión,
a mi pasión verdadera?

MERCEDES

—Y me retiro en seguida
Si Manuelita no viene...

ROZAS

—Dos cartas he escrito a Vd...

MERCEDES

—...que he quemado sin leer

ROZAS

—Su última palabra es... «nó»?

MERCEDES

—Mi última palabra es esa.

ROZAS

—Perfectamente, señora.
¡Veremos quién vence a quién!

VENANCIA

(Desde la puerta)

—El señor cura Guesala,
el Señor Doctor Grondona,
la Señora de Marinez.

ROZAS

—Que pasen, y avísele
a la niña Manuelita.

(Simultáneamente avanzan las visitas y entra Manuelita)

MANUELITA

(Adelantándose)

—Señor Cura...

EL CURA

Manuelita...

MANUELITA

(A la señora de Marinez)

—Doña Clara...

SRA. MARINEZ

—Manuelita.

(*Se besan*)

MANUELITA

—¿Qué ha hecho Vd. con esas barbas, querido doctor Grondona?

(*El doctor Grondona tiene «chuletas» largas y recibe la pregunta mientras da la mano a Manuelita, en tanto que los otros visitantes saludan a Rosas y a Merceditas*)

GRONDONA

—Ponérmelas a la moda...

ROZAS

(*Mientras da la mano a Grondona*)

—¡Qué doctor Grondona este!
No le basta andar en charlas
con todos mis enemigos...
Ahora viene a provocarme
enseñándome el pescuezo...

(*La broma trágica produce en los circunstantes una momentánea sensación de espanto, que Manuelita procura disipar*)

MANUELITA

—¡Tiene unas bromas Tatita!

(*A Mercedes*)

—¿No viste a tu Capitán?

MERCEDES

—No.

MANUELITA

(*A Venancia*)

—Al Señor Capitán Gómez
y al Señor Teniente Rojas
invítelos a pasar...

MERCEDES

—Muchas gracias.

ROZAS

(*A la señora de Marinez*)

—¿Qué se miente, Misia Clara?

SRA. MARINEZ

—Que la semana que viene
habrá otro sarao de gala
en casa de Luis Güevara...
y que será más alegre
que el del sábado anterior
en lo de Misia Martina...

ROZAS

—¿Qué no estuvo bien la fiesta
del grave señor de Torres?

SRA. MARINEZ

—¡Qué esperanza. Parecía
un velorio. Se movía
la concurrencia apiñada
en la sala colorada
como cumpliendo un deber...
Daba risa. Era de ver
la santa resignación
con que se bailaba al son
de una música penosa...
Manuelita: era una cosa
más triste que el Viernes Santo...

ROZAS

—Es que por fingir se finge
hasta la misma alegría
en esta ciudad gloriosa...

(*Irónico*)

¡Cosas de pueblo que tiene
una gran alma infantil,
como aseguran algunos!

SRA. MARINEZ

—Sí; la ciudad no es alegre...

EL CURA

—Tal vez porque piensa en Dios,
y los que piensan en El
usan poco de la risa...

ROZAS

...¡pero roban cojinillos!

MANUELITA

(*Como para desviar la conversación*)
—Señor cura...
Entre yo y mis buenas negras
hemos hecho esta semana
todos los trajes que Vd.
nos pidió, para los pobres...

EL CURA

—¿Todos? ¿Son cuarenta y cinco?
(*Entra el Capitán y el Teniente, saludos, etc.*)

MANUELITA

—Todos, todos, sí; señor.

EL CURA

—Es trabajar febrilmente,
Manuelita, haber hecho eso;
y es un regalo muy grande
el que hace Vd. a mis pobres...

ROZAS

Ya que habla Vd. de regalos...

he recibido yo uno
por el velero de ayer,
que ha de llamar la atención...

(*Al Teniente*)

—Hágame el favor, Teniente...
Está sobre mi escritorio
un estuche angosto y largo;
hay una carta a su lado...

(*Indica con el gesto que las vaya a traer. El Teniente entra*)

EL CURA

(*A Rozas*)

—¿Es proveniente de España?

ROZAS

—No, señor. Viene de Francia.

SRA. MARINEZ

—Entonces será un vestido
destinado a Manuelita...

ROZAS

—¡Frío, frío! Vean Vds.

(*Señalando al Teniente que vuelve con el estuche y la carta. Rozas abre aquél y saca una espada*)

EL CURA

—Una espada...

ROZAS

—Cabalmente.
La espada de San Martín.
Me la envía desde Francia
el vencedor de Maipú,

(*Emoción general*)

y me escribe... Capitán:
hágame el bien de leerla...

Es una carta que pone
harta luz en mi conciencia
de gobernante...

(*Le entrega la carta y el Capitán lee en voz alta*)

CAPITAN

—Excelencia:
Guardad para vos, Señor,
como el tributo lejano
de un proscripto y de un dolor,
la espada que alzó mi mano
ungida por la victoria.
Quien tuvo, cual vos, la gloria
de rechazar altanero
del umbral de la nación
al invasor extranjero
merece usar el acero
que relampagueó en Junín.
Recibid la devoción
de José de San Martín.

(*La emoción que produce la lectura de esta carta se dejará ver en todos los circundantes*)

GRONDONA

—Es un legado glorioso...

EL CURA

—El más grande, el más precioso
que es posible recibir...

ROZAS

(*Indignado repentinamente*)

—¡Y qué habría de decir
el héroe aquel si supiera
que el enemigo está afuera
o adentro, indistintamente!
Se habla de conspiraciones...

Hay una, efectivamente,
preparada contra mí
y en trance de reventar
Su Jefe es un militar
que se encuentra ahora aquí,
bajo este techo en que están
los que oyen mi acusación...
¡Y es ese hombre, el Capitán!

CAPITAN

—¡Señor!

ROZAS

—¡Inmediatamente,
desármelo usted, Teniente!
¡Con él a Santos Lugares
sin pérdida de una hora!
Allá hay un juez que lo espera...

CAPITAN

—No ha habido nunca un soldado
más adicto ni más leal...

ROZAS

—¡Eso es para el tribunal!

MERCEDES

(*Arrodillándose ante Rozas*)

—¡Señor, señor, yo lo juro;
ni en sueños, nunca, jamás;
ni aquí ni fuera de aquí!...

(*La ahoga el llanto*)

ROZAS

—¡Qué hermosa está Vd. así!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La escena representa la sala de la casa del Capitán Gómez. Es una alcoba sin lujo, pero bien amueblada. Puertas al fondo y laterales. Una ventana da a la calle. Hay una virgen sobre una consola. Al abrirse la cortina, Mercedes se pasea, angustiada. Suena llamador, tras una pausa.

MERCEDES

—¡Por fin!

(*Sale por el fondo a abrir la puerta de calle, que se supone inmediata a la sala, y reaparece acompañada de Mauricio, asistente de su marido*)

Mauricio... has tardado
dos horas largas, caramba!

MAURICIO

(*Sacando una carta y dándosela*)
—Y no he podido entregarla...

MERCEDES

—¡Qué no has podido entregarla!

MAURICIO

—Es imposible, señora...

MERCEDES

—¡Pero por qué, Santo cielo!
¿No me dijiste tú mismo
que Sebastián es tu amigo...?

MAURICIO

—Y conseguí hablar con él,
y le expliqué bien el caso...
Traigo, le dije, esta carta
de la señora Mercedes
«pá» la niña Manuelita...

MERCEDES

—Sí...

MAURICIO

—...hay que hacérsela llegar
«aura» mismo; es muy urgente...

MERCEDES

—¿Y?...

MAURICIO

—...pero sin que su Excelencia
se entere de nada... Entonces
el negro se fué pá dentro
con la carta; yo esperé,
sin dejarme ver de nadie,
porque todos allí saben
que le sirvo de asistente
al Capitán... Y al ratito
volvió y me dijo: «imposible»...
Hay orden de su Excelencia
de no entregar a la niña
Manuelita carta alguna
y darle a él las que vengan...

MERCEDES

(Desesperada)

—¡Esto más! ¿Y no insististe?

MAURICIO

Vd. sabe, mi patrona,

cuanto quiero al Capitán
por lo bueno que es conmigo...
Tres años van hacer ya
desde que soy su asistente...
Figúrese cuanto haría
por convencer a ese negro
de que entregase la carta
que tal vez salve su vida...
Cuando ví que no quería,
Le propuse que llevara
a la niña Manuelita,
un recado de palabra,
...pero se negó también
...de miedo a que lo castiguen...
Entonces busqué a Venancia
sin que Sebastián supiera.
Hablé con ella...

MERCEDES

—¿Y tampoco?

MAURICIO

—¡Tampoco quiso la negra!

MERCEDES

—¡Dios me ampare! ¡Sola, sola!

(*Paseándose muy agitada*)

¡Y tu mujer que no vuelve!

MAURICIO

—¿Dónde la mandó, señora?

MERCEDES

—Otra vez a que buscara
al señor Cura, a Grondona,
a Misia Clara... ¡Y no vuelve!

(*Exaltándose*)

¡Y mi marido va en marcha
ya para Santos Lugares!
¡Y hace cinco horas, lo menos
que se consumó la infamia
de acusar a un inocente
sin que nadie haya venido
a decirme una palabra
solidaria de protesta,
a ayudarme, ni siquiera
a poner sobre mi angustia
el consuelo de una idea!
¡Y salí sola de allá;
y allá, presenciando el crimen,
estaban la Religión,
la sociedad, el Derecho,
el ejército y el pueblo;
y sordos a mi llamado
no quieren venir, no vienen;
ni el cura, ni la matrona,
ni el abogado famoso,
ni la hija, ni el Teniente,
y hasta el negro miserable
se niega a prestarme ayuda;
y hay un pueblo en esas calles,
y hay un Dios tras de esa altura!

MAURICIO

—¡No desespere, patrona!

(*Oyendo ruido en el exterior*)

¡Están abriendo la puerta!

MERCEDES

—Elena llevó la llave...

MAURICIO

—Debe ser ella. «Viaver».

(*Sale y vuelve con Elena*)

MERCEDES

—¿Y?...

ELENA

—Están viniendo, señora...

MAURICIO

—¿No vé, patrona, no vé?

MERCEDES

(*A Elena*)

—¿Qué te dijo el Señor Cura?

ELENA

—Que enseguidita venía...

MERCEDES

—¿Y estaba el doctor Grondona?

ELENA

—Estaba... ¡Viera qué susto
cuando «gopié» el llamador!
Sentí que hablaban adentro
todos ellos, en voz baja...
Después se abrió la ventana
y se asomó la señora...
Cuando le dije quien era
se tranquilizó en seguida
me mandaron que pasara.
El mismo doctor me abrió...

MERCEDES

—¿Y qué te dijo?

ELENA

—Primero
me preguntó si es verdad
que Cuitiño estuvo aquí...
...y que quién estaría ahora...

Yo le dije que ninguno,
y me hizo que jurase,
y yo lo juré, señora...
Le dije que Misia Clara
vendría a verla también,
si el doctor la acompañaba,
y me mandó a casa de ella
a decirle que esperase,
que ya pasaba a buscarla...

MAURICIO

(*Después de mirar desde la puerta, hacia afuera*)

—Aquí esta el doctor Grondona
... y doña Clara también,

(*Entra ésta última seguida de aquél. Elena hace mutis por la izquierda y Mauricio se queda en la puerta oyendo*)

M. CLARA

(*Besando a Mercedes*)

—No he venido antes, Mercedes,
por respeto a su dolor,
...temiendo ser importuna...

MERCEDES

(*Secamente*)

—Gracias.

GRONDONA

(*Después de darle la mano*)

—Y después de aquello
¿no ha ocurrido nada nuevo?

MERCEDES

—Para dar a la calumnia
aspectos de seriedad,
ordenó el Restaurador
que viniese aquí Cuitiño...

GRONDONA

—¿Y vino?

MERCEDES

—Sí, señor; vino
¡a registrar los papeles
de Carlos! ¡Figúrense!
Está demás añadir
que le dí facilidades
entregándole las llaves
del escritorio... Y se fué
llevándose documentos
que no tienen importancia...

MAURICIO

(*Desde la puerta*)

—¡Y las onzas que guardaba
en su caja el Capitán...!

MERCEDES

—Al salir osó decirme
con la voz oscura y baja
porque Mauricio no oyese,
que su Excelencia me daba
para obtener mi respuesta
a sus torpes pretensiones,
veinticuatro horas de plazo...

(*Mauricio escucha con asombro*)

GRONDONA

—¿Y qué piensa hacer, señora?

MERCEDES

—Vd. me dirá, doctor...
Cuando una dama como yo, cuya honra
no empañaron jamás sombras malditas
se halla a merced del crimen y la injuria,

solo puede, en su negra incertidumbre
acudir a los buenos caballeros
que como Vd. señor, lo saben todo...:

(*Bajando la voz*)

...que requerida de amores
por el desalmado aquél,
hice de mi honra un broquel
contra sus viles ardores...;
que oculté a Carlos el caso

(*Señalándolo*)

de acuerdo con sus consejos
y que por salir del paso
alguien iba hacer que lejos
enviasen a mi marido,
—«al Tucumán», por ejemplo,—
que llevé mi angustia al Templo,
que dije mi dolorido
secreto al Cura Guesala
a quien conmovio mi cuita;
que a instancias de Manuelita
volví allá... y que en la sala,
antes de llegar ustedes
el tirano vil...

GRONDONA

(*Alarmado*)

—¡Mercedes!

M. CLARA

—¡Pueden oirla, por Dios,
que oyen las paredes
y la ventana está abierta...

MERCEDES

(*Gritando*)

—¡El tirano, el criminal,
el Calígula, el Nerón,
el monstruo sin corazón

y sin más ley que el puñal!
...Pero usted mira a la puerta...
Teme que sea descubierta
la equívoca compañía
precaria, oculta y tardía
que me brinda su piedad...
¡Déjeme sola, Señor,
sola con la iniquidad;
huya usted de este dolor
que puede comprometerlo,
y sea su pasividad
más mísera aún, por serlo,
que el crimen del propio autor,
la prueba ya sospechada
de cómo un alma que grita
por esposa y por honrada,
es un alma abandonada
en esta Ciudad maldita!

GRONDONA

—Me juzga usted mal, señora...

MERCEDES

(*Interrumpiendo*)

...como juzgo a casi todos los señores
asíduos de palacio
y que comentan despacio
sus horrores...
¡Son traidores
que por duplicado mienten,
traidores a lo que piensan,
traidores a lo que sienten,
y traidores porque ambulan
traicionando a lo que sueñan
y también a lo que adulan!

GRONDONA

—¡En tal caso se encontraba
entonces, el Capitán,
sirviendo a Rozas, Mercedes,
y pensando cual pensaba...

MERCEDES

—¡Solo pensaba en desviarlo
hacia el camino del bien!

GRONDONA

—¡En eso pensamos todos!

MERCEDES

—No era mi esposo el mutismo
a la vera del tirano,
ni la sumisa aquiescencia...
¡Era una fuerza en acción,
una lealtad hacia él
obstinada en señalarle
el sendero del honor
por los medios a su alcance;
y su espada hubiese hundido
en el pecho del tirano,
si hubiera advertido un día
que él premiaba sus afanes
queriendo empañar su honor!
¡El no era un pasivo, no,
como son todos ustedes!

M. CLARA

—Yo, Mercedes, no quisiera
que usted extendiese a mí
su juicio un poco severo...
Estoy, como vé, en su casa
y he arrostrado los peligros

de venir a visitarla,
pues si llegara a saberse...

MERCEDES

(Irónica)

—No prolongue su inquietud,
Misia Clara, se lo ruego,
y puesto que no es prudente
que ande sola una señora,
siendo noche, por las calles,
acompáñela, Grondona...

M. CLARA

(Dándole la mano y besándosela)

—Muchas gracias, Mercedítas,
y que el cielo la proteja...

GRONDONA

—Voy a retirarme ahora
sin recojer sus agravios
que no me extrañan en labios
de quien sufre una tortura
tan honda y perturbadora...
A los pies de usted, señora.

(Saluda inclinándose y vánse)

MERCEDES

—Que ustedes lo pasen bien.

(Mercedes se sienta y llora silenciosamente, de espaldas al público. Mira de pronto hacia la consola donde hay una virgen y se dirije a ella; bruscamente se arrodilla y ora)

—¡Santa Virgen, virgen santa!
¡Oye la voz que levanta
hacia tu seno el dolor
y acoje el hondo fervor
con que a la justicia apelo

de tu bondad, de tu cielo
y de tu gloria, María!
Tú, cuya vista se espacía
sobre el mundo como pía
llamarada de ternura
y que llena eras de gracia,
Madre Santa, Madre pura,
Madre excelsa y milagrosa...
oye la voz de una esposa
que gime bajo el Terror...!
La gran angustia es conmigo
y pues el Señor,
Señora,
es contigo;
oye la triste dolora
de quien clama, de quien llora
y una voz inspiradora
pide a tu númen bendito...
¡Dadme, Virgen, la palabra
de verdad!
Que se abra
tu bondad
a la densa
oscuridad
de mi angustia
y caiga sobre la mustia
y abandonada mujer
que te implora
tu voz iluminadora.

(Aparece el cura y queda en la puerta)

Señora,
que llena eres de bien...
¡Y perdón si alzo la voz
y agrando el rezo bendito
para que llegue hasta Dios;
perdón si mi voz es grito

y va mi acento turbado
como un clamor arrojado
desde el suelo al infinito,
en demanda de tu bien!

(*Sigue rezando en voz baja, y de pronto se pone de pie*)

Pero, ¿qué? ¿Es qué también
me rehusas el consuelo?
¡Es, María, que hasta el cielo
se ha inclinado ante el tirano?

EL CURA

(*Avanzando*)

—¡Por Dios, Mercedes, por Dios!
No blasfeme de ese modo;
no arrojemos nuestro lodo
sobre las cosas de allá...

MERCEDES

(*Exaltada aún más*)

—¡Ni qué de extraño tendría
que fuese mi grito cierto,
si hay altares donde se alza
la imagen del propio Rozas!

EL CURA

—La iglesia, señora,
no combate: ora...
no es la guerra
su misión;
la oración...
y no la tea incendiaria
ha de esgrimir, que la cruz
es su única arma en la tierra
y su voz es la ofrendaria
que se eleva hasta el Señor
por las escalas de luz

divinas de la plegaria...
No se bate,
ni combate;
reza, reza solamente
y pide a Dios que la frente
ilumine de la grey,
pues ni es derribar su ley
ni su ley es agredir,
y acoge en iguales modos
a güelfos y gibelinos,
porque es la casa de todos
la casa de Dios, señora...

(Pausa)

Desde el momento en que el Restaurador
acusó a su marido de tan rara manera,
a Palermo, Mercedes, he vuelto tres veces
y volveré esta noche y volveré mañana
hasta lograr que me oigan el padre o la hija.
No serán palabras de guerra las mías;
más haré por Carlos, por usted, por ellos;
lo que un humilde fraile cual yo puede hacer
por la causa del justo que es la causa de Dios.

MERCEDES

—Gracias, gracias, señor Cura
y perdón por mis palabras...

EL CURA

—... hijas de una exaltación
que fácilmente comprendo.

(Disponiéndose a partir)

Finque en Dios nuestra esperanza...

MERCEDES

—¿Sólo él podría salvarme?

EL CURA

—En él confiemos, Mercedes.
Hasta pronto. Si consigo
verlos, esta misma noche
volveré con mis noticias...

MERCEDES

—Hasta luego, señor Cura...

(Mercedes queda de espaldas al público, cubriéndose la cara con las manos. Elena aparece por la izquierda y la observa un momento)

ELENA

—¡Pobrecita mi patrona!
¡Sufro de verla sufrir!
Pero dígame, señora...
Si es inocente don Carlos,
si jamás se ha entrometido
en cosas con los «Salvajes»,
si es el oficial más bueno
que tiene el Restaurador
y la niña Manuelita
no se cansa de decir
que no cuenta su tatita
con un hombre más honrado,
más generoso, y mejor...
¿Como es posible que ahora
lo acusen? ¡Yo no comprendo!
¡Y a usted no la quieren tanto!
¿No es que el día de su santo
el mismo Restaurador
le regaló el peinetón
que la trajo aquí la niña,
y en la última recepción
quiso bailar con usté

varias veces el minué?

(Mercedes llora sin contestar)

Yo no entiendo, yo no entiendo...
¿Quién lo acusa al Capitán?

MERCEDES

—El mismo Rozas, Elena.

ELENA

—Pero, ¿de qué?...

MERCEDES

—De traición...

ELENA

—¡Traidor él que lo ha servido
de ese modo y que hasta hoy
el pobre se ha desvivido
por el padre y por la hija!
¡Dónde se estará segura
si hasta aquí, hasta esta casa
llega la sospecha horrible!
Es espantoso, señora...

(Mercedes, ahogada por el llanto, hace mutis sin contestar; aparece Mauricio por el otro lado)

ELENA

—¡Pobre señora Mercedes!

(Pausa)

¡Que misterio hay en todo esto!

MAURICIO

—Yo conozco ese misterio...
Hace un momento he sabido
el verdadero motivo
de la prisión de Don Carlos.

ELENA

—¿Cuál es? ¿Que ha hablado mal
del Restaurador?

MAURICIO

¡Mentira!
Es una razón que espanta.
¡Es porque se ha enamorado
de la señora Mercedes
y por vencer su honradez
la amenaza con matar
al Capitán, so pretexto
de que conspiró contra él!
¡Y lo matará no más,
si ella no dice que sí!

ELENA

—¡No me digás;! Pero eso...

MAURICIO

—¡Eso es un crimen infame!

(*Cerrando el puño y mirando hacia fuera*)

¡No tanto Rozas, no tanto,
que no hemos muerto del todo
los hombres de esta ciudad!
Mira, mujer, te lo juro
por la vida de ese hijo
que está durmiendo en su cuna:
si el Restaurador cumpliera
su amenaza, ¡yo lo mato!

ELENA

—¿Qué es lo que decís, Mauricio?
¡Por Dios, que pueden oir,
que la ventana está abierta!

MAURICIO

—¡Pobre señora Mercedes!
¿Vos que sos mujer y madre
no sentís como yo siento?

ELENA

—¡Qué canalla! ¡qué canalla!
¡Pobre señora Mercedes!

MAURICIO

—¡No ser ciertos los rumores
de que Urquiza está «peliando»!
¡No tengo fe en los de aquí,
pero me parece a mí
que con el tigre entrerriano
no va a ser la cosa en vano!...
¿«Comprendés» ahora
por qué la señora
se negaba a ir
a casa de Rozas?...
Ahora entiendo cosas
que antes no entendía,
por qué no quería
sin dar la razón
usar el regalo
de ese peinetón...

ELENA

(*Asombrada*)

¡Ahora comprendo!
¡Y el ramo de flores!
¡la fuente de fresas!
¡Y las cartas esas
que quemó sin leer,
y el otro regalo
el del alfajor!

MAURICIO

—¡Y aquellas pasadas
del Restaurador,
cuando ella mandaba
cerrar la ventana
con tanto calor!...
¡Y aquello del mate!...

(Viendo venir a Mercedes)

Ahí viene; «calláte».

MERCEDES

(Apareciendo)

Retírense a descansar,
pero esté atento, Mauricio,
por si llaman a la puerta.

MAURICIO

—Pierda cuidado, señora.

MERCEDES

—¿Qué hora es?

MAURICIO

—Más de las doce.

(Mutis de Mauricio y Elena por la izquierda. Mercedes se pasea presa de febril agitación. Se dirige hacia la ventana. Vése afuera la sombra de la noche)

MERCEDES

(Mirando hacia la calle)

—¡Buenos Aires, Buenos Aires!
Tú que fuiste villa heroica en otros días
y te alzaste palpitante de pudor y de energías...
¿qué haces hoy, Buenos Aires, qué haces
frente al crimen que a todos infama?

¡Una débil mujer te reclama,
te busca, te grita, te impreca, te llama!
¿Toleras y callas?
¿No ruges, no te alzas, no vibras; no estallas?
¿Qué haces hoy, Buenos Aires, qué haces
frente al crimen que a todos infama?
¿No ha quedado en tu seno un varón
de los dignos de ayer, legendarios?

(Una voz, de fuera cantando lúgubremente)

¡Viva la Santa Federación!
¡Mueran los salvajes unitarios!

MERCEDES

(Cerrando la ventana, con desdén profundo)

—¡A todos salpica la sangre y el cieno!

(La misma voz, desde fuera, cantando en el compás habitual, más bajo)

¡Las doce y media y sereno!...

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Es en la cárcel de Santos Lugares. Un galpón cerrado. Al fondo una puerta de fierro de gruesos barrotes, una ventana pequeña y alta a cada lado. Al abrirse la cortina, están en escena cuatro presos: Mármol, Antúnez, Llambías y Pedro. Dos de ellos — los dos primeros — se pasean lentamente. Llambías está tirado sobre un banco. Pedro medita. Tras de la verja se ve al soldado de guardia. Son las seis de la tarde.

MARMOL

(*Después de mirar a Pedro y Llambías*)

—No hay que dejarse abatir
por la angustia...

LLAMBIAS

—No me angustio;
mi caso es otro, Poeta;
me aburro, que es mucho peor...

MARMOL

—Una cárcel divertida
no es cosa de este planeta...

LLAMBIAS

—He descubierto, pensando
y haciendo filosofía,
que la prisión es horrible
solamente porque hastía...
Hace rato que discurro
sobre este particular...

No es que sufra; es que me aburro
de un modo fenomenal...
¡Todo tan triste, tan sucio,
tan obscuro, tan igual!

MARMOL

—Puede la imaginación
embellecer cuanto ven
los ojos... Todo es cuestión
de un esfuerzo y nada más...
Yo he resuelto figurarme
que este vil banco deshecho
es un mullido sillón;
aquel catre, un blando lecho;
un tapiz ese jergón;
ese agujero, la ojiva
de un gótico ventanal
por donde pasa el Amor...

LLAMBIAS

(*Interrumpiendo*)

...¿Y esta cárcel una jaula
donde canta un ruiseñor?...
Pero ni así, compañero,
logro vencer el hastío,
...dicho sea con perdón
del ruiseñor encerrado...

ANTUNEZ

—¿Y no te emociona un poco
el Señor de que un día de estos...?

(*Hace el ademán que indica el degüello*)

LLAMBIAS

—¿Ahora salimos con eso?
¡Empiezan por consolarme
y cuando me ven tranquilo

me pretenden alarmar!

(*A Mármol*)

Oye: yo no soy poeta,
pero me siento inmortal.
¡No me va a suceder nada!
¡Como siempre: nada, nada!
Es una cosa fatal:
cada vez que traen aquí
tandas de conspiradores
me toca estar en la tanda,
y por mangas o por faldas,
no sé cómo, ni por qué,
mientras los otros se quedan
o les toca el violín,
me ponen en libertad
¡A mí no me mata nadie!

MARMOL

—Hoy me aguantó dos minutos
Antúnez sobre los hombros...

ANTUNEZ

(*Interrumpiendo*)

—¡Un cuarto de hora, lo menos!
...y miré por la ventana.
Me parece que tendrás
motivos para distraerte:
ha llegado un preso nuevo...

LLAMBIAS

—¿Quién? ¿Te pudiste enterar?

MARMOL

—No pude ver bien la cosa;
pero por el movimiento
que noté en la Comandancia,
comprendí que se trataba

de algún sujeto importante.
Además, oí un nombre...

LLAMBIAS

—¿Pérez? ¿Lozano? ¿González?

MARMOL

—Oí dos veces que nombraban
al señor Doctor Grondona...

LLAMBIAS

(Incorporándose, sin levantarse del todo)

¡Eso sí que sería bueno!
¡El Doctor Grondona aquí,
hablándonos de las leyes
con sus barbas a la moda
y sus ojos de ternero!
¡Cuánto daría porque fuese!
Y no hay más que hacer: es él.
¿Lo nombraron? Eso basta:
aquí no se nombra a nadie
sino para «encapacharlo»
o aquello otro que sabemos...

(Haciendo el ademán de degüello)

¡El Doctor Grondona aquí!
¡que me lo traigan, por Dios!

SOLDADO

(El soldado de guardia desde su sitio)

¡Silencio!

(Los tres acatan la orden. Se oyen pasos)

LLAMBIAS

(Acostado).

¡Ya lo traen!

(Aparece un carcelero).

CARCELERO

—¿Don Atanasio Llambías?

LLAMBIAS

(Con sorpresa).

Soy yo. ¿Qué hay?

CARCELERO

—Está en libertad.

LLAMBIAS

(A sus compañeros).

¿No les dije? ¡Era seguro!

(Al carcelero).

Está bien señor, Mil gracias.

CARCELERO

—Se tiene que ir ahora mismo...

LLAMBIAS

—Está visto. Ni en la cárcel
lo dejan a uno tranquilo!...

(Se para y abre los brazos como para despedirse de Mármol).

Bueno, hermano...

CARCELERO

(Imperativamente).

¡Marche, marche!

LLAMBIAS

—¡Hasta pronto, compañeros!
¡No han de pasar muchos días!
¡En la otra arriada me traen!

MARMOL Y ANTUNEZ

—Adiós, Llambías, adiós.

(Salen éste y el carcelero en momentos en que dos soldados que se vuelven desde la puerta dejan en la cárcel a un preso nuevo. Es el Capitán Gomez. Mármol, Antúnez y Pedro se agrupan demostrando su sorpresa. El Capitán llega sin kepi.

MARMOL

—¡Es el Jefe de la guardia
del tirano!

PEDRO

—¡El Capitán Carlos Gómez!

MARMOL

—Siempre dije yo que ese hombre
era demasiado leal
para estar cerca de Rozas...

(*El Capitán ha saludado con la cabeza y su actitud es la que corresponde a quien se encuentra entre gentes hostiles*)

MARMOL

(*Aproximándose a Gómez y tendiéndole la mano que éste estrecha*)

Caballero...
...Entre los presos
no hay sino amigos, hermanos...
Es usted el Capitán
Carlos Gómez... Yo me llamo
José Mármol...

CAPITAN

—Lo conocía, señor...
Señor Antúnez... (*le da la mano*).
Don Pedro... (*ídem*).

MARMOL

(*Señalándo el banco que abandonó Llambías*).

Haremos como si fuésemos
dueños de casa... ¿Se sienta?

CAPITAN

—Muchas gracias, muchas gracias.
(*Se sienta*)

MARMOL

—Si no es una indiscreción...
¿por qué causa...?

CAPITAN

—No lo sé.
No ha de ser cosa frecuente
que un hombre traído aquí
ignore completamente
la causa de su prisión,
pero tal me ocurre a mí.

MARMOL

—¿De orden del... «Restaurador»?

CAPITAN

—¡Que me acusa de traición
y de haber tomado parte
en una conspiración
contra él! ¡Si haber hablado
con Manuelita horas antes
y haberle dicho lealmente
lo que juzgué necesario
hacer oir a la hija
es atentar contra el padre...
... he cometido, en efecto,
el delito que me imputan:
pero si eso no es un crimen,
sino un impulso de honor,
es que Rozas ha perdido
la cabeza o es un vil!

MARMOL

—Si ha perdido la cabeza
no se ha perdido gran cosa,
Capitán; mas la vileza

es el término seguro
de su dilema de usted...
Llegar a este sitio oscuro
no es muy grato, bien lo sé;
pero déjeme decirle
con absoluta lealtad,
que prefiero ver aquí
y no al frente de la guardia
a quien tiene, como usted,
un honor que custodiar...

CAPITAN

—He sido cerca de Rozas
una fuerza que luchó
en el sentido del bien...

MARMOL

—Todo el mundo lo sabía...

CAPITAN

—...y no me acierto a explicar
aquella brusca explosión
la furia, la acusación
inesperada y brutal...

MARMOL

(A Antúnez y a Pedro, con quienes ha cambiado miradas de inteligencia).

¡Si será cierto el rumor
de que el tirano asediaba
a su mujer torpemente!

(Al Capitán).

¿Lo han entregado a qué Juez?

CAPITAN

—Un tribunal militar,
según me dijeron hoy,

va a juzgarme... Todavía
no he comparecido ante él.

(Pausa larga).

MARMOL

—Cuando un pueblo, Capitán,
soporta una tiranía,
la Providencia reemplaza
a su dignidad ausente
y sucede casi siempre
que el tirano, poco a poco,
va aislándose de los hombres
hasta quedar solo, solo,
pues en fuerza de dudar
de cuantos hombres ha visto,
por dudar también acaba
de los que tiene más cerca:
...y un día llega, día bendito,
en que aquel árbol maldito
a solas con el horror,
ve que llega la agonía
sin sentir más compañía
que la sombra en derredor!

CAPITAN

—¡Que se cumpla ese destino
si ese destino es el suyo!

(Pausa).

No hay medios, seguramente,
de dirigir desde aquí
una carta a mi mujer...

MARMOL

(Bajando la voz).

No es imposible, señor...
(Sacando un papel, un sobre y un lápiz de bajo el colchón de su catre)
Escriba y déme la carta...

Yo me valgo de un ardid
que a veces dá resultados...

(*El Capitán escribe, en un mesón, cuidándose de no ser visto por el centinela. Hay otra pausa larga*).

MARMOL

(*Después de observar a Pedro*).

Hoy velan tus ojos, mi buen compañero,
no sé qué profundas visiones extrañas...
Tu cabeza cana tiene resplandores
plateados de luna... Te veo más grande.

PEDRO

—La pena engrandece...

MARMOL

—Qué es eso? ¿Claudicas?
¿No hemos convenido levantar la frente
cada vez más alta, y oponer la nieve
de nuestro desdén al fuego del crimen?

PEDRO

—No es lo que me espera,
sino lo que dejo...

MARMOL

—¡Pero qué! ¿Ya sabes?...

PEDRO

—Mañana, poeta,
concluyen conmigo...

(*Mármol se cubre la cara con las manos. Los demás presos se aproximan y comprenden*).

Y eso no es, lo juro,
lo que me preocupa...
Es que pienso en mi hijo...
¡un hijo sin madre
y bajo el Terror!

No tiene veinte años...
Tú bien lo conoces.

MARMOL

—Yo tengo una madre... Escúchame bien:
si salvo, mi madre lo será de tu hijo
y tendré un hermano. Si muero,
cubrirá tu hijo mi sitio a su lado...
(Pedro lo abraza, en una silenciosa y profunda explosión de gratitud).

PEDRO

(A todos).

Moriré tranquilo...

MARMOL

(A Antúnez, sin que oiga Pedro).

¡Y sabrá morir!
¡Toda la venganza
de los que sucumben
bajo la cuchilla
de los asesinos,
es hacer que estalle
por entre la sangre
de la cara muerta,
como flor de gloria
entre cuajarones,
el gesto del labio
tendido en desdén!
¡Y él tendrá ese gesto!
¡Ah, Rozas, ah; Rozas!
¡Pobres compañeros!
(La verja se abre de nuevo. Dos soldados arrojan adentro brutalmente, a un nuevo preso. Es un joven.

PEDRO

(Asombrado y como no queriendo dar crédito a lo que ve).

¿Qué es esto, hijo mío?
¿En calidad de qué...?

EL HIJO

—De preso, tatita,
y de condenado...
Tú te vas mañana...
¡Nos iremos juntos!

(*Caen el uno en brazos del otro, sin hablar, entre la consternación de todos y quedan así un largo momento*).

MARMOL

—¡Bendito seas, tirano,
porque nos permites ver
tanta belleza moral
a través de tanto crimen!

PEDRO

(*Al hijo*).

¡Hijo mío, hijo mío!

ANTUNEZ

—Tengan esperanzas...

CAPITAN

(*Al niño*).

¿Y que has hecho, di?

EL HIJO

—Ir hasta la casa del propio tirano,
y dispuesto a todo, el puñal en mano...

MARMOL

—Y erraste tu golpe...; pero ten por cierto
que si aquí hay un héroe allá queda un muerto,
que la tiranía,
igual que la noche, se disipa y muere
cuando viene el día
y estas vibraciones son cosas de aurora.
Alcemos ahora
el alma hacia Dios...

Esto es un presagio:
se aproxima el día...

(*Quedan un largo momento en silencio de pie, todos, como si orasen para sí mismos, las cabezas bajas*).

ANTUNEZ

(*Mirando hacia la pared, donde hay versos escritos con carbón*).

«¡Ni el polvo de tus huesos
la América tendrá!».

(*A Mármol*).

¡Dinos que se va a cumplir,
Poeta, tu profecía!

MARMOL

—Se cumplirá, mis hermanos,
hermanos en la suprema
fraternidad del martirio;
se cumplirá rectamente
la terrible profecía
del poeta encarcelado:
¡ni el polvo de tus huesos
la América tendrá!
Los poetas vemos en el más allá...
El tiempo es un vasto
cristal transparente
para nuestros ojos
todopoderosos...
Yo he tenido, tengo
la visión precisa,
la visión segura,
la plena visión...
Es en una tierra
lejana, lejana.
Yo no sé en qué tierra
ni sé en qué región,
pero es una tierra

remota, remota,
bajo un cielo gris.
Hay un gran silencio.
Tres veces se ha oídó
sonar el graznido
de un buho. Al són
de un badajo lento,
en un campanario
han tocado a muerto...
Dos sepultureros
cavan una fosa.
Es un hoyo estrecho
como una prisión
angustiosa...
Y el muerto que llega...
Lo veo, lo veo...
No viene a su lado
ni gente ni ruido:
la mirada fija
bajo su crespón,
tan sólo la hija
¡tan sólo la hija!
gime su gemido
al pie del cajón,
lívida la frente
de resignación...
Lo ponen debajo
silenciosamente;
rellenan la fosa
de tierra; y el tiempo,
el tiempo inmutable,
sobre ella se pasa,
y al peso del tiempo
se hunde tan hondo,
tan hondo, tan hondo
se hunde en la fosa,

que ningún poder
lo podrá sacar
del fondo sin fondo
tan hondo, tan hondo,
donde va a quedar...
Y luego...

SOLDADO

(Desde la puerta en un grito).

—¡Silencio!

MARMOL

—El lo ha dicho ya;
¡silencio después!

ROZAS

(Apareciendo seguido por un comandante y dos soldados, se dirige al primero).

—¡Como en la celda vecina
falta aquí la disciplina!

(Después de apercibir los letreros que hay en las paredes).

—¿Qué significa todo eso?

COMANDANTE

—Todos los días los borro
y los vuelven a escribir...
Es ese «señalando a Mármol».

MARMOL

—En efecto; yo lo he escrito.

ROZAS

(Cuadrándose ante Mármol y después de mirarlo desdeñosamente).

—Con usted, yo debería
haber hecho lo que hice
con su «hermano» Echeverría:
¡dejarlo gritar no más
y hacer los cantos que quiera!
¡Encarcelar a un señor

que hace versos,
es fabricar un poeta!

MARMOL

—Y matarlo, es fabricar
una gloria!

ROZAS

—Que nunca he pensado dar
al que escribió aquellas cosas...
Puede usted estar tranquilo...

MARMOL

—Tranquilo me hallará siempre.

ROZAS

—¡Los poetas, los poetas!
¡Más les valiera decir,
para decir algo hondo,
que no he llegado al gobierno
elegido por la paz
y que ha sido la anarquía
la fuerza que me eligió;
más les valiera decir,
aunque a su razón no plazca,
esta verdad, esta sola:
yo soy un fruto de la borrasca
como la espuma lo es de la ola!

MARMOL

—Pero olvida...

ROZAS

—¿Basta ya!

(*Al comandante*).

¡Que no haya aquí más letreros!
Les dará papel más bien...
que no ensucien la pared...

(*Saliendo*).

¡Los poetas, los poetas!
Quiero ver las otras celdas.

(*Váse*).

MARMOL

—¡Aunque los mates, villano,
ellos quemarán tu vida.

(*La verja se vuelve a abrir para dar paso a un soldado que trae la comida. Es una olla de la que sale humo. Además, trae, a mano limpia, dos pedazos de pan negro, grandes, y otro blanco más chico. Relevan en seguida el centinela de guardia*).

CARCELERO

(*Al entrar y depositando la olla sobre una mesa de pino*).

—¡La comida!

(*A Mármol, entregándole el pan blanco y con ironía*).

¡Y el pan blanco
que le mandan
al poeta
de su casa!

MARMOL

—Gracias.

(*Sale el soldado. Los presos esperan que haga mutis y se agrupan, cuidando de que el guardián no vea la maniobra que se dispone a hacer Mármol. Este rompe su pan y saca de él un pequeño tubo de lata, del cual extrae dos papeles pequeños, doblados. Luego de enterarse de la dirección que trae uno de ellos, se dirige al Capitán, siempre sigilosamente*)

MARMOL

—Para usted, Capitán.

(*Este último toma la carta*).

CAPITAN

—De mi mujer... «lee en voz alta»:
El plazo

que Rozas me dió ha vencido...
No creo que el miserable
vaya a cumplir su amenaza;
pero en el último caso
no temas, te salvaré...»

(Mientras el Capitán lee esa carta, con sorpresa profunda, Mármol, a su vez, lee la suya y lo escucucha simultáneamente, denunciando la doble emoción que producen lo que oye y lo que lee).

CAPITAN

—«El plazo que me dió Rozas...»
«Pero en el último caso...»
¡Ahora entiendo! ¡Ahora entiendo!
¡Ahora me explico por qué
mi mujer se resistía
a visitar esa casa!
¡Miserable, Miserable!

MARMOL

(Al Capitán).

¿Qué?

CAPITAN

—Que a ese villano sin ley
ya no le bastan las vidas
de enemigos y de amigos...
¡También pretendía mi honor,
el honor de mi mujer!
¡Y yo aquí!... Juro por Dios,
por ella, por mis mayores,
por los galones que llevo,
que si el destino me pone
junto a Rozas un minuto,
le voy a hundir hasta el pomo
mi espada en el corazón!

(Se entrega a una profunda desesperación).

MARMOL

—¡No desespere, señor!
¡Y tú, Pedro, escúchame!
Yo tengo grandes noticias...
¡Urquiza lucha por fin!

PEDRO

—¡Urquiza, Urquiza!

MARMOL

—Oigan: «lee», «Urquiza...»

CENTINELA

—«Desde la puerta». ¡Cuidado!

(Rápidamente Mármol esconde la carta y todos asumen la actitud de disponerse a comer fingiendo tranquilidad. Se oyen a fuera ruidos de pasos y voces, ruido que se apaga en seguida. El mismo centinela vuelve a hablar).

¡No es nada!

(Las dos voces, la de alerta y esta otra, han producido, además de su efecto natural, una viva sorpresa en los presos.)

MARMOL

(Que ha vuelto a sacar la carta.)
¿Y ese aliado
que nos sale?...

ANTUNEZ

—No comprendo...

PEDRO

Esto es raro...

MARMOL

—Sorprendente...

(Mientras todos se dirigen hacia la verja, ésta se abre para dar paso al centinela, que avanza rápida y nerviosamente. Es Mauricio.)

CAPITAN

(*Reconociéndolo.*)

¡Mauricio!

MAURICIO

(*Sacándose el kepi y poniéndolo en la cabeza del Capitán.*)

¡Pronto! ¡Tome!

(*Le dá el fusil.*)

¡Déme la capa...
Enseguida lo relevan...

MARMOL

—¡Su asistente!

CAPITAN

—No, Mauricio... Yo no sé
lo que puede suceder
esta noche... Una sentencia...
¡Cómo dejarte en mi sitio!

MAURICIO

(*Que lo ha obligado ya a tomar el fusil y mientras se apodera de la capa, con la que se va a cubrir.*)

¡No se preocupe de mí!
Yo sé que voy a salvarme...
¡Pronto, pronto que oigo pasos!
En el camino del río,
a la izquierda, junto al monte,
como a dos cuadras de aquí,
está atado su caballo...
Santo y seña: «rojo y rojo».

(*Empujado por Mauricio, el Capitán sale y ocupa el sitio del centinela, después de cerrar la puerta. La escena ha sido vehemente, angustiosa, brevísima y los dos han hablado en voz baja, mientras Mármol, Antúnez, Pedro y él hijo han participado con su actitud espectante de la nerviosidad de ambos. Hay un silencio de espera. Mauricio que quedó en cabeza, se ha puesto la capa del Capitán.*)

MARMOL

(*A Mauricio.*)

¡Déjame que te estreche
las dos manos!
¡Tú eres el pueblo mismo,
generoso!
¡Y ha de ser pasajera
la miseria de arriba
cuanto debajo fulgura
tanta riqueza!

(*Le estrecha las manos. A Antúnez.*)

Leamos la carta. «Lee».
Oye esto, Pedro:
«Urquiza...»

CAPITAN

(*Desde afuera.*)

¡Cuidado!

(*Mármol esconde de nuevo su carta y los presos vuelven a fingir tranquilidad. Se oyen pasos acompañados que resuenan sobre el ladrillo de afuera. Un teniente aparece, con un soldado. Trae el primero un papel en la mano.*)

TENIENTE

(*Al centinela, dejando abierta la verja.*)

¡Usted, forme aquí!

(*Lo coloca adentro, junto a la puerta, y avanza.*)

¿El Capitán Carlos Gómez?

(*Todos se sobrecogen. El verdadero Capitán hace un movimiento, como si quisiera darse a conocer, cediendo a un impulso generoso. El asistente Mauricio se ha puesto casi de espaldas al Teniente y ha alzado el cuello del capote.*)

MAURICIO

(*Tras un silencio angustioso.*)

¡Presente!

TENIENTE

—Lo vengo a notificar...

MAURICIO

(*Sin volver la cabeza.*)

Lea no más...

TENIENTE

(*Leyendo.*)

«El Tribunal militar
que lo juzga por traidor
a sus Jefes y a la Santa
federación, ha resuelto
darle doce horas de plazo
para que presente pruebas
de descargo...»

MAURICIO

—Está bien.

TENIENTE

(*Después de sacar del bolsillo un pequeño tintero y una pluma, pone aquel y el pliego sobre la mesa.*)

¡Tiene que firmar! Avance...

(*Nuevamente se sobrecogen todos. El Capitán deja entrever su intención hacia el Teniente, como si proyectara matarlo e intentar la fuga de todos. Mauricio pide auxilio a Mármol, con la mirada*)

MARMOL

(*Aproximándose a Mauricio y apuntándole.*)

¡No quiero firmar!

MAURICIO

(*Repitiendo*)

¡No quiero firmar!

TENIENTE

(*Disponiéndose a enojarse.*)

¿Que no quiere?

MARMOL

(Interceptándose.)

Está previsto el caso,
mi Teniente...
Basta que firmemos
dos de nosotros
como testigos...

TENIENTE

(Tras un momento de vacilación y después de mirar con rabia al falso Capitán.)

Está bien...

(A Mármol.)

Usted... y usted.

(A Pedro.)

MARMOL

—A sus órdenes, señor...

(Mármol toma la pluma y mientras la moja, cae el telón.)

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

Es la misma sala del segundo acto, en casa del Capitán Gómez. Al alzarse el telón, están en escena Mercedes y su mucama.

MERCEDES

(Muy nerviosamente.)

¿Pero no has soñado, Elena?

ELENA

—¡Ave María, señora!
Es así, como le digo...
Desde las seis de la tarde
el patrón ocupa el puesto
de Mauricio... Y a las siete
lo han debido relevar...

MERCEDES

—¿Pero cómo es que han podido...?

ELENA

—Todo salió lo más bien...
Ya se lo he dicho, señora...

MERCEDES

—Es inverosímil eso...
Dime, mujer... Tu marido
fué puesto de centinela
en la cárcel...

ELENA

—Si, señora.

MERCEDES

—Bueno... Y la sustitución
¿cómo se hizo, de qué modo?

ELENA

—Mire, señora... Yo creo
que la niña Manuelita...

MERCEDES

—¡Manuelita! ¿Es que sabe algo?
¡Quién la ha podido informar!
¡Habla, dime!

ELENA

—Yo la hablé...

MERCEDES

—¿Cuándo, cómo, explícate?
Tú vas a volverme loca,..

ELENA

—Ayer, en misa de seis...

MERCEDES

—En misa de seis...?

ELENA

—Yo supe
por Venancia, que la niña
iba a ir, y fuí también...
Y hablé con ella, y le dije...

MERCEDES

—¿Qué le dijiste?

ELENA

—Todo, todo...
Que el Capitán está preso
porque su tatita quiere...

MERCEDES

—«interrumpiendo» Y...?

ELENA

—Y la niña
se puso desesperada...
Lloró, lloró, mi señora...
Le expliqué entonces el plan
de Mauricio... «Y es preciso,
me dijo ella que se escape».
Y lo demás, ya lo sabe...
se lo he contado tres veces...

MERCEDES

——Van a dar las diez y media
y no llega... Tú me has dicho
que Mauricio le iba a indicar
dónde estaba su caballo...?

ELENA

—Sí, señora.

MERCEDES

—Ya tendría
que estar acá, si la cosa
hubiera salido así...

ELENA

—Esté tranquila, patrona...
Ya ve yo, con mi marido
en la cárcel, no me asusto,
porque tengo fe completa
en la niña Manuelita
y además...

(*Interrumpiéndose.*)

¡Oigo pasos!

MERCEDES

—¿Será él? ¡Corre, corre!

(Elena ha corrido a abrir la puerta y tras un momento reaparece dando paso al Cura Guesala.)

EL CURA

(A Mercedes)

—¿Llegó ya?

MERCEDES

(Sorprendida)

—¿Usted sabía?...

EL CURA

—Sí, Mercedes...

MERCEDES

—No ha llegado...

EL CURA

—Estoy cierto, sin embargo,
de que todo salió bien...
Se hizo la sustitución...

MERCEDES

—¿Pero cómo sabe usted?

EL CURA

—Hablé ayer con Manuelita.
¡Ayer por fin pude verla!
Su mucama le había dicho
la verdad de lo que ocurre
antes de que yo le hablase
y entre ella y yo combinamos
la manera de salvar
a Carlos... Cuando llegue,
téngalo usted listo todo:
se embarcarán esta noche.

Una lancha esperará
entre doce y doce y media
frente al mesón de Juanín
en el bajo... ¿Sabe usted?

MERCEDES

—Sí.

EL CURA

—Irán a Montevideo
en el velero que lleva
el nombre de «Manuelita».
Su patrón esperará
río afuera hasta que lleguen.
Dos soldados que responden
más a la hija que al padre,
escoltarán el carruaje
que ella misma les ofrece
y que está aguardando ya
a pocos pasos de aquí...

MERCEDES

—¡Dios sea loado!

EL CURA

—Manuelita,
que en todo piensa, ha pensado
que solos y sin recursos
van a encontrarse los dos
y me ha mandado que ponga
en sus manos estas onzas...

(Saca un talego y se lo dá)

MERCEDES

(Tomando la bolsa y poniéndola sobre la mesa)

—¡Gracias, gracias, Señor Cura!
¡Pero van a dar las once

y no llega! ¿No le habrá
sucedido una desgracia?

EL CURA

—Confiemos en Dios, Mercedes...

MERCEDES

—No he dejado de invocar
su santa misericordia.

EL CURA

—Es prudente que me vaya.
Manuelita está aquí cerca,
en lo de Misia Consuelo,
y debo darle noticias.
Tenemos que preocuparnos
también del pobre Mauricio...
El corazón no me engaña:
él me dice que vendrá
sano y salvo el Capitán,
y el alba del día cercano
alumbrará, en una barca,
a dos almas que merecen
las dulzuras de la paz...!
Me lo anuncia el corazón...
Debajo, la blanca vela
henchida de salvación,
como un pájaro que vuela
hacia la resurrección...;
en la nave ustedes dos
y allá muy alto, mi Dios...
Cuando llegue ese momento,
alce su plegaria al cielo
que bien se llama «Mercedes»
quien esa «merced» alcanza...
Ruegue al Señor que ilumine
la frente de los que pecan

y pida, en acción de gracias,
piedad para los que sufren
y fe para los que dudan...
...Una vez usted dudó,
mientras alzaba sus preces...
También Pedro, por tres veces,
con ser Apóstol, negó...

MERCEDES

—En la desesperación...

EL CURA

—Mercedes... Mi bendición
para usted, para los dos...

MERCEDES

—Vd. es un santo. Adiós.

(*Sale el Cura. Mercedes se dirije a Elena, que ha permanecido en la ventana, mirando hacia afuera, ansiosamente*)

¿Has oído?

ELENA

—Sí, señora.

MERCEDES

—Bueno. Prepáralo todo.
Lo indispensable no más.
Lo que quepa en el baúl...

(*Elena entra, Mercedes sigue observando por la ventana. Hay un momento de silencio*)

¡Elena!

ELENA

(*Apareciendo*)

—¿Qué hay?

MERCEDES

—Oigo pasos. Sí... se paran
¡Pronto! ¡Vuela! (*Elena sale*)

ELENA

(*Desde el zaguán*)

—¡El es, señora!

MERCEDES

—¡Virgen misericordiosa!

(*Aparece el Capitán*)

CAPITAN

(*Abrazándola*)

—¡Mercedes!

MERCEDES

—¡Carlos!

(*Quedan un momento abrazados, llorando ella de emoción*)

¡Cuánto habrás sufrido, Carlos!
Estás pálido... Mi carta
te llegó...?

CAPITAN

(*Después de mirar hacia afuera*)

—Sí, Mercedes; me llegó;
por ella supe que estabas
dispuesta a salvar mi vida
si me hubiesen condenado;
pero a semejante precio
no habría aceptado nunca
la salvación... He salido,
no para huir del peligro,
sino para castigar...

MERCEDES

—No, mi Carlos, eso no...

CAPITAN

—Acepta la situación
tal como mi honor lo crea:

yo no soy un fugitivo,
Mercedes: soy la venganza...
Voy a matar. Lo he jurado,
y no habrá poder humano...

MERCEDES

(Interrumpiendo)

—No seré yo quien reclame
piedad para el miserable;
pero tú no, Carlos mío...
vale más la libertad...
tenemos que irnos de aquí...
Está todo preparado...

CAPITAN

—Es inútil.
Si he tenido la fortuna
de que no me hayan seguido...

(Mira hacia la puerta)

MERCEDES

—¿Pero temes...?

CAPITAN

—Sí. Sí, temo.

MERCEDES

—¡Huyamos ya mismo entonces!
¡No hay que perder un minuto!

CAPITAN

(A Elena)

—La caja de mis pistolas...

(Elena entra. Durante el diálogo anterior habrá permanecido junto a la ventana)

MERCEDES

——Una lancha nos espera...
Manuelita lo ha dispuesto
todo para que salgamos

con rumbo a Montevideo...
Si temes que te han seguido
van a venir a buscarte...
Hay un carruaje aquí cerca...
Si llegaran a tomarte
otra vez, ya tu venganza,
hasta tu afán de vengarte
quedaría malogrado...
Ven... salgamos...

(A Elena)

pronto... trae...

(Se pone la mantilla)
(Se oye afuera un rumor de voces)

ELENA

(Desde la ventana aterrada)

—¡La mazorca!

CAPITAN

—¡Tarde ya!
Entra y déjame, Mercedes...

MERCEDES

—¿Qué es lo que piensas hacer?
Mi Dios Misericordioso,
mi Virgen, mi Virgen santa!

(El Capitán la empuja hacia adentro. Las voces de afuera se hacen más ruidosas)

CAPITAN

—Tú pensabas dar tu honor
para salvarme la vida.
Déjame que dé la vida
en defensa de tu honor...

MERCEDES

(Resistiéndose)

—¡No, por Dios!

CAPITAN

—Que muerto yo, Manuelita,
tendrá que venir, vendrá...

MERCEDES

(Ya en la puerta que va al interior).

—¡Carlos, Carlos!

(El Capitán la obliga a entrar, cierra la puerta, echa la llave, la saca y la guarda)

CAPITAN

(A Elena)

—¡Tú, al comedor!

(La empuja también y cierra. Luego toma las pistolas y las monta, parapetándose tras el piano)

¡Adelante la canalla,
y pues no quiere el destino
que mate al bandido mismo,
caigan muertos a mis plantas,
los sicarios del villano!

(El rumor de afuera se apaga un poco y se oye una voz de mujer)

LA VOZ

—Sí. De orden del Restaurador!

(Aparece Manuelita)

Se lo repito, Teniente...

(A un teniente que aparece detrás de ella y que no avanza)

Esta casa es sagrada para todos...

TENIENTE

(Después de mirar hacia adentro y ver al Capitán)

—¿Aunque esté aquí el Capitán?

MANUELITA

—Aunque esté aquí el Capitán!

TENIENTE

—Es que yo tengo instrucciones...

MANUELITA

—¿Se niega usted?

TENIENTE

—Mi deber...

MANUELITA

(*Llamando hacia afuera*)

—¡Sebastián!

SEBASTIAN

(*Apareciendo y parándose al lado del teniente*)

—Mande, niña...

MANUELITA

(*Al teniente*)

—De los labios de mi padre
va a recibir esa orden.
Y aquí mismo

(*A Sebastián*)

Ve a buscarlo.
Está en casa de Lozoya.
Para llevarme a Palermo
quedé en que lo esperaría
en lo de Misia Consuelo.
Le dirás que aquí le aguardo
y que de aquí no me muevo
hasta que él no venga. ¡Pronto!

(*Sale el negro*)

Espere afuera, Teniente.

(*El teniente hace la venia y sale también*)

CAPITAN

(*A Manuelita*)

—¡El destino va a ponerlo
al alcance de mi voz!

MANUELITA

—¡Sería un extraño modo
de recompensar mi afán!

(*El Capitán abre la puerta que incomunicaba a Mercedes y esta aparece*)

MERCEDES

—¡Manuelita!

MANUELITA

—¡Pobre amiga!

(*Al Capitán*)

Escúcheme, Capitán:
En desagravio a su honor
he llegado hasta esta casa...
Ayer supe lo que pasa...
la horrible verdad...

MERCEDES

—...la infamia

MANUELITA

—Prométame Vd., señor,
que cuando mi padre dé
las órdenes que va a dar
cediendo a los ruegos míos,
le guardará los respetos
que jamás le negó nadie...

CAPITAN

—El ha ofendido mi honor...

MERCEDES

—¡No tiene nombre su crimen!

MANUELITA

—¡Cuadre a la angustia o no cuadre,
es fuerza que me dirija

a ese honor que Vd. invoca:
no es propio juzgar al padre
en presencia de la hija,
ni deben estar en boca
de quienes vengo a salvar,
injurias que no podría
dignamente tolerar...!

MERCEDES

—¿Pero tú comprendes bien
el horror de lo que pasa?

MANUELITA

—Porque lo comprendo estoy
Mercedes, en esta casa...
Porque lo comprendo, voy
a duplicar mi energía
que ha crecido en este día
al choque de ese dolor;
pero no es mucho que exija
lo que de ustedes reclama
para su padre la hija...

(*Mercedes llora*)

MANUELITA

—Mercedes...

MERCEDES

—¿Qué?

MANUELITA

—¡Pobre amiga!
Oye mi voz...
En nombre de ese cariño
que ayer no más nos unía,
de esta ruda pena mía
que tú comprendes también
porque yo sufro por él,

por tí ,por mí, por ustedes
en nombre de Dios, Mercedes,
en nombre de mi alma fiel
y con el llanto en los ojos
...te pido perdón por él,
y si es preciso de hinojos...

(*Va a arrodillarse, pero el Capitán se lo impide*)

CAPITAN

—No, Manuelita...

MANUELITA

—Prométame, Capitán...

CAPITAN

—Lo prometo...

MANUELITA

—¡Gracias, gracias!

(*Se seca el llanto y procura serenar su voz*)

Salir hoy furtivamente
como habíamos resuelto,
es imposible. Ya saben
que se encuentra usted aquí,
pero yo voy a afrontar
la situación con mi padre.
Sé lo que debo decirle
y sé como es de imposible
que se niegue a mi demanda...

MERCEDES

—¡Queremos irnos de acá!

MANUELITA

—Saldrán esta misma noche
o mañana, si prefieren,
a la plena luz del día

y con la cara bien alta:
¡Lo juro por la memoria
de mi madre!

CAPITAN

—¿Y si él se niega?

MANUELITA

—Lo he jurado, Capitán,
por la memoria de aquella
santa que Vd. conoció...

SEBASTIAN

(Entra muy agitado)

—Va a venir su tatita;
pero... niña Manuelita...

MANUELITA

—¿Qué te pasa, Sebastián?

SEBASTIAN

—¿«Usté» no tiene noticias?

MANUELITA

—¿Noticias de qué? ¡por Dios!

SEBASTIAN

—De Urquiza... Se andan diciendo
más cosas, patroncita...

MANUELITA

—¿También a ti te contagian
las mentiras unitarias?

MERCEDES

(Al Capitán, bajo)

—¡Sería el castigo de Dios!

SEBASTIAN

—Es que el mismo Don Andrés...

(*Aparte al Capitán*)

Yo creo que estamos perdidos.

ELENA

—El Restaurador...

ROZAS

(*Apareciendo unos segundos después*)

—No soy ya el Restaurador...

(*Asombro de todos*)

MANUELITA

—¿Qué quieres decir, Tatita?

ROZAS

—He caído...

MANUELITA

—¿Urquiza...?

ROZAS

—¡Urquiza!

(*Pausa*)

El Ministro inglés
me brinda refugio.
Un buque me espera.
Sólo hay diez minutos.
Esto ha terminado...
Vamos, Manuelita...

MANUELITA

—Pero, dime, dime...

ROZAS

—No hay tiempo, repito...
sólo unos minutos...

MANUELITA

—¡Animo, tatita,
y acatemos juntos
la ley del destino!
Adiós, Merceditas...
Adiós, Capitán.

(En momentos en que se dispone a salir, Rozas se vuelve hacia el Capitán, lo mira a los ojos y le tiende la mano. Este último vacila; pero ante la mirada suplicante de Manuelita, levanta la suya para dársela)

MERCEDES

(Impidiendo que se den la mano y bajando la de su marido)

—¡No, no lo merece,
(A Rozas)
¡Monstruo, ladrón!

ROZAS

(Abriendo la capa y envolviendo con ella a Manuelita)

—Ladrón no, señora...
Esto es todo lo que llevo!

(Se dá vuelta y sale lentamente, mientras Mercedes se dispone a replicar)

MERCEDES

—En cambio...

CAPITAN

(Interrumpiéndola con un gesto imperativo y piadoso)

—¡Silencio!

TELON

EL ROSAL DE LAS RUINAS

POEMA DRAMATICO EN TRES ACTOS

Y EN VERSO

ESTRENADO EN EL TEATRO BUENOS AIRES

LA NOCHE DEL 28 DE ABRIL DE 1916.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARLOS DE ALVAREZ.....	52 años	Francisco Ducasse
LEONOR, su mujer...........	24 »	Angelina Pagano
ERNESTO, hermano de ésta...	27 »	José Constanzo
MARTIN, vasco, capataz.....	35 »	Juan Mangiante
DON EMILIO, viejo peón......	65 »	Carlos A. Gordillo
MARIANA, mucama............	50 »	Susana Vargas
DON VALERIO, andaluz.....	80 »	José Gómez
MARILUISA, su nieta........	20 »	Esther Buschiazzo
MANUEL........................	28 »	Eduardo Zucchi
LA MADRE SUPERIORA......	52 »	Lina Estévez
JUANIN, mozo de la pulpería.	28 »	Cirilo Etulain
EL BAQUEANO................	35 »	José Constanzo
EL CAPITAN CARDENAS...	40 »	Carlos Bohuier
«EL MORIBUNDO»..........		Angel Grecco

SOLDADOS, MONJAS, NOVICIAS, PAISANOS

En el año 1870, durante el primer levantamiento de López Jordán. La acción en Entre Ríos.

Observaciones

1.—Don Martín, el capataz, es un vasco «cerrado», en quien se advierte el esfuerzo que hace por incorporar a sus maneras verbales los giros pintorescos y el tono zumbón de nuestros paisanos.

2.—Don Valerio, el andaluz que aparece en el segundo acto, conserva íntegramente, por haber llegado viejo al país, su manera de expedirse, sin que haga esfuerzo alguno por modificarla.

3.—Derecha e izquierda, las del espectador.

ACTO PRIMERO

La estancia de Don Carlos de Alvarez, en Entre Ríos. A la derecha, un edificio señorial, pero chato y viejo, a pesar de tener altos o «altillos». A la izquierda, una especie de pabellón con alero y varias puertas, destinado a los huéspedes. Al medio, árboles grandes; al fondo, el campo. Alguna hamaca, sillas de fierro, bancos de la época, etc. Al abrirse la cortina, Don Emilio, el peón, está ocupado en «sobar» un lazo.

DON EMILIO

(*Después de apercibir a don Martín, el capataz, que viene del fondo*).

—Buenos días capataz...

MARTIN

—Buenos días, don Emilio.
—¿Acabaste con el lazo?

DON EMILIO

—Ya mesmito viácabar...
¿Hay noticias de la guerra?

MARTIN

—Patrón esperando un chasque
que de fijo pronto llega.
¡Vamos, apura que es tarde!

DON EMILIO

(*Sin interrumpir su trabajo*).

—¿Será cierto, capataz,

que en el último entrevero
han vencido los de adentro?
Ayer dijo don Froilán...

MARTIN

—Estoy por creer que es así...
¡Dónde las toman las dan
y van a jugar poquito
con ese López Jordán
sí, sí!

DON EMILIO

—Es una lanza terrible...
¡Qué guerra, válgame Dios!
Y no se le ve el final...

(*Confidencial*).

—¿Usted no cree que el patrón
anda con ganas también?

MARTIN

—¡Ya lo creo que ha de andar!
Pero no se ha de meter
porque está «casáo... ¿sabés?»
y cuando se está «casáo»
ya no se agarra la lanza...
¡Si hubiese sido esta guerra
cuando él estaba soltero
...viéndolo estoy campo afuera
y conmigo de ayudante...
Bueno, dáme, que quedó
esperando por su lazo...

DON EMILIO

(*Entregándole el lazo «sobado»*).

—Aquí tiene, capataz...

MARTIN

(*Tomando el lazo y alejándose por el fondo, se vuelve después de vacilar*).

—Ché, viejito... ¿vos no has visto
a la mucama por ái?

DON EMILIO

—¿A cuál de ellas, don Martín?

MARTIN

—¡No te «hagás» el zonzo «vos»!
¡Cuál ha de ser! ¡La Mariana!

DON EMILIO

—Creo que anda por allá...

(*Señalando la casa de los patrones. Martín se aproxima a ella y mira hacia adentro, buscando. Socarronamente lo interrumpe don Emilio, tras unos instantes*).

¡Capataz, acuérdese
que el patrón espera el lazo!

MARTIN

—Tenés razón, ché viejito...
Hasta luego...

(*Vase*).

DON EMILIO

—Con Dios vaya.

(*Mientras don Emilio levanta del suelo, muy perezosamente, la grasa de que se valía para engrasar, canta entre dientes, pero de manera que se le oiga, un estilo criollo de la época*).

No hay bagual que se haga el bravo

si liga un «pial» de «volcao»
ni varón que no sea pavo
cuando el amor lo ha «picao»...

(*En momentos en que se aleja hacia el fondo, sale Ernesto del pabellón de la izquierda*).

ERNESTO

(*A don Emilio*).

—¿Mi hermana sigue durmiendo?

DON EMILIO

—Hace un momento, señor,
que se asomó a la ventana...

(*Váse*)

ERNESTO

(*Alzando la voz hacia la ventana, un poco alta, que señaló don Emilio*).

—¡Hola! Buen día, Leonor...

LEONOR

(*Que asoma, peinándose*).

—Buenos días... ¿Qué tal, ché?

ERNESTO

—Necesito hablar contigo...

LEONOR

—Un momentito; ya voy.
¿Se puede saber de qué?

ERNESTO

—Ven abajo y lo sabrás.

LEONOR

—Voy bajando.

(*Aparece*).

ERNESTO

—¿Tu marido?

LEONOR

—Hace rato que salió.
¡A la orden!

(*Observándolo*)

¡Qué grave estás!
¿Es que alguno de la casa
ha amanecido indispuesto?
Vamos a ver... ¿qué es lo que hay?
¡Pero qué cara, qué gesto!

ERNESTO

—Siéntate y oye, Leonor:
tenemos que hablar en serio.

LEONOR

(*Entre alarmada y burlona*).

—Ya me llena de pavor
ese tono de misterio...

ERNESTO

—Lo que tengo que decirte
es para mí muy penoso,
es amargo, es enojoso;
pero quiero prevenirte
que sólo tu bien me mueve.

LEONOR

—No te comprendo...

ERNESTO

—¡Paciencia!
Tengo hace tiempo la creencia
de que algo oscuro conmueve
tu alma de mujer, Leonor...
Te noto distinta, extraña,
y o mi cálculo me engaña
o ya no es tanto él amor
que sientes por tu marido...

LEONOR

—¿El te ha hecho su confidente?

ERNESTO

—No me interrumpas. Prudente
juzgo recordar que he sido
hasta que a Carlos te uniste,
para tí más que un hermano...
Huérfanos desde temprano,
en mi cariño tuviste
siempre un padre, ¿no es verdad?
Fuiste de ese hombre la esposa
y era para mí una cosa
propia tu felicidad...
Tres años han transcurrido:
y aquí, en la estancia de Carlos,
donde esperaba encontrarlos
llenos de paz en su nido,
si bien hallo a él cuadrado
como siempre y generoso,
leal, sin vueltas, laborioso,
adivino por tu lado
...¡me da el decirlo rubor!...

LEONOR

(*Interrumpiendo*).

—¿Qué adivinas? ¿Qué torpeza
se te ha puesto en la cabeza?

ERNESTO

—¡Qué Manuel te hace el amor!

LEONOR

—¡Estás delirando, Ernesto!

ERNESTO

—¡En la verdad estoy puesto!
Te corteja ese señor...
¡Aprovecha el hospedaje
que se le brinda sin tasa,
para intentar un ultraje
al amo y señor de casa!
Lo sé, lo veo, lo siento...

(*Pausa*).

Yo soy de la escuela antigua
y no es confusa ni ambigua
la doctrina que sustento:
cuando a una mujer casada
requiere un galán de amores,

(*Leonor llora*).

—has de escucharme aunque llores—
es porque ella no hizo nada
para desviar el agravio;
y cuando el galán ha sido
un amigo del marido,
entonces... ¡se quema el labio
al proferir la sentencia:
son dos crímenes unidos,

dos escarnios maldecidos,
dos ladrones sin conciencia!

LEONOR

—¡Ernesto!

ERNESTO

—¡Te habla el honor
de la estirpe por mi boca;
y si perturbada o loca
das motivo a mi clamor,
óyelo bien: yo tu hermano,
yo el soltero, yo el trivial,
el calavera, el jovial,
el tolerante el humano,
y cuádrete o no te cuadre,
—puedes creerlo como hay sol—
asumiré el triple rol
de hermano, marido y padre!
Me vincula a tu señor
un cariño fraternal
porque es hidalgo y es leal.
y es valiente y soñador...
Siento por tí un paternal
impulso lleno de amor;
¡pero más quiere el honor
que es mi código ancestral!

(*Bajando la voz*).

Dirás a Manuel hoy mismo
que abandone estos lugares;
pretextos tendrá a millares
su inventiva y su cinismo...
Quiero creer que pronta estás
para estas órdenes mías,
y que tus coqueterías

han sido eso y nada más;
pero de todas maneras,
que ese hombre salga de aquí,
pues si no ocurriera así,
si a que salga te opusieras...

LEONOR

(Viendo que Carlos llega por el fondo).

—¡Calla, calla; mi marido!

ERNESTO

(Recobrando la actitud habitual).

—Nada temas... Buen día, Carlos.

CARLOS

(Tirando sobre una mesa el chambergo, el rebenque y el poncho de vicuña).

—Salud. Creía encontrarlos
durmiendo... ¿Pero qué tiene
hoy de raro mi señora?

(A ella).

—Me pareces preocupada...

(Se le aproxima cariñosamente).

LEONOR

(Turbada).

—No, Carlos... no tengo nada...
Me contaba Ernesto ahora...

ERNESTO

(Interrumpiendo).

...que según oigo decir
Manuel está por partir...

CARLOS

—¡Qué me dices! ¿Y por qué?

¿No se halla en la estancia bien?

ERNESTO

—Lo han llamado, ignoro quién,
y con urgencia, se va...

CARLOS

—Es extraño. Anoche hablamos
y nada me dijo de irse...

(Leonor, muy nerviosa, hace mutis hacia la derecha. Durante el diálogo que sigue, se la verá asomar repetidas veces, esperando ansiosamente que su marido y Ernesto abandonen el jardín).

ERNESTO

—Ha debido decidirse
hace un rato...

CARLOS

(Después de haber mirado atentamente a Leonor mientras se alejaba).

—Convengamos
en que Leonor está rara
más que nunca en estos días...

ERNESTO

—Los nervios de las mujeres
y el girar de las veletas...

CARLOS

—Ha llegado a preocuparme...
Tal vez yo tenga la culpa
por esta clase de vida
que a mi pesar voy llevando...
Apenas alumbra el día

monto a caballo y me alejo
campo afuera, a trabajar;
a la hora del almuerzo vuelvo,
hago mi siesta después,
salgo de nuevo a la tarde
y en seguida de comer
caigo en cama como un fardo...
Quizá resulte un marido
poco interesante así;
pero estoy, como tú sabes,
empeñado en la tarea
de dar formas a esta estancia,
y sólo espero lograrlo
para empezar otra vida,
trasladarme a Buenos Aires
y ser para mi mujer
un marido más... marido.
No hay mal que dure cien años
y pronto hemos de concluir
con el empeño de ahora...

ERNESTO

—Como todas las mujeres,
Leonor, que es una mimosa,
ha de querer que el marido
la acompañe un poco más...
Debe comprender, no obstante,
que la vida de estas horas
no es la que tú le reservas
para los días futuros
y que estás elaborando
con tu porvenir, el de ella...
Además, es conveniente
que mi hermana esté en el campo.
Su salud, que es harto pobre,
mejora sin duda alguna

en este clima tan sano...

CARLOS

—No es que yo note protestas
de la actitud de Leonor;
menos mía, más esquiva
y menos lo que antes era,
eso creo descubrir
y ha llegado a preocuparme
de tal modo su actitud...

ERNESTO

—No debes dar importancia
a cosas que no la tienen...

(*Pausa*).

—¿Hay noticias de la guerra?

CARLOS

—Un chasque estoy esperando
que viene del campamento...

ERNESTO

—¿Ese combate sangriento
de que me hablaste...?

CARLOS

—Están peleando

(*Pausa larga*).

¡Cuánta sangre, toda nuestra,
se derrocha en la jornada!
¡Cuánta vida malograda
en esta guerra siniestra!
¡Cuánto heroísmo sepulto
para siempre en las cuchillas,
y cuánto dolor oculto

en estas almas sencillas,
al mirar cada mañana,
sobre las lomas calientes,
olas de sangre entrerriana
rodando como torrentes!

(*Pausa*).

Alguna vez he pensado
que tanto y tanto dolor,
tanto desgaste de honor,
tanto brío derramado,
tanta sangre que enrojece
las lomas del campo verde,
no es tesoro que se pierde;
y aun a ratos me parece
que para sembrar la gloria,
Ceres dispuso en su trono
hacer con sangre el abono
de las tierras en la Historia...
y me consuelo pensando
que en este momento oscuro
estamos ¡ay! semillando
la grandeza del futuro
en esos campos cercanos...

MARTIN

(*Interrumpiendo apresuradamente*).

—El chasque del campamento
viene llegando, patrón...

CARLOS

—¿Vamos yendo?

ERNESTO

—Vamos, vamos.

CARLOS

(Mientras se van por el fondo, poniendo el brazo en el hombro de Ernesto).

—Hemos de hablar mucho de esto...
¡No hay que maldecir la guerra!

ERNESTO

(Jovial).

—¡Ni la temo ni la busco!
Soy como aquel caballero...

(El diálogo deja de oirse mientras hacen mutis ambos. Leonor, apenas los ve alejarse, atraviesa rápidamente la escena y se dirige al cuarto de Manuel, en el pabellón de la izquierda).

LEONOR

(Llamando a la puerta)

—¡Manuel, Manuel!

MANUEL

(Apareciendo muy emocionado)

—¡Todo lo he oido, Leonor!

LEONOR

—¿Y qué debemos hacer?

MANUEL

—Lo que aconseja el deber
es salvaguardar tu honor...
Es necesario fingir
un llamado. Me debo ir,
porque parece que Ernesto
en verdad está dispuesto...

LEONOR

(*Interrumpiendo*)

—¡Y eso que ignora, Manuel
la verdad aterradora;
que he sido culpable, infiel!

MANUEL

(*Asustado y temiendo que los oigan*)

—¡Pscht! ¿A que dices eso ahora?

LEONOR

—¡Qué he pecado,
que he mentido,
que he ultrajado a mi marido!

MANUEL

—¡Marido que no te quiere
y a tus encantos prefiere
las distracciones rurales!...

LEONOR

—...¡pero que es un hombre honrado
a quien agravié en mala hora!

MANUEL

—Un agravio que se ignora
no es agravio...

LEONOR

(*Sin hacer caso*)

—¡Qué vergüenza!

MANUEL

—¡Leonor, no es este el momento!...

LEONOR

—Es que siento
el peso de mi delito...

MANUEL

(*Interrumpiendo*)

—Si en tanto estimas tu honor,
no seas tú quien pregone...

LEONOR

—¿Soy yo la que te preocupa
o es que temes?...

MANUEL

—Temer... ¿qué?

LEONOR

—Por tí mismo...

MANUEL

—¡Hombre soy yo de afrontar
mis responsabilidades!
Pero no he de hacer locuras
ni comprometerme en vano...

LEONOR

(*Llorando*)

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

MANUEL

—¡Por Dios! ¡Que pueden oirte!
¿Es que pierdes la cabeza?
Martín viene... ¡Disimula!

(*Aparece Martín por el fondo, con ánimo de dirigirse hacia las habitaciones del dueño de la casa. Leonor procura serenarse*)

MARTIN

—Buenos días, señor...

MANUEL

(*Adoptando un tono indiferente*)

—Muy buenos días, don Martín.
Dígame... ¿La «galera» pasa hoy?

MARTIN

—Hoy es viernes... Como siempre,
entre dos y dos y media
va a pasar...

MANUEL

—Es necesario
que se ocupe de arreglar
lo concerniente a mi viaje...

MARTIN

—¿Te vas, señor?

MANUEL

—Sí, me voy,
¿Habrá pasaje, no es cierto?

MARTIN

—Con seguridad que sí;
en estos tiempos de guerra
son escasos los que viajan
y no hace mucho pasaron
un mal rato, los viajeros...
Diga usted que el mayoral
es un hombre de hacha y tiza
sí, sí!

MANUEL

—Mi equipaje está aquí dentro.

(Señalando su cuarto, cuya puerta quedó abierta)

Sólo me falta arreglar
pocas cosas... ¿Quiere usted
encargarse de todo esto?
Lo que está sobre la cama
debe ir en aquel baúl...

MARTIN

—No te preocupes de nada
que Martín lo arregla todo...

(A Leonor que sigue muy nerviosa y sin prestar atención)

—¿No me podrías prestar,
a la Mariana, patrona?
Yo de ropas poco entiendo...

LEONOR

(Mientras hace mutis hacia la derecha)

—¡Mariana!

MARIANA

(Apareciendo por ese mismo lado).

—¡Señora!

LEONOR

(Vase)

—Don Martín la necesita.

(Manuel, muy preocupado, avanza lentamente hacia el fondo y se va, como sin rumbo).

MARIANA

(A Martín).

—¿Qué me manda el capataz?

MARTIN

—¿Mandar? ¡Quita esa palabra!
A «vos» no manda Martín:
a «vos» Martín te suplica...
...Pues, que se va don Manuel
y hay que arreglarle la ropa...

MARIANA

—¡No me diga! ¿Se va? ¿Y cuándo?

MARTIN

—En la galera de hoy mismo...

MARIANA

—¡Qué lástima; tan alegre
como es el niño Manuel!
...Vamos a arreglar la ropa.

MARTIN

—Antes escucha, Mariana;
quiero decirte una cosa...

MARIANA

—¿Vamos a empezar de nuevo?

MARTIN

—Es que ahora va endeveras...
Has de saber que te estoy
queriendo de un modo bárbaro...

MARIANA

—Ya usted sabe, don Martín,
que yo le agradezco mucho
ese cariño tan grande;

pero no pienso casarme
y si me caso ha de ser...
...se lo he dicho... con un criollo.

MARTIN

—¡Pero si yo soy más criollo,
Mariana, que el caracú!
Mira, muchacha, es inútil...
Donde tú vayas voy yo,
pues el destino ha querido
que juntos hemos de andar
como una cosa y su sombra;
y en criollo te lo diré
para que veas que el vasco
también sabe compadrear...
yo soy el mango,
tú la cuchilla;

(*Mariana ríe*).

yo soy la risa,
tú la cosquilla...
Yo soy la y griega,
tú «sos» la zeta;
yo soy la harina,
tú la galleta...
Soy la cadena,
tú el relicario;
yo soy el cepo,
tú el comisario...
Yo soy el vasco,
tú «sos» su vasca;
yo el vigilante,
tú la «charrasca»... (1)
Yo soy el palo,
tú «sos» la escoba;

---

(1) Sable

soy el «talero»,
tú «sos» la soba...
Yo soy el remo,
tú «sos» el bote...
Yo soy el río,
tú el camalote...
... y te diré la «ultima»

(Sin acento en la u).

porque ya no puedo más:
Soy el abuso,
tú... ¡el juez de paz!

(Ella ríe).

¿Por qué no casarte «vos»
con un hombre como yo,
fuerte, sano, bien «plantao»,
generoso y más «honrao»
que todos los otros juntos?
Escúchame bien, Mariana:
si no lo entiendes así
y sigues tan casquivana
como has estado hasta aquí,
vas a hacer una macana,
sí, sí!
Y por último te digo:
¿qué más quisieras «vos», ché,
que matrimoniar conmigo?...

(Se lleva súbitamente la mano a la boca, arrepentido y como para evitar que salga otra grosería).

MARIANA

—¡Vaya una galantería!

MARTIN

(Atribulado).

—Me «tenés» que perdonar...

Es que tengo una manía...
Se me escapan las macanas...
Cuando las quiero atajar
ya están echadas al viento...
Desde chico soy así
y no me puedo curar.
¡Cabeza dura la mía!
¿Me «perdonás», Marianita?

MARIANA

(Después de haber reído mucho).

—...Bueno, mire, don Martín;
vamos a arreglar la ropa
y mañana le daré
la respuesta que me pide...

MARTIN

—¿Y esa respuesta ha de ser?...

MARIANA

(Ruborosa).

—Me parece que a su gusto...
a pesar de los «escapes»...

MARTIN

—¡Dios te bendiga, sabrosa!
Ya el corazón me decía
que me estabas por querer...
¡Verás que marido lindo
que voy a ser para «vos»!
Aquí viene mi patrón...
¿Me permites que le diga?...

MARIANA

(Turbada).

—¡No, don Martín, por favor!

¡Vamos a arreglar la ropa!

MARTIN

(*Aparte entrando al cuarto tras ella*).

—Bueno: vamos, morochita...
¡Siento el corazón aquí
bota que bota,
lo mismo que una pelota
sí, sí!

(*Simultáneamente reaparecen por el fondo conversando entre sí y marchando con lentitud, Carlos, Mariana y Ernesto*).

CARLOS

(*A Manuel, como continuando una conversación*).

—Sí, comprendo; pero siento
que se tenga que marchar...

MANUEL

—Yo también deploro mucho
dejar compañía tan grata...

CARLOS

—Y tienes que perdonarme
si el dueño de casa ha sido
poco atento con su huésped...

MANUEL

—Todo lo contrario, Carlos...

CARLOS

—...pues mi vida de trabajo,
vida bien dura en verdad,
me sustrae a otros deberes
que con placer atendiera...

MANUEL

—No tengo sino motivos
de gratitud para usted...

ERNESTO

(*A Manuel, como queriendo cortar el diálogo*).
—¿Arreglaste tu equipaje?

MANUEL

—Martín se ha encargado de eso.

ERNESTO

—A las dos debes marchar...
Convendría que almorzáramos...

CARLOS

—Ya deben estar sirviendo...

(*Entran los tres por la derecha*; *Martín y Mariana salen del cuarto de Manuel trayendo, entre los dos, un baúl grande que depositan en el suelo*).

MARIANA

—Lo más propio me parece
que se llamara Mariana
si es mujer; y si es varón,
...¡Martincito!

MARTIN

—Si es mujer, estoy conforme
en que se llame Mariana;
pero si es varón, prefiero...

MARIANA

—¿Qué prefieres?

MARTIN

—¡Marianito!

(*Ella rie*).

Ya ves cómo soy galante...
Vamos poniendo el baúl
allá afuera...

(*Ella lo levanta por una punta, de la misma manera que al salir del cuarto*).

¿Pesa mucho?
¡Quita allá! ¡Es lo único que faltaba!

(*Echándose el gran baúl al hombro*).

Tener a un vasco por novio
y estar cargando baúles!

(*Salen por el fondo, mientras aparece Manuel en la especie de la pequeña terraza que debe tenér el edificio de la derecha: y después de mirarlos alejarse, cruza la escena, volviendo la cabeza como si aguardara a Leonor, y entra a su cuarto. Un momento después, aparece esta última en la terraza*).

LEONOR

(*En voz alta*).

—Dice Carlos que el almuerzo
está servido, Manuel.

MANUEL

(*Saliendo del cuarto*).

—En seguida.

(*En voz baja*)

¡Ven!
Un minuto nada más...

(*Ella se aproxima despùés de vacilar*)

No volveremos a vernos
a solas por mucho tiempo...

LEONOR

—¡Imprudente!

MANUEL

(*Tendiéndole la mano*).

—¡Adiós!

LEONOR

—¡Adiós!

MANUEL

(*Sin soltarle la mano, que ella pugna ligeramente por desasir*).

—¿Me quieres?

LEONOR

—¡No!

MANUEL

—¿No me quieres? ¿Y por qué?
Me quieres a tu pesar,
y me seguirás queriendo
por sobre todas las leyes,
y sobre todos los miedos...
Y he de verte en Buenos Aires...

(*La atrae hacia sí, un poco bruscamente, y la besa, mientras Carlos aparece en la terraza. La actitud que asumirá éste queda librada al talento interpretativo. Su primer impulso es arrojarse sobre los culpables; pero se contiene haciendo un visible esfuerzo sobre sí mismo. Manuel, por su parte, ha hecho ademán de sacar su revólver*).

CARLOS

—No te asustes, vil ladrón,
que otro castigo depara

a tu crimen mi razón:
¡Frente a frente y cara a cara!
¡Y ahora mismo! ¡Sal de aquí!
¡Sal y espérame allí fuera,
junto a esa primer tranquera!

(*Sale Manuel en silencio, bajo la mirada fulminante de Carlos. Este último entra a su cuarto, en busca de armas, se supone. Reaparece. Su mujer ha quedado inmovilizada por el terror. Se dirige a ella*).

¡Tú no te muevas de ahí!

(*Sale por el fondo. Transcurre un momento de silencio angustioso*).

ERNESTO

(*Aparte en la terraza*)

—¿Qué ocurre?

LEONOR

(*Yendo hacia él, desolada*).

—¡Oh, Ernesto, ven!

ERNESTO

—¿Pero qué demonios pasa?

LEONOR

—Carlos y Manuel...

ERNESTO

—No entiendo...

LEONOR

—¡Carlos me encontró en los brazos
de Manuel, hace un instante!

ERNESTO

—¡Desdichada! ¡Con razón
el instinto me anunciaba
un crimen cerca de mí!
¡Y pensar que he sido yo
quien trajo ese hombre a esta casa!
¡Era tu amante Manuel!

LEONOR

—Sí, Ernesto... ¡Perdón, perdón!

ERNESTO

—¡De mí nunca lo tendrás,
desdichada, vil, perjura!

LEONOR

—Mi marido va a matarme
apenas vuelva de afuera...
¡Sálvame, por Dios, Ernesto!
¡No quiero morir así!
¿Olvidarás que es tu hermana
quién te suplica de hinojos,
tu Leonor, la de otro tiempo,
la de la infancia cercana,
la que alguna vez quisiste
como se quiere a una hija?...

ERNESTO

—Pudo matarte hace un rato
al verte en los brazos de otro,
que la ley cubre y ampara
tal impulso en el marido;
...pero ahora, así, en frío
y en mi presencia... ¡eso no!

MARTÍN

(*Apareciendo de pronto, por el fondo, profundamente emocionado*).

—¡No teman tal cosa ustedes!
Es muy capaz mi patrón
de matar a un miserable
frente a frente y hombre a hombre;
pero no mata a mujeres
quien tiene tal corazón!

ERNESTO

—¿Por qué no va usted, Martín,
a ver lo que ha sucedido?

MARTIN

—El me lo prohibió al pasar.
«Que nadie vaya hacia allá,
suceda lo que suceda», me dijo:
yo obedezco. Y adivino
lo que va a hacer mi patrón
cuando acabe con el otro...

(*Aparece Mariana*).

ERNESTO

—¿Qué imaginas que va a hacer?

MARTIN

—No seré yo quién lo diga:
pero si se va de aquí,
si enloquecido de pena
abandona estos lugares,
con él me voy yo también!

MARIANA

(*Aproximándose y con mucha timidez*).

—¿Y yo?

MARTIN

—¡Si han engañado en tal forma
a un hombre como el patrón,

(*Mariana llora*).

¿qué no harían con el vasco?
¡Nada con las hijas de Eva!
¡Para mí todas murieron,
que si una ofendió a don Carlos,
todas, todas han perdido
la estimación de Martín!

CARLOS

(*Reaparece taciturno. Viene sin apurarse y se dirige a Martín*).

—Junto a la primer tranquera
hay un hombre mal herido.

(*Vase Martín*).

ERNESTO

(*Poniéndose delante de Leonor*).

—¿Qué piensas hacer ahora,
Carlos, pobre hermano mío?

CARLOS

—Un momento y lo sabrán.
Nadie se mueva de aquí.

(*Entra a su cuarto. Reina en escena un silencio terrible de algunos segundos. Al cabo de ellos reaparece Carlos. Trae puesta una amplia capa, calado el chambergo y en la diestra una lanza. Ocupa el centro del escenario y se dirige a Leonor. Habla con voz entrecortada por la angustia y la cólera*).

Te amaba con un amor
cándido de adolescente;

te amaba tímidamente
como nadie amó jamás...
Estaba forjando el nido
del porvenir visionado
y era feliz a tu lado
trabajando para tí,
que empeñado en la tarea
de ganar tiempo a las horas,
me vieron muchas auroras,
sonámbulo cuya marcha
iba rompiendo la escarcha
de las montañas heladas...
La herida que me has abierto
es tan cruel, es tan brutal,
tan honda, tan inmortal,
que al ir a jugar mi vida
iba deseando perderla,
incapaz ya de tenerla
con tanta sombra en el alma;
iba deseando matar
pero morir a mi vez...
Cuando lo tendí a mis pies
hube de caer a su lado
muerto por mi propia mano,
y un esfuerzo sobrehumano
debí hacer para vivir,
que un hombre de mis blasones
no puede morir así...
Harás, no obstante, de cuenta
que hace un momento perdí
la vida en el duelo a solas:
he muerto, pues. Sobre ti
otra sentencia caerá:
yo te condeno a vivir...
¡la vida me vengará!
¡Y pues va

por estos campos una racha romancesca,
voy a hundir en esa racha mi existencia maldecida,
a poner fin a mi pena, a mi rabia y a mi vida,
entre el delirio sangriento de la pléyade gauchesca,
y a la luz del huracán
que desató en estas tierras el férreo López Jordán;
pero sépalo la vil, la traidora, la ramera,
la perjura sin perdón:
por perjura, por traidora, por mala hembra, por [ramera,
será mi voz postrimera
una eterna maldición!

(Mientras se da vuelta para salir, seguido de Martín, que un momento antes apareció armado también de lanza, telón).

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

(Interior de una pulpería inmediata al campamento de López Jordán. Su dueño, el viejo andaluz Don Valerio, le ha impreso el aspecto característico de un mesón de España. Del techo bajo, penden embutidos diversos, para solaz de las moscas. A la izquierda está el «mostrador» tras del cual hay una puerta que comunica con las habitaciones interiores. Al fondo y hacia el medio, otra que sirve de entrada. A la derecha, una más grande, corrediza, que permite pasar al corral, donde se guardan las aves. Mesas chicas, bancos, etc. Al levantarse el telón, están sentados, en torno de una de aquéllas, dos soldados y un civil. Este último, viste bombacha y está armado de «facón». Tras del mostrador está Juanín, el muchacho que atiende a los parroquianos).

EL CIVIL

—¡Che, Juanín! Dame otra caña...

(Entra Martín y ocupa una mesa, solo, enfrente).

MARTIN

—¡Buenos días!

LOS TRES

—¡Buenos días!

MARTIN

(A Juanín).

—Un jarrito de café.

EL CIVIL

(*A los soldados*).

—Hagámoslo hablar al vasco...

SOLDADO 1º

—¿«Cansadazo», don Martín?

MARTIN

—¡Sí, sí que me estoy cansando!
Hace cerca de diez meses
que llegamos a la guerra
con mi patrón... y no veo
el momento de volvernos!

SOLDADO 2º

—Es muy dura, ya lo creo,
la vida del campamento...

(*Pausa*).

Y cuéntenos, don Martín...
¿No se le ha «escapao» ningún
«macanazo» en estos días?

MARTIN

—¡Ayer mismo! Uno y bien gordo...
¿No le dije al General:
«tenés» cara de bandido»?

(*Todos ríen*).

¡Qué «querés»! ¡Se me escapó!
¡Cabeza dura la mía!
¡Suerte que lo echó a la risa,
que si no, no cuento el cuento!

(*Ríen de nuevo*).

SOLDADO 2º

—Diga, don Martín... ¿se acuerda
de la rodada famosa
de su patrón?

EL CIVIL

—Fué al principio
de la guerra... ¿no es así?

MARTIN

—Fué como al mes de llegar
y fué entonces que lo hicieron
por su hazaña, capitán.

SOLDADO 1º

—¿Y cómo fué la rodada?

MARTIN

—¡A vos ya te la he «contao»!

SOLDADO 1º

—Es «verdá», pero me gusta
escuchar la relación...

JUANIN

—Sí, don Martín... ¡Cuéntela!

MARTIN

—Iba en marcha el escuadrón
cargando a la media rienda,
lanza en mano... Mi patrón,
que era teniente, iba al frente,
al frente del pelotón...
¡Cuadro lindo! Allá detrás

quedaban nubes de tierra
más espesas cuanto más
avanzábamos gritando,
y fué que de pronto... ¡zás!
rodó el zaino del patrón
y se clavó de cabeza...
Entonces el escuadrón
se abrió en dos «pa» no pisarlo,
¡y fué como una visión
aquello de Satanás!
Cuando se volvió a juntar,
creyendo dejarlo atrás,
el teniente estaba al frente
otra vez... ¿«vos» lo creerás?
¡al frente del escuadrón
con su zaino reluciendo
bajo el sol que iba poniendo
polvos de oro en el montón!
al frente del escuadrón
gritando ¡viva Entre Ríos!
y estaba en punta el primero,
cuando se hizo el entrevero
y lanzas, bolas, facones,
fusiles y redomones
se mezclaron entre el polvo!

SOLDADO 1º

—¡Ah, machazo!

SOLDADO 2º

—¡Tigre lindo!

MARTIN

—Un balazo aquí, en el hombro,
y una lanzada en la pierna;

lo bajaron del caballo
y lo salvamos raspando...
¡Nunca había «llorao» el vasco,
pero lloró, te lo juro,
cuando el General después
lo abrazó, visto por todos,
y me lo hizo Capitán
en el campo de batalla!
Dos meses tuvo de cama
y de orden del General
los pasó aquí, en esta casa,
entre esta gente tan buena...

EL CIVIL

—Y empezó a arrastrarle el ala
a la nieta del patrón,
a Mariluisa, la rubia...

MARTIN

—Yo de esas cosas no entiendo...

EL CIVIL

—Y se comenzó a cuidar
en los otros entreveros;
y ya no quiere morir...
¡«Aura» le gusta la vida
y se relame pensando
que la rubia va a ser suya!

MARTIN

—¡«Sabés» demasiado «vos»!

EL CIVIL

—¡Y esa rubia tiene dueño,
porque antes que el Capitán

llegara a este campamento,
era yo que la quería!...

SOLDADO 1º

—Pero no te daba juego...

EL CIVIL

—¡Pueda ser que así sería!

MARTIN

—Bueno, «mirá», che, Pedrito,
vamos a hablar de otra cosa...

EL CIVIL

—¡Qué otra cosa ni otra cosa!
¡Dame otra caña, Juanín!
Vamos a hablar de la rubia
porque aquí se anda diciendo
que ella cree en un casamiento.
¡Y que ese hombre no es soltero!

MARTIN

(*Poniéndose rápidamente de pie y alzando por una pata el banquillo en que estaba sentado*).

—¡Vas a callarte la boca
o te rompo la cabeza!

EL CIVIL

(*Que casi simultáneamente ha desnudado el facón y se ha puesto en guardia*).

—¡Así me gusta; «vení»
que «viáver» de qué color
era el chancho por adentro!

(*En ese momento aparece en la puerta el capitán*

Carlos de Alvarez. Viste de civil, con su capa habitual y luce tres galones sobre el gran chambergo. Su presencia paraliza a todos. Los soldados se cuadran haciendo la venia; Martín abandona el banquillo. Sólo el civil mantiene su actitud).

EL CAPITAN

(*Que se ha colocado entre los que iban a pelear*).

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

MARTIN

—Este hombre me provocaba...

EL CAPITAN

(*Después de haber contestado el saludo de los dos soldados, al civil*).

—¿Y usted por qué no saluda?

EL CIVIL

—Porque yo no soy «soldao»...

EL CAPITAN

—¿Y qué es?

EL CIVIL

—Soy el baqueano.

EL CAPITAN

—¡Bueno, sáquese el sombrero!

EL CIVIL

(*Tras un momento de vacilación y después de envainar el cuchillo, se descubre lentamente*).

—Me lo saco... porque el mío
no tiene esos tres galones...

(*Súbitamente el capitán le arrebata el chambergo y le pone el suyo en la cabeza*).

EL CAPITAN

—¡Ahora te vas a sacar
el chambergo con galones!
¡Vamos pronto: «saludá»!

EL CIVIL

(Saludando).

—Está bien...

EL CAPITAN

(Después de recobrar violentamente su chambergo y ponerle el suyo en la cabeza).

—Ahora mismo
te «mandás» mudar de aquí.

(Mientras sale el baqueano).

¡La primera vez que te vea
merodear por esta casa
o me avisen que has venido,
te voy a curtir a azotes!

(Vase el civil, lenta y taimadamente).

EL CIVIL

(Desde la puerta).

—Está bien...

(Hay un breve silencio).

LOS SOLDADOS

(Haciendo la venia).

—Con permiso, Capitán...

(Vanse).

EL CAPITAN

—Oye Martín... Es preciso

que te acerques de un galope
hasta mi carpa y preguntes
si no me ha buscado allí
el Capitán Lucio Cárdenas...

MARTIN

—¿Volvió ya de Buenos Aires?

EL CAPITAN

—Esta mañana llegó.
Si das con él, le dirás
que dentro de media hora
me podrá encontrar aquí.
Sé que anda en procura mía.

MARTIN

—Está muy bien, Capitán.

(*Vase*).

EL CAPITAN

(*Golpeando las manos hacia el interior*).

—¡Don Valerio!

DON VALERIO

(*Desde adentro*).

¿Capitán?

(*Apareciendo*).

A sus órdenes «zeñó»...

EL CAPITAN

—¿Mariluisa?

DON VALERIO

—Está «mu» bien...
¿«Usté» quiere que la llame?

EL CAPITAN

—No; al contrario, Escúcheme.
Tengo que ir urgentemente
adonde está el General;
poco durará mi ausencia,
nada más que unos minutos;
pero si llega entretanto
el capitán Lucio Cárdenas,
le dirá usted que me espere,
que en seguida volveré,
que ya sé que anda en mi busca...

DON VALERIO

—Está «mu» bien, capitán

EL CAPITAN

—Hasta luego.

DON VALERIO

—Dios le guíe...

(Vase el capitán, A Juanín, viendo unas botellas, sobre el mostrador, olvidadas).

¿Esas botellas?

JUANIN

—Ya mismito
Iba a guardarlas, patrón...

DON VALERIO

—Deja, que yo las pondré,
cabecita de alcachofa.

(Mientras don Valerio coloca las botellas en su sitio, aparece Mariluisa, que no ve al abuelo. Trae dentro del delantal cuya punta levanta con una mano,

maíz para las gallinas. Juanín, apenas la ve aparecer, abre la puerta corrediza que comunica con el corral).

MARILUISA

(*Haciendo sonar el maíz con la otra mano*)

—¡Có, có, có,
có, có, có!

(*Mientras arroja el maíz*).

¡Vengan acá las gallinas, el gran gallo,
los pollitos!
có, có, có,
có, có, có!
¡Vengan acá que estoy yo!
Venga acá la cochinchina
parlanchina,
¡có, có, có,
la que va siempre detrás
por ladina
¡có, có, có!
del pollito bataraz...

(*Siempre arrojando maíz*).

¡Venga acá la catalana,
media hermana
¡có, có, có!
de aquella pobre andaluza
tan discreta,
que la acusa
¡có, có, có!
que la acusa
de coqueta...
Y la azul, y la armiñada
cortejada
¡có, có, có!
por el pollo pluma oscura,

el de cresta
prematura
¡có, có, có!
Y usted la humilde criolla,
que no empolla
¡có, có, có!
ni morronguea ni espera
ni hace nada
porque la tiene asustada
¡có, có, có!

(Siempre arrojando maíz).

tanta rival extranjera...
Y usted señor gallo grave,
el que sabe
¡có, có, có!
poner a raya el corral
porque tiene según veo
¡có, có, có!
señorial
el cacareo...
el de la figura apuesta
y la cresta
colorada
¡có, có, có!
orgulloso porque van
detrás de él como si fuera
¡có, có, có!
un Don Juan
cualquiera...
Y los pobres, los chiquitos,
los pollitos,
¡có, có, có!
que quieren mucho a la madre,
pero al padre
no...

¡có, có, có,
có, có, có!
a comer que allá va toda
la maizada
codiciada,
que se acaba,
que se acaba,
que se acaba,
...se acabó!

(*Tirando los últimos maíces y soltando el delantal*).

(*Juanín, a quien Mariluisa no toma en cuenta, cierra otra vez la puerta corrediza. Durante la escena anterior, don Valerio ha oído embelesado a su nieta, celebrando con risas contenidas y gestos aprobatorios, las cosas que decía. Cuando Mariluisa se vuelve, el abuelo da rienda suelta a su entusiasmo*).

DON VALERIO

—¡Eres la gracia en «prezona»!

MARILUISA

(*Muy jovial*).

—¿Estaba usted ahí, abuelo?

DON VALERIO

—¡Es que a nadie más que a ti
se te podía «ocurrí»
dar bromas a las gallinas!
¡Eres la gracia en «prezona»!

MARILUISA

—¡Mire que lo voy a creer!
Diga, abuelo... El Capitán
¿no ha venido?

DON VALERIO

—«Zi» que vino...

MARILUISA

—¿Cómo es eso? ¿Ha venido
a verme mi Capitán
y el señor abuelo mío
no me había avisado nada?

DON VALERIO

—Vino de paso, apurado...
No va a tardar en «vorvé»...
El General lo llamó...

MARILUISA

(*Preocupada*)

—¡El General! ¡Qué lucha esta
que amenaza no acabar!
¡Cuando pienso que es posible
que lo hieran otra vez!...

DON VALERIO

—¡No lo pienses! El ha dicho
que ahora se va a cuidar
y no va a hacer más locuras...

JUANIN

(*Que está parado en la puerta*).

—Allá vuelven, galopando,
el Capitán y Martín...

(*Don Valerio y Mariluisa van a la puerta y observan a los jinetes, todavía lejanos*).

MARILUISA

(*Después de mirar atentamente*)

—No, no es él... Es Martín
con otro...

DON VALERIO

—¿Un capitán?

MARILUISA

—Con un capitán, eso es,
que monta un tordillo grande...

DON VALERIO

—¡El es entonces!

MARILUISA

—¿Quién es?

DON VALERIO

—El capitán Lucio Cárdenas
a quién don Carlos espera...
Tengo para él un «recao»;
vete dentro, hijita mía,
yo lo voy a «recebí»...

MARILUISA

—Y cuando Carlos regrese,
me avisa...

DON VALERIO

—¡Pierde «cuidao»!
El mismo dará los «pazos»,
que está el galán más «chalao»
y loco por tus pedazos...
¡Y cómo no lo ha de «está»,
si es capaz mi nietecilla

de hacer perder la cabeza
al Obispo de Sevilla!

(*Mariluisa va a entrar y él la detiene*).

Oye, hija mía... ¿Tú ves,

(*Señalando hacia afuera, lejos*).

perdido allá en la distancia
ese edificio?

MARILUISA

—¿El Convento?

DON VALERIO

—¡Eso mismo! El Convento
de las Hermanas Terciarias...
¿«Tecuerdas» cuando querías
irte palla, Mariluisa?
«Tos» los días me lo decías:
«¡que quiero ser monja abuelo!
«¡que sin «pare» y ni «mare»
«estoy demás en el mundo!»
Y yo: «no me da la gana
además, «ma contao» un pajarito
»va a llegar «mu» pronto aquí
«pa» quitarte esas ideas...»
Y tú: «que quiero ser monja,
que es mi destino, abuelito».
...Gueno»; pues allá lo tienes
al Convento de tus sueños...
¿«Quiés» ser monja, Mariluisa?

MARILUISA

(*Muy picarescamente y poniéndole la boca en el oído*).

—¡Por ahora más bien no,

y doblemos la hoja, abuelo!

(*Vase corriendo para adentro, mientras aparecen en la puerta el capitán Cárdenas y Martín*).

CAPITAN CARDENAS Y MARTIN

—Buenas tardes.

DON VALERIO

—Buenas tardes.
¿Usted es?...

CAPITAN CARDENAS

—El capitán Lucio Cárdenas

MARTIN

(*Aludiendo a don Valerio*).

—El señor es don Valerio,
el dueño de este negocio...

CAPITAN CARDENAS

(*Dándole la mano*).

—Tanto gusto.

DON VALERIO

—Muchas gracias...
El capitán Carlos de Alvarez
que estuvo esperando a usted
va a «vorvé» d'aquí a un momento...

CAPITAN CARDENAS

—Está bien. Lo esperaré.

DON VALERIO

—Tome asiento...

CAPITAN CARDENAS

—Muchas gracias.

(*A Martín*).

De manera, don Martín,
que usted no se anima entonces
a dar la noticia a Carlos...

MARTIN

—Sólo que «vos» lo mandases
de una manera formal;
pero yo preferiría
que lo sepa de otro «lao»...
Que noticias, Señor mío.

CAPITAN CARDENAS

—Bueno; puede retirarse.
Yo voy a aguardarlo aquí
y veré lo que hay que hacer.

MARTIN

—Está muy bien, capitán...
Con permiso...

(*Aparte*).

¡Qué noticia!

(*Mientras se va, señalando al capitán con visible inconsciencia*).

¡También la ocurrencia tuya
de meterte a Redentor!...

(*Lleva la mano a la boca, arrepentido, para tapársela*).

!Perdóname, capitán!
Es una manía que tengo...
¡Se me escapan sin querer!

CAPITAN CARDENAS

(*Incomodado*).

—Bueno, ¡váyase cuanto antes!

(*Aparte*).

Está medio loco el vasco...

MARTIN

(*Saliendo*).

—¡Cabeza dura la mía!

CAPITAN CARDENAS

(*A don Valerio, que durante el diálogo anterior se había alejado discretamente*).

—¡Malos tiempos, don Valerio!

DON VALERIO

—¡Terribles, mi capitán!

CAPITAN CARDENAS

—¡Y ya es fortuna la suya...;
poder tener un negocio
en plena revolución!

DON VALERIO

—¡Calle usted! Si al «empezá»,
ya había yc «cerrao» la puerta;
pero el general me dijo
que siguiera trabajando
y que él me protegería...

CAPITAN CARDENAS

—¿Y vive usted solo aquí?

DON VALERIO

—Solo con mi nietecita
y ese muchacho, Juanín...

CAPITAN CARDENAS

—Pero pronto, según dicen,
la familia va aumentar...

DON VALERIO

—¡Quiéralo Dios, capitán!
Mariluisa ha de casarse
con el «zeñó» Carlos de Alvârez...
y «ansí s'abrá realizao»
mi último sueño en la tierra...
Cuando murió m'hija Marta,
(La «mare» de Mariluisa)
y al poco tiempo se fué
mi yerno, el pobre Javier,
yo pedí al cielo mil veces
que no me hiciera ir del mundo
dejando sola a mi nieta...
El cielo escuchó mi ruego
y he de morirme tranquilo
si la dejo en esas manos,
que es el capitán don Carlos
un hidalgo como hay pocos...

CAPITAN CARDENAS

—¿Y está fijada la fecha,
para el casamiento ya?

DON VALERIO

—Que yo sepa, no, «zeñó»...
Me figuro que ha de ser

cuando la guerra concluya...
¡Quiera Dios que sea cuanto antes!

(*En ese momento Carlos aparece en la puerta y se precipita, muy cariñosamente, a abrazar a su amigo. Don Valerio entra al interior*).

CARLOS

—¡Por fin me encuentras!

CAPITAN CARDENAS

—¡Por fin!

CARLOS

—¿Llegaste esta madrugada?

CAPITAN CARDENAS

—A las cuatro más o menos...

(*Se sientan*).

CARLOS

—Un viaje largo y riesgoso...

CAPITAN CARDENAS

—Lleno de complicaciones...
Cuando el General dispuso
que fuera hasta Buenos Aires
con una misión secreta
calculé que duraría
el viaje unos quince días...
...¡y he empleado noventa y tres!
No había sido cosa fácil
pasar la línea enemiga
eludiendo las patrullas
que se mueven sin cesar;
y a la ida como a la vuelta

para que no me prendieran...
he debido hacer milagros

CARLOS

—Te ha ido bien. Es lo esencial...
¿Y la causa de tu apuro
por hablarme?...

CAPITAN CARDENAS

(*Un poco turbado*).

—Un buen deseo
de saludarte... y decirte...
...que he visto a tu gente allá...

CARLOS

(*Que ha bajado la cabeza*).

—Toda «mi gente» es mi hermana,
mi hermana Elisa... ¿la viste?

CAPITAN CARDENAS

—No... no he hablado con ella...

(*Pausa, turbándose*).

Dime ahora algo de tí...
Recojo ciertos rumores...

CARLOS

(*Tras otra pausa*).

—Te lo diré todo, todo:
...Pues sabrás, querido amigo,
que por voluntad suprema
de no sé qué ley benigna,
se ha borrado en mi el recuerdo
de mi tragedia pasada...
Soy feliz y amo la vida

Buscando muerte gloriosa
llegué a este lugar de sangre
hace ya cerca de un año;
y el destino me hizo hallar,
en vez de la muerte ansiada,
una mujer peregrina
que al hacerme amar sus gracias
hizo que amara la vida...

CAPITAN CARDENAS

—¿Mariluisa?

CARLOS

—Mariluisa.
Cuando herido gravemente
vine a morir a esta casa,
ella curó mis heridas,
ella restañó mi sangre,
ella veló mis delirios,
y puso tanta ternura
en su misión de hada buena,
que allá en el fondo de mi alma
se consumó ese milagro...
¡Con qué piedad infinita
ví flotar sobre mi angustia
la inquietud tímida y mustia
de su mirada bendita!
¡Con qué ritmos celestiales
sus dedos blancos y tersos,
como aleteos de versos,
pesaban sobre mis males!
¡Con qué emoción alta y pura
comprobé convaleciendo
que el amor iba naciendo
del fondo de mi alma oscura,
y pensé que aún podía

florecer mi alma yerta,
y haber rosas en la huerta
donde la nieve caía!
¡Ah, cuando ví que se encendían por la gracia
(del amor
sus pupilas,
sus pupilas tan profundas, tan humanas, tan
(tranquilas,
y la ví alzarse vibrante de casto fuego interior,
bendije la suerte mía
porque había
permitido
que sobre el jardín derruído
de esta alma que sucumbía,
pasara blanca y divina,
lírica, solemne y pura,
la gracia de una ternura
femenina...
Y comprendí perturbado
que sobre mi vida trunca,
el amor no había brillado
hasta entonces, nunca...

CAPITAN CARDENAS

—¿Pero qué es, en resumen,
esa mujer para tí?
Porque no alcanzo a entender...

CARLOS

—Lo es todo, no siendo nada...
Es mi sueño omnipotente,
es la ilusión visionada
castamente;
es algo que a ser alcanza
lo más íntimo y potente:
¡la Esperanza!

CAPITAN CARDENAS

—¿Y ella conoce o ignora
tu situación verdadera?

CARLOS

—Has puesto el dedo en la llaga...
¡Ignora mi situación!
Sabe que hay en mi pasado
un gran dolor sepultado;
pero la verdad no sabe...
He ido insensiblemente
rodando por la pendiente,
y me ha faltado valor
para decírselo todo...
¿Crímen mío? No lo sé;
más piensa, si has de juzgarme,
que esta pasión engendrada
entre fiebres y dolores
como a veces flotan flores
en la trágica hondonada,
a medida que crecía
iba emancipando un alma,
iba poblando una nada,
iba salvando la vida
claudicante de un suicida...

CAPITAN CARDENAS

—No he de ser yo quien censure...

CARLOS

—Imagínate un hombre casi muerto,
perdido en el desierto
adonde fuera para huir del mundo,
que sintiera en sus senos el profundo
martirio de la sed... ¿Le negarías

el derecho a beber de aquel raudal
tentador y cristalino
que un destino
fiel
hizo brotar junto a él
de escondido manantial?

CAPITAN CARDENAS

—¿Y cuál es la solución?
¿En qué fías? ¿En qué esperas?

CARLOS

—¡En qué podría esperar!
Yo soy un sueño en acción:
aguardaré a despertar...

CAPITAN CARDENAS

(*Aparte*).

—¡Pues yo tampoco me animo
a darle la gran noticia!

JUANIN

(*Que durante el diálogo anterior ha permanecido en la puerta*).

—¡«El moribundo»...! ¡Allá viene!

CAPITAN CARDENAS

—¿El moribundo? ¿Qué es eso?

CARLOS

—Un moribundo simbólico...
Es un curioso espectáculo
que presenciamos aquí
al caer de los crepúsculos...
Un viejo gaucho maltrecho

jinete en un potro overo
que a duras penas tranquea,
pasa cantando un cantar
cuando está muriendo el día.
Es un cantar melancólico
y varonil a la vez...
Lo he oído tantas veces
que de memoria lo sé...
¿Es qué no canta, Juanín?

JUANIN

—Parece que no, señor...

CARLOS

(*A Cárdenas*).

—Es un compás muy profundo
y con un eco tan triste
como de algo que no existe,
va cantando «el moribundo»:
«Soy la postrer armonía
«de una raza que se va;
«pero otra mejor irá
«brotando de mi agonía».

(*La voz de «el moribundo» interrumpe la décima y la concluye. Carlos permanece de pie, invitando a Cárdenas, con el ademán suspenso, a escuchar la canción errante*).

EL MORIBUNDO

(*Cantando su «triste»*).

—«...tal como a la luz del día
«abren sus gracias divinas
«las rosas en las taperas
«al venir las primaveras,
«que son rosas peregrinas
«las del rosal de las ruínas»...

CAPITAN CARDENAS

—Compleja filosofía
que entristece y reconforta
la de ese cantor errante...
Es original y hermoso...

CARLOS

(*Mirando hacia afuera*).

—¡Y allá se va «el moribundo»
envolviéndose en la noche,
como si realmente fuese
la postrera melodía
de una raza que agoniza!...

CAPITAN CARDENAS

—Es interesante y triste...
Cuando me fuí, no existía...

CARLOS

—Hace dos meses apenas
que apareció por aquí...

CAPITAN CARDENAS

(*Repitiendo de memoria*).

—...«que son rosas peregrinas».

CARLOS

(*Haciendo lo propio*).

—...«las del rosal de las ruínas»...

CAPITAN CARDENAS

—Tu vida esta comprobando
la verdad de ese cantar...

CARLOS

—Rosas han brotado, es cierto,
Capitán, sobre mis ruinas,
pero... ¿las podré tomar?

CAPITAN CARDENAS

—Ha de querer Dios que sí...

(*Pausa breve*)

...Y te dejó... El General
me invitó a comer con él.

CARLOS

——A mí también. Nos veremos
entonces dentro de un rato...

(*Dándole la mano*).

Hasta luego.

CAPITAN CARDENAS

—Hasta luego.

(*Sale el Capitán Cárdenas. Carlos le aconpaña hasta la puerta, que Juanín cierra por dentro. Al volverse queda un momento preocupado, la mano en la barba, de pie*).

CARLOS

(*En soliloquio*).

—Es extraño... Me ha buscado
desde la hora en que llegó
para decirme algo urgente
y no me ha dicho nada al fin...

(*Permanece unos segundos más, pensativo, y hace luego un gesto, como alejando la preocupación. Se dirige a la puerta de la izquierda que comunica con el interior*).

¡Mariluisa!

MARILUISA

(*Desde dentro*).

—¿Capitán?

(*Apareciendo y después de hacer un saludo jovial, tomándose con ambas manos la pollera*).

Hace rato que esperaba...

EL CAPITAN

(*Conduciéndola a un pequeño banco rústico que habrá del mismo lado*).

—¡Venga acá mi flor temprana,
translúcida rubia amiga

(*se sientan*).

dorada como una espiga
al beso de la mañana...;
venga aquí la dulce y sana,
la sonriente, la armoniosa,
hecha de miel y de rosa
o de armiños y de grana,
y en cuyos labios están
partiéndose dos rubíes...
...la que la risa deslíes
como una música extraña
que llega al alma y la baña
en manantiales de amor...

MARILUISA

(*Como en éxtasis*).

—Siga, mi dueño y señor...

CARLOS

—Sí, seguiré, porque siento
cuando percibo tu aliento,
que brotan de mi jardín,
encendidas y sin fin,

bandadas, rubia, de rosas,
que en vuelos de mariposas
hacia tus gracias se van...

MARILUISA

—¡Capitán! ¡Capitán!

CARLOS

(*Apasionadamente*).

—Sí, seguiré... porque advierto
que esta pasión salvadora
trocó en un ideal a un muerto
y a un ocaso en una aurora;
y porque apercibo aquí
donde el mundo se resume,
que tu alma ha caído en mí
como un divino perfume
ignorado y redentor...
Tú me hiciste amar la vida
y apasionado ahora de ella,
veo tu imagen diluída
en cada luz que destella
sobre mi alma emancipada;
y te columbro, armoniosa,
en cada lenta alborada
que difunde como un hada
sobre el campo hojas de rosa
y te veo rebrillar,
incorpórea y fugitiva,
en la luz crepuscular
que desciende desde arriba,
y en cada flor que se aviva
palpitando en su corola
bajo el rocío que aureola
su languidez pensativa;

y en el fulgor inminente
con que en los cielos se aduna
a la sombra el sol naciente;
y en ese rayo de luna
que baja a besar tu frente
desde el altar transparente
adonde los sueños van...

MARILUISA

—¡Capitán! ¡Capitán!

CARLOS

—¡Sí, mi reina de zagalas,
que de este mundo no sabes,
sino lo que flores y aves,
y por eso sólo exhalas
en tus espasmos divinos
sus perfumes y sus trinos
y el trepidar de sus alas;
manda, pues eres mi dueña,
manda al hombre humilde y bravo
que te ansía y que te sueña
y que por ser todo, es,
en la fiebre de su afán,
tu capitán y tu esclavo,
tu esclavo y tu capitán
de rodillas y a tus pies!

(Cae posternado, mientras ella llora de emoción. Hay una pausa. Suenan en la puerta dos golpes secos. Simultáneamente, el Capitán se pone de pie y Juanín aparece por la puerta de la comunicación al interior).

UNA VOZ

(Desde afuera).

—¿El Capitán Carlos de Alvarez?

CARLOS

(*Mientras abre la puerta, tras de la cual aparece un soldado*).

—Servidor...

SOLDADO

—Traigo una carta

(*Se la entrega y Carlos la abre, disimulando, al leer sus breves líneas una honda emoción*).

CARLOS

(*Al soldado*).

—Un momento... (*a ella*) Mariluisa:
hazme el bien de entrar... Me llaman

MARILUISA

—¿Y volverás?

CARLOS

—Volveré
a darte las buenas noches.
—Hasta luego.

(*Se estrechan las manos*).

MARILUISA

—Hasta luego.

CARLOS

—¿Me perdonas?

MARILUISA

—Te perdono...
sé bien que no es culpa tuya...

No te olvides de volver...

(Ella entra. El espera que la puerta sea bien cerrada por adentro y se dirige luego al soldado).

CARLOS

—Dirá usted a la persona
que le ha entregado esta carta...

LEONOR

(Apareciendo repentinamente y levantándose el velo negro que cubre su cara).

—Es inútil. Aquí estoy.

SOLDADO

—Con permiso...

CARLOS

—Vaya usted.

(Vase. Juanín cierra y entra al interior, después de llamar para que le abran, mientras reina un breve silencio entre Carlos y Leonor).

LEONOR

—He corrido los peligros
de este viaje accidentado
y otros mil más afrontara
sólo por hablarte. Carlos...
Cediendo a los ruegos míos,
que en Buenos Aires le hiciera,
el Cápitan Lucio Cárdenas
me ha conducido hasta áquí...
Es preciso que me escuches...
Yo necesito decirte
— sin intentar mi defensa,
pues mi conducta pasada

no tiene juez más severo
que el de mi propia conciencia —
que cuando fuí criminal
juzgábame vista en menos
y desdeñada por ti...
Te encontraba helado, extraño;
y el día de la tragedia,
al contemplarte encendido
por la cólera y los celos;
al verte, Carlos, radiante
de dolor y de pasión,
no sólo medí mi crimen
en su terrible verdad,
sino que por vez primera
ví al hombre que habia soñado...
y te amé desde ese instante
con un amor tan profundo,
tan intenso, tan divino,
tan infinito, tan nuevo,
que quiero morir mil veces
antes de ir por el calvario
de esta angustia sin consuelo...
Yo vengo a que me perdones,
a que me dejes vivir
al menos, cerca de ti...

(*Llorando*).

¿Acogerás este ruego
con tu grandeza de siempre?...
Un año llevo llorando
hora por hora, en silencio,
y si algo valen las lágrimas
con que selló su expiación
una pobre pecadora,
yo las depongo a tus plantas
al implorar tu perdón...

CARLOS

(*Que ha permanecido de pie, sin mirarla, los brazos cruzados*).

—«Haz de cuenta que perdí
(te dije la tarde aquella)
«mi vida en el duelo a solas.»
Esa sentencia mantengo
en toda su integridad;
para usted, señora, he muerto.
Tal es mi última palabra;
y así el mundo todo entero
se postrara ante mis plantas,
al mundo todo le diera
por respuesta esa respuesta.
Hemos terminado, pues.

(*Hace ademán de retirarse pero ella lo detiene, arrodillándose*).

LEONOR

—¡Escúchame, te lo pido!
Si hay en el mundo perdón
hasta para el vil bandido
que ha clavado un corazón
en la hoja de su puñal;
si se indulta al criminal,
al parricida, al ladrón,
¿no habrá en el mundo perdón
para una débil mujer
que pecó y arrepentida
viene trémula y vencida
a implorar al que ofendió?

CARLOS

—¡Si la sociedad, piadosa,
indulta a los criminales,

nadie exige cosas tales
a los que fueron sus víctimas!

LEONOR

—¿Nada valen mis angustias..
mi suplicio, mi dolor
y este martirio interior
que me incendia la conciencia?
¿Nada vale la expiación
que sufro día por día?
¿Nada vale la agonía
de este hondo arrepentimiento
que me ha robado la calma
y me está quemando el alma
como un cauterio sangriento?

CARLOS

—¡Hemos concluído, señora!
¡Esa justicia infinita
que sobre el mundo se expande,
a cada cuál dió su lote
helada y serenamente:
a mí el olvido porque fuí inocente
y a ti el amor para expiación más grande!
Pudiendo tomar tu vida
que perdoné por piedad,
recobré la libertad
bajo el dolor de mi herida...
¡Sólo un ciego desvarío
que sus palabras no mide,
pedir puede a mi albedrío
que renuncie a lo que es mío
porque el crimen me lo pide!
¡Que se cumpla tu destino,
mientras yo sigo el camino
que me trazó tu desvío;

y no intentes nunca más
repetir la rogativa,
pues ni a verme alcanzarás
ni habrá de cambiar jamás
mi voluntad mientras viva!

(*Vase dejándola arrodillada. Leonor permanece llorando unos segundos. Al cabo de ellos, perdida la vista en el vacío, repite, como exhumándolas del recuerdo, las palabras con que el se despidió el día de la tragedia*).

LEONOR

—«... Te amaba con un amor
«cándido de adolescente;
«te amaba tímidamente
«como nadie amó jamás»...

(*De pronto su fisonomía se contrae, como si una verdad nueva hubiese penetrado súbitamente su espíritu; se pone de pie, mira a todos lados, vacilando, y llama con las manos. Aparece del interior Don Valerio. A él se dirige, disimulando el estado de sus nervios y fingiendo una sonrisa*).

¡Hola, buen hombre!

DON VALERIO

—¿Señora?

LEONOR

—¿Usted no sabe quién soy?
Pues soy... la hermana de Carlos,
del Capitán Carlos de Alvarez.

DON VALERIO

—¡La hermana del «zeñó» Carlos!
¡Pues tanto gusto, señora!
¿En qué la puedo «zervi»?
¡Qué placer de conocerla!

LEONOR

—Una pregunta he de hacerle
que usted sabrá contestar,
porque he sabido que Carlos
frecuenta mucho esta casa...

DON VALERIO

—¡Ya lo creo que la frecuenta!

LEONOR

—Como todos los muchachos,
Carlos tiene, estoy segura,
sus amores por aquí...
¿No me quiere usted decir
quién es ella?

DON VALERIO

—¡Santo Dios!
¿Que no le ha dicho su hermano
que mi nieta Mariluisa
es su novia?

LEONOR

—¿Que es su novia?
¿La novia de Carlos de Alvarez?

DON VALERIO

—¡Naturalmente que «zí»!
¡Y poquito que se quieren!

LEONOR

—¿Pero es «novia», o algo más
y algo «menos», a la vez?

DON VALERIO

(Después de meditar bien su respuesta).

—Sabía yo que el «zeñó» Carlos
es de la gran sociedad
y he de creer que usted también...
Sé que somos gente humilde,
yo, como mi nietecita;
pero ni aquellos blasones
ni esta humildad bien «honrá»,
la autorizan a ofendernos...
Son novios, señora mía,
y se deben de «casá»
cuando la guerra termine...

LEONOR

(Disimulando).

—No se ofenda usted, señor...
No me ha comprendido bien...
¿Puedo hablar con Mariluisa?
Desearía conocerla...

DON VALERIO

(Después de vacilar un momento, y un tanto alarmado).

—Voy a llamarla, señora...
¡Mariluisa! ¡Mariluisa!

MARILUISA

(Apareciendo).

—¿Qué, abuelito?

DON VALERIO

—Esta señora...

(Mariluisa se sorprende al verla y saluda con la cabeza).

es hermana de don Carlos...

MARILUISA

(*Muy cariñosa*).

—¡Señora! ¿Es usted Elisa,
la buena hermana de Carlos?
¡Cuántas veces la recuerda
cuando me habla del pasado!
¿No se sienta usted, señora?
¡Con qué gusto la conozco!
¿Y no se ha visto con él?
Volverá dentro de un rato...

LEONOR

—¿Se acuerda, entonces, de mí?

MARILUISA

—»Nunca debes olvidar
— me repite muchas veces —
«que tú y Elisa, mi hermana,
«son los únicos cariños
«que me quedan en la tierra»...
Y por eso, noche a noche,
la pongo en mis oraciones
y pido a Dios por usted...

LEONOR

(*Tras una pausa*).

—¿Y te quiere mucho?

MARILUISA

—¡Mucho!

LEONOR

(*Penosamente*).

—¿Te ha besado?

MARILUISA

(Con rubor).

—Me ha besado...

LEONOR

—¿En la boca?

MARILUISA

—¡No, por Dios!
En la punta de los dedos...
... A más, me besa en el alma
con sus palabras de amor
que son besos infinitos...
Hace un momento, aquí mismo...

(Viendo el llanto de Leonor).

¿Pero qué le pasa, Elisa?
¿Qué significa ese llanto?

LEONOR

(Llorando).

—Yo no soy hermana, no...
¡Yo soy su mujer legítima
ante Dios y ante los hombres...!

(El abuelo se sienta desolado, Leonor hace ademán de marcharse y Mariluisa la contiene).

MARILUISA

—¿Pero?...

LEONOR

—No más me preguntes.
En el altar nos unimos
hace cerca de cuatro años,

y va para doce meses
que se alejó de mi lado
buscando morir aquí...

(*Aparte*).

¡Cómo me castiga el cielo!

(*Vase llorando*).

MARILUISA

—¡Casado, abuelo, casado!
¡Ese era el secreto, entonces,
de que me habló tantas veces!

(*Cae de rodillas, junto al abuelo, y hundida la cabeza en sus piernas, llora profundamente, mientras baja, despacio, el telón*).

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

(La escena representa el locutorio del Convento a que se aludió en el acto anterior, y que se divisaba desde el mesón del viejo andaluz. Es una amplia sala poligonal. Al fondo y en la ochava de la izquierda, la puerta de entrada. A uno y otro lado, dos puertas más; y en el izquierdo, amén de la puerta, que viene a quedar en segundo término, una gran ventana que se abre sobre el campo. El estilo es gótico. Viejos bancos de madera labrada, butacas de alto respaldo, un reclinatorio, una lámpara, una mesa. La imagen de Cristo en la Cruz preside el conjunto desde el testero central. De la ochava de la derecha, parte hacia adentro un claustro que deberá verse en toda su extensión, iluminado débilmente hacia el fondo. Al alzarse el telón, la Madre Superiora, sentada, lee. Son las cinco de la tarde). (1).

LA SUPERIORA

(Sintiendo a sus espaldas los pasos de una Hermana que sale de la izquierda y va hacia el claustro).
—Hermana Dalmira...

LA HERMANA

—¿Madre?

LA SUPERIORA

—Nada me ha dicho usted hoy
sobre la nueva novicia...

---

(1) Los versos que van señalados con asteriscos, no deben ser pronunciados en la representación, en obsequio a la mayor teatralidad de la fábula.

LA HERMANA

—Parece más resignada;
pero la hermana Matilde
la sintió llorar anoche
otra vez amargamente...
Dice que en llantos y rezos
ha pasado horas enteras...
¡Pobrecita! ¡Y es tan buena!

LA SUPERIORA

—Hágame el bien de llamarla...

LA HERMANA

—¿A la novicia?

LA SUPERIORA

—Eso es.

LA HERMANA

—Allá voy, Madre Abadesa:

(Vase por el claustro).

LA SUPERIORA

(En voz alta, hacia la izquierda).

—¡Hermana María!

LA HERMANA MARIA

(Acudiendo por ese lado).

—¿Madre?

LA SUPERIORA

—Desearía que esta tarde
todas rezáramos juntas

la plegaria por la paz
antes de ir al refectorio...

LA HERMANA MARIA

—Voy a prevenirlas, Madre.
Con permiso.

LA SUPERIORA

—Vaya usted.

(Vase por el claustro, donde se cruza con la Hermana Dalmira que regresa acompañando a la novicia Mariluisa. Cuando esta última se aproxima a la Superiora, la Hermana Dalmira se va por la izquierda. La Hermana María pasa también de regreso, hacia el mismo lado).

MARILUISA

—¿Usted me llamaba, Madre?

LA SUPERIORA

—Sí, hija mía; siéntese...

(Se sienta).

¿Cómo ha pasado su noche?

MARILUISA

—Bien, Madre; sin novedad...

LA SUPERIORA

—Me aseguran, sin embargo,
que la han oído llorar...

(Mariluisa se turba y casi llora).

MARILUISA

(Tras una pausa).

—Es cierto... He llorado mucho;

y si he cometido, Madre,
el pecado de traer
cosas del mundo a esta casa
¡arrójeme usted de aquí!

LA SUPERIORA

—Cálmese usted, hija mía...
No ya para reprenderla
sino para consolarla
he hecho que la llamasen...
Tiene la paz de esta casa
para todo mal, remedio;
y de inferior me acusara
al sitio que en ella ocupo
si no hurgase un poco el alma
de monjas y de novicias,
si no procurase darles
el santo rumbo que lleva
a la plena paz del alma...
¿Qué dolores la doblegan?
¿Qué pesares la perturban?
¿Vacila su voluntad
entre esta mansión de Dios
y las cosas terrenales?

MARILUISA

—¡No, Madre! Mi voluntad
es profesar lo más pronto...
¡pero no puedo olvidar!
Quisiera romper del todo
las ligaduras que al mundo
me aproximan todavía,
pero no logro cortarlas
por más vocación que siento,
y así padezco el martirio
de quien está sin estarlo,

lejos del mundo traidor
al Divino Redentor...
y ha dado el alma sin darla.
Y así padezco el dolor
de unir en un solo acento,
mis plegarias de cristiana
y el invencible lamento
de mis llantos de profana...

LA SUPERIORA

—Plegarias que al cielo van
empapadas en lamentos,
son ecos que transpondrán
con alas el firmamento...
Deje usted que su alma vierta
en las lágrimas benditas
lo que de la vida incierta
conservan aún; y sus cuitas
irán por ellas cayendo
como adherencias impuras
que al contacto van saliendo
de las santas brisas puras...
Y no es para mí un misterio
la causa de su pesar;
su abuelito, don Valerio,
nada me quiso ocultar...
Fíe, pues, en los consejos
de la Madre Superiora...
Tienda el alma hacia allá lejos
donde fulgura otra aurora;
piense en Dios, amiga mía,
ofréndale el pecho herido
y verá llegar un día
el bálsamo del olvido
que bajará desde el cielo
sobre su dolor mundano

como el divino consuelo
con que premia el Soberano
a sus fieles en la tierra...
No dé cabida a la alarma;
ponga a los recuerdos guerra
con la plegaria por arma
y la fe por estandarte
y dará fin a su pena,
que toda ola se parte
en esta playa serena...

(*Saca un libro del cajón de la mesa y se lo da*).

He aquí un libro, todo luz,
que la ayudará en su empresa;
se llama Santa Teresa
de Jesús»...
Cuando de la noche en medio
y entre las sombras calladas,
sienta que avanza el asedio
de las memorias pasadas
con su carga de congojas,
como quien toma un remedio

(*Mariluisa llora*).

recorra usted esas hojas...
...y permítame que ahora,
serena y humildemente,
la Madre y la Superiora
le den un beso en la frente...

(*La besa y la conduce hacia el claustro. Antes de alejarse, Mariluisa se arrodilla y le besa la mano*).

MARILUISA

(*Al hacer esto último*)

—¡Gracias, Madre! ¡Gracias, gracias!

(*Vase Mariluisa por el claustro, mientras la Hermana Tornera avanza por la puerta de entrada y aguarda a que la Superiora se de vuelta*).

LA SUPERIORA

—¿Qué hay, hermana Tornera?

LA HERMANA TORNERA

—Don Valerio y otro más
esperan desde hace un rato...
Quieren hablar con usted.

LA SUPERIORA

(Se sienta. Instantes después entra don Valerio y Martín).

DON VALERIO

—Buenas tardes.

LA SUPERIORA

—Buenas tardes.
Tomen ustedes asiento...

DON VALERIO

(En voz baja a la Superiora).

—Este señor es Martín,
asistente de don Carlos...

MARTIN

(Que lo ha oído).

—¡Y a mucha honra que lo tengo!
Asistente soy, es cierto,
del señor capitán Alvarez,
y ahora vengo acompañando
a este pobre don Valerio
que vive llora que llora
desde que su nieta dió
en la idea de encerrarse

como un prisionero aquí,
en esta casa que es triste
sí, sí!

LA SUPERIORA

—¿Y qué lo trae por acá,
en día que no es de visita,
mi buen señor don Valerio?

DON VALERIO

—Pues... a ver si usted me deja
que hable otra vez con mi nieta...
¡A ver si logro sacarle
su idea de la cabeza!

LA SUPERIORA

—No he de ser yo quien se oponga
a que usted hable con ella;
pero permítame hacerle
una observación juiciosa...
No tiene su nietecita
más consuelo que el olvido,
¿y donde podría hallarlo
mejor que aquí don Valerio?
Casa es de salud del alma
la casa que yo dirijo;
y la pobre Mariluisa,
cuyos pesares conozco,
ha de encontrar en su seno
por la voluntad de Dios
esa calma y esa paz
que el mundo le arrebató...
Supongamos que aceptara,
cediendo a los ruegos suyos,
abandonar el convento...
¿Dónde iría? ¿A qué peligros

no estaría expuesta esa alma
infantil y perturbada?
Para profesar hay tiempo...
Será monja o no será
según lo quiera el Señor;
mas lo que urge por ahora
es iluminar su espíritu
y consolar su dolor...
En la paz de nuestra casa
hallan quienes lo precisan
el bálsamo del olvido...

MARTIN

(*Golpeándose la palma de la mano izquierda con el dorso de la derecha. Aparte*).

—¡Está claro como el sol!
¡Tiene que encontrarse aquí!
¡Pobre Mariana!... ¡Encerrada!
ñata ella y morenita,
«Decime vos»...; una negra,
Mariana Suárez se llama,
¿no está también «embretada»
en esta casa tan grande?

(*La Superiora ha hecho signos negativos con la cabeza; mientras don Valerio se asoma*).

¡Está claro! ¡Qué ha de estar!
¡Andará en cosas con otro!
¡Mujer al fin, como todas!
¡Como todas las mujeres!...

(*La Superiora baja la cabeza. Don Valerio se pone de pie, Martín mira a uno y otro*).

¡Otra vez metí la pata!
Y cuando el vasco la mete
metida queda sí, sí!

LA SUPERIORA

(Tras una pausa).

—¿Qué dice usted, don Valerio?

DON VALERIO

(Resignadamente y levantándose, después de pensar).

—¡Hágase la voluntad
de la Madre Superiora!

LA SUPERIORA

—Mi voluntad, no, señor.
Sólo he dado mi opinión...

DON VALERIO

—... que yo respeto y acato
como palabras sagradas...
Me voy. ¡No la quiero ver!
Usted es buena y comprende
el dolor del pobre viejo...

LA SUPERIORA

—Dios, en su inmensa bondad,
ha de aplacar las angustias
de los unos y los otros...
Adiós, señor don Valerio.
Señor don Martín, adiós.

MARTIN

—¡Con El se queden ustedes!

(Vanse ambos).

LA SUPERIORA

(Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda).
—¡Sor María!

SOR MARIA

(*Apareciendo por ese lado*).

—Mande, Madre...

LA SUPERIORA

—Vamos a rezar ahora
la plegaria por la paz...

SOR MARIA

—Voy a avisar en seguida.

(*Entra por el claustro. Ante la imagen de cristo, la Superiora ora una breve plegaria que termina santiguándose, en momentos en que vuelve a aparecer la Hermana Tornera seguida de Martín y un poco malhumorada*).

LA HERMANA TORNERA

(*A la Superiora*).

—¡Este señor que se vuelve!

LA SUPERIORA

—¿Qué deseaba usted, señor?

MARTIN

—¡Pues me ha «retao» don Valerio!
Y yo no me quiero ir
sin que «vos» me «perdonés»...

LA SUPERIORA

—¿Perdonarlo yo? ¿Y por qué?

MARTIN

—Por eso de las mujeres
que sin querer dije aquí
y que es un atrevimiento,
sí, sí!

LA SUPERIORA

—No había reparado yo...
pero de todas maneras
si algo vale mi perdón
se lo doy con mucho gusto...

(Martín no sabe qué contestar y la situación se hace un poco embarazosa).

MARTIN

(Después de mirar a todos lados).

—«Vos sos» la patrona aquí...
¡Cómo «debés» de aburrirte!

(Se lleva súbitamente la mano a la boca, tapándosela).

¡Otra metida! ¿«Vos» ves
que me salen sin querer?
Es mejor que me retire...
¡Cabeza dura la mía!
¿Me «perdonás» también ésta?

LA SUPERIORA

(Sonriendo).

—Sí, don Martín... Vaya en paz.

(Martín sale).

MARTIN

(Saliendo, aparte).

—¡Se me escapan, no hay qué hacer!

(Monjas y novicias aparecen por el claustro al mismo tiempo. Marchan lenta y silenciosamente. La Superiora se arrodilla en el reclinatorio que está hacia la izquierda, mientras hacen lo propio, dándole el frente las recién llegadas).

LA SUPERIORA

(*Antes de arrodillarse*).

—Vamos a rezar, hermanas,
nuestra oración por la paz...

(*Orando, las manos juntas*).

¡Señor, que desde la altura
de tu trono celestial
presides esta hora oscura
del reinado terrenal...
Ve, Padre, lo que en la tierra
hace enloquecido el Hombre.

LAS HERMANAS

(*En coro, con voz baja y honda*).

—¡Alabado sea tu nombre
por los siglos de los siglos!

LA SUPERIORA

—En un caos que aterra,
la hoz de la guerra
sin ley ni cuartel
segando las vidas agosta el vergel
en todo el confín.
¡Oh Caín y Abel,
oh Abel y Caín!
La granja parlera
donde antes se oyera
el canto sereno del buen labrador,
cayó ante el horror
y es polvo y es ruina
lo que ayer no más
era la divina
lumbre de la paz...
Todo muere al golpe del plomo homicida

y ruedan sin vida
bajo las locuras,
los lirios más blancos, las rosas más puras.

LAS HERMANAS

—¡Alabado sea Dios en las alturas!

LA SUPERIORA

—¡Perdónalos, Señor, mas ve que el suelo
está ahito de muertes y de espanto!
pero haz que tanto
terror acabe en la cansada tierra,
que huya la guerra
y que resuene el canto!
¡Perdónalos, Señor,
está ahito de muerte y de espanto!
¡Haz que llegue hasta el mundo enrojecido
un poco de tu cielo!
... ...
En nombre del sepulto y en nombre del herido,
en nombre del que triunfa y en nombre del vencido,
de los hogares mustios y los suelos repletos
que gimen de pavor porque en su seno están
blanqueando amontonados los torvos esqueletos
como urbes subterráneas que forja el huracán,
como urbes de silencio que ahondan los secretos
de un mundo que no tiene ni brújula ni luz
de un mundo enloquecido que ha olvidado a Jesús;
en nombre del martirio,
del Amor, de la Cruz
de la rosa, del lirio,
de la sangre caliente la locura estanca,
de la niñez tranquila,
de la paloma blanca...;
en nombre de las madres que tienen la pupila
exhausta de llorar;

de las hermanas pálidas que un día vieron marchar
uncido a su mochila
al buen hermano jóven dorado de ilusión;
en nombre de los viejos abuelos que callaron
temblando de emoción
y siempre esperarán
la vuelta de los nietos que nunca volverán:
en nombre del espanto
y en nombre del horror...
¡Señor, Señor, Señor!
haz que reine en la tierra,
que huya la guerra,
que resuene el canto
y orlen nuestra sien
las olivas sagradas... Amén.

LAS HERMANAS

—Y será para gloria, y será para bien.
Amén, amén.

(*Las hermanas y la Superiora se ponen de pie. Se oye el tañido de una campana interior*).

LA SUPERIORA

—A las seis, todos los días,
se rezará esta oración...
...Idos, pues, adentro, hermanas.

LAS HERMANAS

—Con permiso, Superiora.

LA SUPERIORA

—Vele el Señor por vosotras...

(*Las hermanas entran por el claustro, marchando en formación, lentamente. La Superiora hace mutis*

por la izquierda y solo queda en la escena la Hermana Dalmira, ocupada en arreglar las cosas — libros, etc., — que están sobre la mesa. Transcurre así un momento, al cabo del cual aparece Mariluisa por el claustro. Trae el libro que le regalara la Superiora).

LA HERMANA DALMIRA

—¿Cómo es esto? ¿Usted no cena?

MARILUISA

—No tengo ganas, Hermana;
y Sor Luisa, que es tan buena
me ha permitido que esté
mientras comen, por aquí...

LA HERMANA DALMIRA

(*Aparte*).

—¡Pobrecita! ¡Me da pena!

(*A Mariluisa*).

Puede usted quedarse acá
que a nadie va a molestar...
...Hasta de aquí a un momentito...

MARILUISA

—Hasta luego, Sor Dalmira...

(*Vase ésta por el claustro. Mariluisa se sienta y queda un largo momento abismada, en la mano el libro abierto*).

«...Ayer no más la alegria,
«la sonrisa, la ilusión...
«hoy una senda sombría
«y oprimido el corazón...
«Ayer esperanzas, flores,
«sueños de amor y de ideal
«envueltos en los fulgores

«de un panorama nupcial;
«hoy la noche del convento,
«la media luz, las Hermanas,
«y el eco, mitad lamento,
«con que llaman las campanas,
«al silencio o la oración...
«Ayer la dulce quimera
«que encendía una visión
«florida de primavera...;
«hoy el alma hecha pedazos,
«refugiando su dolor
«en el seno de esos brazos
«que abre al mundo el Salvador,
«y clamando desolada
«porque al pobre pecho herido,
«la Providencia apiadada
«haga llevar el olvido...
«¡Y qué pronto cielo santo,
«pasé de la paz al llanto!
«¡Qué cerca están en el mundo
«la alegría y el pesar!
«¡Cómo un abismo profundo
«puede el destino cavar
«a orillas de la ventura!
«...Así lo enseñan las horas,
«mitad luz y noche oscura,
«con sus reflejos de auroras
«y sus lutos vesperales,
«que sucediéndose van
«porque vean los mortales
«cuán inmediatos están
«la sombra y el esplendor...

(De pie y volviéndose hacia el Cristo, presa de súbita exaltación).

¡Oyeme tú, que en la Cruz

sonreías al martirio
y en cuya frente de lirio
palpita siempre una luz
misteriosa que la besa...
óyeme, Santa Teresa
de Jesús...:
¿Qué hace un alma atormentada
cuando entre penas mortales
no puede alejar, menguada,
los recuerdos terrenales
del arca de su memoria?

(*Aparece la Superiora, a espaldas de Mariluisa*).

¿Cómo se arranca el ayer
para entregarse a la gloria

(*Arrodillada*)

del divino amanecer?
¿Qué hacer, santo Dios, qué hacer
cuando en un ansia suprema,
mientras tu seno me llama
aquel otro amor me quema?
Esa criatura que ama
y que a ti quiere entregar
su alma libre de pecado,
quiso su amor sepultar
en este silencio helado
como quien echara al río
un hierro rojo y candente...
¿Es culpable el pecho mío,
es culpable o inocente
porque el río no ha podido
contra el hierro enrojecido?

LA SUPERIORA

—Es inocente, novicia,
mas de serlo dejaría

si por error o impericia
no fiara siempre en la pía
bondad de nuestro Señor...

MARILUISA

—¡Perdón, perdón, Superiora!
¡Más si Dios oye a esta sierva
desgraciada que conserva
lo que de amor El le diera,
que su bondad justiciera
apague tanta pasión
o me arranque el corazón
a pedazos!

LA SUPERIORA

(*Severa*).

—¡Mariluisa!

Hace vuestra exaltación
que mezcléis a la plegaria
acentos de rebelión
y alcéis la voz ofrendaria
sin aquella humilde unción
con que debe hablarse al Padre...

LA HERMANA TORNERA

(*Apareciendo despavorida por la puerta de entrada*).

—¡Santo cielo! ¡Madre, Madre!
¡Sor Dalmira! ¡Sor María!

LA SUPERIORA

(*Mientras aparece Sor Dalmira, Sor María y algunas monjas y novicias*).

—¡Qué pasa, Hermana, por Dios!

LA HERMANA TORNERA

(*Muy apurada*).

—¡Una mujer moribunda
en el umbral de la puerta!
«¡Para bien morir — me dijo
«pido asilo en esta casa!»

(*Corren hacia afuera la Superiora, Sor Dalmira, Sor María y la Tornera. Al cabo de unos segundos reaparecen. La Superiora y Sor Dalmira conducen, cada una de un brazo, a Leonor que llega moribunda. Algunas monjas se precipitan a preparar el sillón donde la sientan. A un gesto de la Superiora, una monja vieja se aproxima y le ausculta el corazón. Luego, al levantarse, hace un gesto, como indicando que se muere. Otra monja entrega a la Superiora un vaso con agua que ésta ofrece a Leonor. Mariluisa deja ver su honda emoción y se refugia en la imagen de Cristo*).

LEONOR

(*Rechazando el vaso*).

—No. Es inútil... Muero ya...
Soy Leonor Mansilla de Alvarez.

LA SUPERIORA

(*Aparte*).

—¡La esposa del Capitán!

(*Monjas y novicias se alejan unos pasos y se arrodillan*).

LEONOR

—Tres días hace que vago
sin rumbo por estos campos...
Mis carnes destilan sangre,
punzadas por las espinas
del sendero de expiación...
¡Qué larga, Señor, ha sido

mi calle en la Amargura!

(*Pausa*).

Fuí culpable, muy culpable...
Llorando un año viví
arrepentida y contrita;
y la plegaria profunda
durante un año exhalé
mojada en el propio llanto...
Y peregriné hasta acá
para implorar el perdón
del hombre a quien ofendí,
...y el perdón me fué negado...
¡Estoy maldita de Dios,
de mi Dios y de los hombres!

LA SUPERIORA

—No diga usted esas cosas...
Dios no maldice: perdona
a los que han expiado así
sus culpas sobre la tierra...
Van a borrarse esas sombras
que su espíritu ennegrecen...

(*Abre de par en par la ventana que da sobre el campo y junto a la cual se encuentran*).

Este cuadro de la noche
es el símbolo supremo
del fondo de su conciencia...
Anochece lentamente...
El crepúsculo desciende
y todo se borra: flores,
plantas, arboleda...
se borra todo y no queda
sino el cielo allá en la altura
y aquí la solemne y pura
severidad vesperal...

Lo pasado
se ha esfumado
dulcemente
y lo que fué
no se ve
ni se siente...
Y bien, Leonor; así llega
el perdón hasta las almas...
Es un manto que despliega
el Hacedor apiadado
sobre todo lo pasado...
Y sobre su alma, señora,
está cayendo ese manto...
¿No lo siente usted ahora?

LEONOR

—¡Qué bálsamo redentor
vierten en mí sus palabras!
¡Qué dulce y consolador
es oir hablar así!
... ...
Quiero pedirle un favor...

LA SUPERIORA

—Pídame usted lo que quiera...

LEONOR

—Una niña que vivía
en estos alrededores...
...Mariluisa... ¿se halla aquí?

LA SUPERIORA

—Aquí se halla.

LEONOR

—¿Profesó?

LA SUPERIORA

—No todavía, señora...

LEONOR

—¿Podría hablarla?

LA SUPERIORA

—Al momento.

(A la novicia sin alzar la voz).

Mariluisa...

(Señalando a la moribunda).

Quiere hablarla...

(Mariluisa se aproxima al sillón y se arrodilla. La Superiora se aleja algunos pasos y permanace de pie).

LEONOR

(Acariciando los cabellos de Mariluisa; penosamente).

—Perdóname, pobre niña...
Hazlo... feliz... te suplico...
por cuanto lo hice... sufrir...
Pidamos... juntas... a Dios
que de estas... ruinas... que caen...
puedan... brotar... todavía
los rosales... del amor...

TELON

EL SEÑOR CORREGIDOR

POEMA DRAMATICO EN TRES ACTOS

Y EN VERSO

ESTRENADO EN EL TEATRO SAN MARTIN

LA NOCHE DEL 9 DE MARZO DE 1917.

PERSONAJES

El corregidor
Carlos
Manuel
El escribano
El Virrey
El Capitán

Doña Isabel
Doña Etelvina
Elena
Inés, criada negra
La vieja del bastón

Plañideros, escopeteros. curiosos.

Epoca 1790 a 1800.

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala-escritorio de la casa del señor Corregidor. Hacia la izquierda una mesa de escribir. Del mismo lado sobre otra, un gran cofre de plata. Muebles de la época (1790 *a* 1800) *Al alzarse el telón, el secretario del Corregidor está sentado escribiendo. Este último se pasea, dictándole el final de una sentencia. Hay puertas laterales y al fondo. Hacia la derecha, la ochava permite ver un corredor con alero y un poco de jardín. Es de noche y algunos candiles iluminan la estancia. Las ventanas, si cabe disponerlas a uno y otro costado, serán estrictamente las que se usaban entonces.*

CORREGIDOR

(*Al Secretario dictando*).

—...del tercer considerando.

ESCRIBANO

(*Aparte, bebiendo de una bota que saca del casacón*).

—Si con el priorato se va curando,
sígale dano!

CORREGIDOR

(*Al Secretario dictando*).

—Punto y guido. Por ello,
así lo proncio y mando.
Dos de Abri Año del sello.

ESCRIBANO

—Sello.

(*El Secretario se pone de pie, moja la pluma de ave y se la entrega al Corregidor para que firme. Así lo hace este último, mientras aquel prepara otro expediente para continuar la tarea*).

El señor Corregidor,
¿quiere seguir trabajando?

ISABEL

(*Que ha aparecido por la derecha en momentos en que el Secretario pronunciaba las anteriores palabras*).

—¿Trabajar más? ¡Hasta cuándo!
Deje usted a mi marido
que descanse alguna vez.

ESCRIBANO

—Señora...

CORREGIDOR

(*Acatando el deseo de su mujer*).

—Lo de Almerez
lo voy a fallar mañana.

ESCRIBANO

—Como Usia lo disponga...

(*Mientras arregla los expedientes y los coloca en la carpeta que llevará al salir, bajo el brazo, el Corregidor se sienta. Isabel se le aproxima cariñosamente*).

ISABEL

(*A su marido*).

—¿Cansado?

CORREGIDOR

(Pasándose la mano por la frente).

—Calenturiento.
Eran confusas las tales
causas...

ESCRIBANO

—Son ciento
veintiuna fojas cabales
las que ocupa la sentencia
que acaba de componer...

CORREGIDOR

—Y mañana tengo Audiencia...

(Al Secretario).

Dirá usted al «maestresala»
que ponga el «sillar de gala»
en el recinto... Además,
que invite a comparecer
a Tobías del Collado,
pues en requerirlo insisto.
Quiero ver en el estrado
la nueva imagen de Cristo.
Tome usted...

(Se levanta, abre el cofre, — cuya llave que saca del bolsillo, produce un chirrido sonoro — extrae el papel, se lo da y cierra de nuevo, cuidadosamente).

Tome el sellado
para hacer la citación...

(Se vuelve a sentar. El Secretario, que ya tiene la carpeta bajo el brazo, toma el sombrero).

ESCRIBANO

—Noto desde el otro día

en el semblante de Usia
alguna preocupación...

ISABEL

—Yo también... Ya te lo he dicho...

CORREGIDOR

—No ha de faltarle razón
para se nublar, al rostro,
que si está una frente mustia,
es siempre porque la angustia
trabaja en el corazón...

ISABEL

—¿Pero qué es ello, por Dios?
Mil veces te he preguntado...

ESCRIBANO

—¿Finca por ventura en mí
la causa de ese pesar?

CORREGIDOR

—No, Javier. Yo nada tengo,
nada que te reprochar...

(Carlos ha aparecido por el fondo. Ha escuchado la última parte del diálogo anterior. Nadie lo habrá advertido. Avanza).

CARLOS

—Pues yo me atrevo a afirmar
que es fatiga lo que sufre...

(Al Corregidor)

porque a su edad, padre mío,
debe trabajarse menos...

CORREGIDOR

(*Con aspereza*)

—No he menester de consejos
ni los quiero permitir...
¡Para aconsejar, los viejos;
los mozuelos para oir!

(*Carlos manifiesta su sorpresa, con el gésto, ante la brusquedad de la respuesta*).

Porque tengo del deber
—del deber y del honor—
la idea que ha de tener
quien sepa de pundonor
y lleve un alma propicia
a la gloria del rubor;
porque administro justicia
en el nombre de mi Rey
y soy un varón de honor
tanto como soy de ley;
porque el cargo, en fin, que ejerzo
reclama todo mi esfuerzo
sin defección ni quebranto,
por eso trabajo tanto,
y a ningún mortal tolero
—mi hijo sea o no lo sea—
que tenga la torpe idea
de marcarme otro sendero.

CARLOS

—Padre mío... No he querido...
Sólo me inspira el cariño...

CORREGIDOR

(*Exaltándose y poniéndose de pie*)

—Esta golilla que ciño

de albo lino monacal,
es el símbolo augural
de mi honradez castellana;
manchar mi honor, es igual
que manchar esta golilla
con mancha de tinte o grana,
pues tan neta la mancilla
se viera en mi honra, y tan clara
como en aquesta golilla
la mancha se divisara...

CARLOS

—Yo no comprendo, señor...
Descifrar intento en vano
tal desborde...

CORREGIDOR

(*Interrumpiendo*).

—Escribano;
Se puede usted retirar...

(*El Escribano se inclina y hace mutis*).

ISABEL

—Yo no comprendo tampoco...

CORREGIDOR

—Provengo de una raza de varones
forjados en quilate de doblones,
y el estar en las Indias no ha de dar
a mi honor el derecho de olvidar...
Yo soy de oro, ¿sabéis? Yo brillo al sol
como metal divino,—el español—
y quien turbe el fulgor de mis razones
habrá puesto carroña en mis blasones!

(*La madre y el hijo se miran asombrados*).

Yo paseo suspensa en mi golilla
la gloria de León y de Castilla;
y aunque ya no es de agora la barbilla
la prosigo llevando porque soy
de ayer tizona y no espadín de hoy!
¡Yo soy la tradición; yo soy de piedra!
Guay de aquel infeliz que me desmedra
y pretende cubrir como la hiedra,
mi robustez, inmune a su porfía;
su crimen sombreará la gloria mía,
tal como queda en el mural de piedra,
después que ha muerto el ramazón de hiedra,
una rúbrica oscura, una sombría
señal de cosa que a la luz del día
la piedra mancha; más la piedra queda.
¡Qué importa que pueda
sombrearme la hiedra
si yo soy la piedra!

(Madre e hijo, absortos, comienzan a pensar que un ataque de enajenación mental ha caído sobre el Corregidor. Manuel aparece atraido por los gritos).

ISABEL

(A Manuel).

—Manuel... hijo mío...
tu padre divaga,
desvaría un poco...

CORREGIDOR

(A Manuel, más tranquilo ya).

—Y te dirán que estoy loco;
mas no lo temas, por Dios...
Ven, hijo, ven a los brazos
del padre que bien te quiere...

(Manuel y el padre se abrazan).

—Está usted cansado, padre...

(Suenan las campanas tocando «ánimas». Todos se arrodillan).

CORREGIDOR

—¡Animas!

(Se arrodilla él también y, tras un instante de silencio, ora).

Voz de las campanas
que doblando están...
Voz de las campanas
cuya vibración,
de aquéllos que fueron;
fabla a los que son...
Sílabas de bronce
que a los aires dan
majestuosamente
su modulación...
Voz de las campanas,
voces que se van
cruzando los vientos,
a la otra región...
llevad a los muertos
esta imploración:
Reine en los supulcros una paz bendita
de luz y de bien,
y no turben nunca su calma infinita
los ecos del mundo. Amén.

TODOS

—Amén.

(Callan las campanas. Se ponen de pie).

CORREGIDOR

—Quiero descansar agora.

(A Isabel y a Manuel).

Acompañadme los dos...

(Los tres hacen mutis por la izquierda. Carlos queda solo, profundamente preocupado).

UNA MUCAMA NEGRA

(Apareciendo en el fondo).

—Está aquí Misia Etelvina
y su hija Elena también...

(En momentos en que las dos van a entrar, Manuel reaparece y se adelanta hacia Elena, a quien saluda primero).

MANUEL

—Prima y vecina, salud...
Señora tía... Adelante.

CARLOS

—Buenas noches... Buenas noches...

(Da la mano a las dos que se sientan).

ETELVINA

—¿Mi hermano el Corregidor?

CARLOS

—Se recoge en este instante...
Me encargó que lo excusara...

MANUEL

—Seis horas ha trabajado
sin levantar la cabeza
sino para merendar...

CARLOS

—Y es claro... tanto desgaste

le origina desazón...

ELENA

—Pero, ¿está enfermo?

MANUEL

—No tal...
Fatigado está tan sólo.

ETELVINA

—Siempre se lo digo yo:
la salud es lo primero
y hay que medir el trabajo...
¿Isabel...?

CARLOS

—Ya va a venir...
En cuanto padre se duerma...

MANUEL

(*A Elena con sorna, mirando a Carlos*).

—¿Sabes que hoy he descubierto
una novedad, Elena?

ELENA

—¿Cuál es ella?

MANUEL

—Pues que Carlos
hace loas...

ELENA

—¿Son de amor?

MANUEL

—De amor son y harto expresivas...

CARLOS

—Una humorada trivial
que a ninguno perjudica...
como no sea a las musas...

MANUEL

(Guiñando el ojo como para dar una broma a Carlos con Elena).

—Hablan de una gran pasión
que mi hermano lleva oculta
adentro del corazón...

ETELVINA

—¿Y qué tendría de malo?

CARLOS

—¡Vamos a hablar de otra cosa...
Aquí está mi madre ya...
¿Se durmió?

ISABEL

(Sale).

—No todavía...
pero se ha tranquilizado...
Buenas noches, Etelvina...
Elenita...

(Las besa).

ELENA

—Tía Isabel

ISABEL

—Está el pobre tan cansado
a causas de sus tareas
que no esperó la tertulia

y ha debido renunciar
a su partida de «trucos»...
¿Le quieres ver, Etelvina?

ETELVINA

—Si no interrumpo el descanso...

ISABEL

—Nada de eso. Ven. Pasemos.

(Entran. Carlos después de vacilar un poco, entra tras ellas. Quedan Manuel y Elena. Esta última se disponía a entrar también; pero Manuel la detiene).

MANUEL

—Oye, Elena... Una palabra...
¿Notaste la turbación
de Carlos cuando te dije
que había leído el romance
inconcluso que encontré
anoche entre sus papeles?

ELENA

—¿Vas a insistir en decirme?...

MANUEL

—¡Que te quiere, que te quiere,
y le pretende birlar
la novia a su propio hermano!

ELENA

—Novia, todavía no...
Cuando te haya dado el sí;
cuando a mi madre me pidas
y mi madre lo consienta;
cuando en mi mano fulgure

el casto anillo nupcial,
me podrás llamar tu novia...
mas, por ahora, Manuel...
En cuanto a Carlos, tu hermano,
te estás dejando engañar
por visiones caprichosas...

MANUEL

—No insistiré en mi sospecha
si así lo juzgas mejor...

(*Pausa. Ella se sienta*).

—¡Qué divina estás, Elena!
Déjame decírtelo
aunque tu rubor se encienda...
Pese a todo el arrebol
que brilla en tu lozanía
has nacido para mía
como nació para el día
la gran caricia del sol...
Ven a mí que no es ficción
el amor de que blasono,
y por Venus te lo abono:
Será mi querer un trono
y el beso tu exaltación!...

ELENA

—¡Manuel, Manuel, por favor!...
¡No perturbes mi razón
con tan profanas palabras!

MANUEL

—¡Te hablaré en cálido son
de mis dudas, de mis penas,
mis locuras, mis verbenas,
y haré estallar en tus venas

tempestades de emoción!
Sorberé de labio a flor
en tu boca temblorosa
la armonía capitosa
de cantárida y de rosa
que adivina mi fervor.

ELENA

—¡Manuel, Manuel, por favor!...

MANUEL

—Y habrá en tus ojos de arder
esa misma luz extraña
con que burbuja su saña
la manzanilla de España
en las noches de placer...
El rojo de tu mejilla
se hará un rojo de bandera
y al resplandor de mi hoguera
terciaré tu cabellera
lo propio que una mantilla...
Custodiando el torvo y rudo
rebramar de mis pasiones,
graves como dos blasones
serán tus senos dos leones
los dos leones del escudo;
y ya verá la real moza,
magüer toda su arrogancia
como logra mi constancia
ser por sufrida, Numancia
y por leal, Zaragoza.

ELENA

—Tus voces suenan a cosa
vedada a mi honor, Manuel.

MANUEL

—Es el amor verdadero
el que exhala tu doncel...

ELENA

—Yo quisiera ver en él
palpitaciones más suaves...

MANUEL

—Mi dueña... Es que tú no sabes
como ama un varón cabal...

ELENA

—Prefiero el primaveral,
el dulce amor de las aves,
el romántico, el divino...

MANUEL

—Para mí el amor es fuego...

ELENA

—Para mí el amor es trino...

MANUEL

—¡Yo siento una ansia que quema!

ELENA

—Y yo pienso que el emblema
del amor no es un rugido,
sino el sonriente Cupido
que no amedrenta a las aves...

MANUEL

—Por eso... porque no sabes

cómo es el amor de un hombre
cuando es fuerte como el mío...

ELENA

—Y saberlo no deseara...

MANUEL

—¡Déjame, Elena mía, verte la cara!...
sentir de tus pupilas los efluvios
bajo el dosel de tus cabellos rubios,
hundir en ellos, íntimas y ansiosas
las manos encendidas y nerviosas,
poner entre tus límpidas turgencias
el fuego varonil de mis urgencias
y del amor en la apoteosis loca,
beber gloria en el vaso de tu boca!

(La quiere besar. Ella se resiste y él se contiene porque se oyen voces de la izquierda).

ELENA

—¡Mi madre llega, Manuel!

ETELVINA

(Que aparece por la izquierda hablando con Isabel y Carlos).

—Esos nervios necesitan
un descanso duradero...

ISABEL

—Pero, tú sabes cómo es...

ETELVINA

—Me acaba de prometer
— tú lo oiste — reposar

y reducir sus tareas
o abandonarlas del todo...

ISABEL

—Eso es lo que yo deseo...

ETELVINA

—Elena, vamos. Es tarde.

MANUEL

(*Mirando el reloj*).

—Nueve y cuarto nada más.

ETELVINA

—Vamos, vamos.
Espero que oirá mi hermano
los consejos que le he dado.
Hasta mañana, Isabel.
Buenas noches, buenas noches.

(*Besa a aquélla y se despide de los hermanos. Carlos da la mano a Elena*).

MANUEL

(*A Elena*).

—¿Se va la hermosa enojada?

ELENA

(*Sonriendo*).

—Prefiero no contestar...
Buenas noches.

CARLOS

—Buenas noches.

(*Mutis ambas*).

ISABEL

(*A sus hijos*).

—Hijos míos...

CARLOS

—¿Madre?

MANUEL

—¡Madre!

ISABEL

—Me tiene muy preocupada
la salud de mi marido...

CARLOS

—A mi también...

MANUEL

—Pues yo no
le doy importancia alguna
a esas crisis pasajeras...

CARLOS

—¡Ojalá estés en lo cierto!

ISABEL

—Voy a atenderlo. Ya es hora,
además, de recogernos...
Hasta mañana, hijos míos...
El Señor los haga buenos...

(*Los dos la besan en la frente. Los hermanos quedan solos. Carlos busca un papel. Manuel lo mira con sorna*).

MANUEL

—¿Vas a continuar las loas?

CARLOS

—De omitir me harás el bien
ese socarronería...
Hago loas como haría...
cualquier cosa.

MANUEL

—¿Para quién?
¿Quién hace sonar tu lira?
Saberlo vale la pena...

CARLOS

—Tú sospechas que es Elena
la musa que las inspira...
¡No seas tan niño, Manuel!
No pienso negarte que ella
es dulce como la miel,
ni que su gran cabellera
tiene el límpido oropel
del trigo brillando al sol...

MANUEL

—¿Lo ves? ¿Lo ves?

CARLOS

—...ni que son bellos sus ojos
ni menos que sus sonrojos
evocan fruta madura,
ni que su alma es blanca y pura
como un trozo de cristal,
mas mi conciencia te jura
que así quemase el amor
a quien es tu hermano leal,
la llama ahogara en su pecho
para no ser tu rival...

Esté, pues, tu dicha quieta,
...y hasta mañana, Manuel.

MANUEL

—Hasta mañana, Poeta...

(Mutis Carlos por el fondo. Cierra, al salir, con llave. Manuel apaga luego los candiles y sale por la derecha cerrando también. Queda la escena a obscuras. Transcurre un momento. De pronto, una puerta se abre y un hombre entra, previsto de una linterna sorda. Oyese el chirrido de la llave del cofre, al abrirlo y al cerrarlo. La sombra sale en momentos en que el Corregidor, lívido de emoción, aparece por la izquierda con un candil en la mano).

CORREGIDOR

—¿Quién anda ahí?

(Nadie responde. Busca en vano. De pronto se dirige al cofre y lo abre. Se oye el chirrido igual de la llave. Nerviosamente, cuenta unas onzas).

¿Isabel?

ISABEL

—¿Qué es lo que pasa?

CORREGIDOR

—¡Que hay un ladrón en la casa!

ISABEL

—¿Te han robado?

CORREGIDOR

—Hace ya un mes
que viénenme subtrayendo
onzas de oro de este cofre...
Agora comprenderás

la causa de mis delirios.
El ladrón... ¡Mira, Isabel,
me quemo el labio al decirlo!

ISABEL

—¿Qué?

CORREGIDOR

—Es... ¡O Carlos o Manuel!...
¡Sólo ellos tienen la llave
de esas puertas que han cerrado
al salir hace un momento...
sólo ellos y yo la tienen!

ISABEL

—¡No vacilarás — supongo —
en creer que el ladrón es Carlos!...

CORREGIDOR

—...por la razón suficiente
de que no lleva mi sangre
aunque se crea nuestro hijo...
Van a hacer, para Septiembre,
veintitrés años cabales
que lo hallaron una noche
abandonado en la plaza...

ISABEL

—Y yo fuí quien se empeñó...

CORREGIDOR

—Y yo también, Dios lo sabe.
Lo adoptamos, sospechando
no tener vástagos nunca
y nació Manuel después...

ISABEL

—Y juramos ese día
guardar el caso en secreto
y educarlos como hermanos...

CORREGIDOR

—¡Y así nos paga el menguado!
¡Sabe Dios qué madre fué
ésa que lo abandonó
y qué herencias criminales
— que ogaño salen a luz —
trujo encima el recogido
en medio de una plazuela
en una noche sombría,
bajo la llovizna helada!

CARLOS

(*Apareciendo por donde salió*).

—¿Ocurre algo, madre mía?

CORREGIDOR

—¡Aquí no ha pasado nada!

(*Asombro de Carlos*).

—¡Blasón, blasón de mi raza!
¡Cadena de honor que enlaza
con otras vidas mi vida!
¡Vieja lámpara encendida
de mis padres en la huesa
como símbolo y promesa
de que su lumbre ardería
mientras que mi honra estaría
palpitante de pureza!...

CARLOS

(*Bajo, a la madre*).

—¿Ha perdido la cabeza?

CORREGIDOR

—Una altivez que se enarca
ante un saludo de acero;
tras del acero un Monarca
que está armando un Caballero,
y el Caballero, un varón
lleno de noble embarazo...
¡Eso es el «espaldarazo»
que aún recuerda mi emoción!
La deshonra es otra cosa...
¡Una sombra cautelosa
que en la noche se desliza
como un intruso en la liza
donde campeaba el honor!
¡Barro que enloda el fulgor
de un castellano altanero
y hace rodar a sus pies
la gloria de aquel acero!
¡Espaldarazo al revés
que desarma al Caballero
cuando es neto como yo,
pues si un Monarca lo armó
en nombre de Dios un día,
lo ha desarmado el logrero
que abatió su altanería!

CARLOS

—¡Padre, padre!

CORREGIDOR

—Lo he dicho ya alguna vez...

Esta golilla que ciño
de albo lino monacal,
era el emblema augural
de mi gloria y de mi prez.
Cuidar supe desde niño
su pureza inmaculada;
y hoy que el oprobio mancilla
esta blancura sagrada;
hoy que se dobla y humilla
mi altivez empenachada
y no bravea ni brilla
la arrogancia de Castilla
en el mármol de una frente
que debo llevar doblada;
hoy me arranco la golilla
porque la prefiero ausente
antes que usarla manchada!

CARLOS

—¡Padre, padre!

(El Corregidor ha caído exhausto, sobre el sofá. Madre e hijo acuden).

TELON

ACTO SEGUNDO

El patio de la casa del Corregidor. Está sombreado por un amplio parral. A la izquierda, bajo un alero con techo de tejas, hay tres puertas. Al fondo, una verja de la época, a través de cuyos barrotes se ve la calle, así como algunas casas, una torre lejana, etc. A la derecha, bosque. En la ochava está la entrada. El bosque pertenece a la casa. Al alzarse el telón, el Corregidor, enfermo, está sentado bajo el parral, en un sillón. No tiene golilla. Una manta le cubre los pies. Isabel está a su derecha, junto a una mesa sobre la cual hay un libro, un calentador encendido y algunas piezas de vajilla de plata. Bajo el alero, además de otros enseres de la época hay un gran botijo para el agua. Es de día, en verano. Durante el acto, — aprovechando los momentos oportunos —se verá pasar por la calle algunas figuras características: un alguacil, un cura, una mujer, etc.

ISABEL

(*Ofreciéndole una taza de plata*).

—Un poco de caldo, hijo...

CORREGIDOR

(*Rechazándola*).

—En vano lo intentaría...
Elena brindóme ayer
unas pomas en sazón
y tampoco pudo ser...
Nada hay que pueda marcar
el fin a mi desazón
... ni vianda que me despierte

el deseo de yantar,
ni razón que bien arguya
en contra de mi razón,
ni fuerza que restituya
a mi alma su luz tranquila...
ni poder que a la pupila
devuelva su brillazón...
¡Esto mata como el fuego!

ISABEL

—¡No hables así, te lo ruego!

CORREGIDOR

—Sólo hay en mi corazón
desengaño y penas tales
que si el dolor lo partiera,
el acíbar a raudales
de este corazón saliera!

ISABEL

(*Después de cerciorarse de que están solos*).

—Comprendiera ese dolor
si Manuel fuera el culpable;
pero no siendo, señor...

CORREGIDOR

—¡Calla, calla, por favor!

ISABEL

—¿Es por ventura imputable
a ninguno de nosotros
esa inclinación de Carlos?
El la ha heredado de otros,
de otros padres...

CORREGIDOR

(*Interrumpiendo*).

—¿Nuevamente
te interrogó esta mañana?

ISABEL

—¿Carlos?

CORREGIDOR

—Sí.

ISABEL

—Me interrogó
y tuve gana
de decirle la verdad.

CORREGIDOR

(*Muy ásperamente*).

—¡Te guardarás bien de hacerlo!
¡Te lo he dicho varias veces;
y es molestarme con creces
desoir mi voluntad
y oponerse a mi deseo!...

ISABEL

—Nunca pensé contrariarte
ni he dado motivos, creo,
para que me hables así...

CORREGIDOR

—¿No le has dicho una palabra?

ISABEL

—Ni una sola... ni a él ni a nadie...

CORREGIDOR

—Perdóname y ven a mí...
El dolor me hace inhumano...

(*La besa en la frente; ella llora*).

MUCAMA

(*Apareciendo bajo el alero*).

—Don Javier, el Escribano...

CORREGIDOR

—Que pase.

(*La mucama entra para reaparecer en seguida dando paso a Javier*).

ISABEL

—¿Trabajarás...?

CORREGIDOR

—No, no puedo. Nada más
que para saber si hay algo
de nuevo en la escribanía...

(*Aparece don Javier y avanza*).

ESCRIBANO

(*A la mucama al pasar, bajo*).

—¡Jóven fámula: tendría
que decirte cuatro cosas!

(*Al Corregidor e Isabel*).

Buenas tardes.

CORREGIDOR E ISABEL

—Buenas tardes.

ESCRIBANO

—¿Se encuentra mejor usía?

CORREGIDOR

—No, Javier, Me siento mal.

(*Le señala la cartera de papeles que aquél trae bajo el brazo*).

¿Algo de nuevo?

ESCRIBANO

—No tal.

(*Sacando expedientes y poniéndolos sobre la mesa*).

En el asunto Almerez
poco hemos adelantado;
no ha respondido al traslado
el actor, y aún tiene tres
días para contestar...

CORREGIDOR

—¿Don Tobis del Collado?

ESCRIBANO

—Como Usía lo ordenó,
para el jueves lo he citado...

CORREGIDOR

—Está bien.

ESCRIBANO

—¿El señor
Corregidor
sigue entonces
fatigado
y no está mejor
que ayer?

CORREGIDOR

—No, Javier...

ESCRIBANO

—En el Fuerte oí decir
que el Virrey, su Señoría,
está dispuesto a venir
a cumplimentar á Usía...

CORREGIDOR

—Esta tarde va a venir
mi buen amigo el Virrey
a interesarse por mí...

ISABEL

—Ya mandé quemar benjuí
para perfumar la sala...

CORREGIDOR

—No tal, que su Señoría
prefiere estarse en la huerta;
he de recibirlo aquí...

ISABEL

—Prepararé...

CORREGIDOR

—Naranjada.
El no escansia de otra cosa...

ESCRIBANO

(*Aparte*).

—¡Vaya una garganta sosa!
¡Naranjada, naranjada!
¡Habiendo cada vinillo!...

CORREGIDOR

(*Pasándose la mano por la frente*).

—No me siento nada bien...
Un dolor aquí, en la sien,...

ISABEL

—Natural... No te alimentas
y trabajas la cabeza...
El caldo está muy sabroso...

CORREGIDOR

—No.

ESCRIBANO

(*Como si recetara*).

—Dar a los nervios reposo;
Alimentarse aun sin ganas
porque ello tiene que ser;
no pensar en esto, leer,
buscar un esparcimiento...

ISABEL

—Se lo decía hace un momento...

CORREGIDOR

(*Aludiendo al libro que está sobre la mesa*).

—Hasta ese libro que leía tanto
ha llegado a perder todo su encanto
para mis viejos ocios de lector...

ESCRIBANO

—Busque Usía otro mejor...

CORREGIDOR

—¿Otro mejor? ¡Ni aunque brote
de un cerebro ultraterreno
hallarás otro más bueno!

ESCRIBANO

—¿Qué libro es?

CORREGIDOR

—El Quijote.

ESCRIBANO

—¡Ah! Usía tiene razón...

(Leyendo en el libro, con la cara muy próxima a la del Corregidor).

¡Qué hermoso! «Tu entendimiento
te hará, Sancho, comprender...»

CORREGIDOR

—¡Hueles a vino, Javier,
y es tu naríz un pimiento!

ESCRIBANO

(Aparte).

—¡Maldita naríz la mía!

CORREGIDOR

—Más de una vez lo he notado...

ESCRIBANO

—Es que tengo una nariz tan pudorosa
que se turba, Señor, por cualquier cosa,
y apenas bebo un poco, casi nada,
se pone la infeliz tan colorada

como virgen en trance de promesas...
Hay narices así: la mía es de esas...
Desconfíe el señor Corregidor
de las narices blancas, sin rubor,
pues, dicho sea sin ánimo de ofensa,
son narices sin pizca de verguenza!

CORREGIDOR

—Si te dejan hablar, no te condenan...

ESCRIBANO

—No ignora, además, Usía,
que cada cual, su manía
tiene después de beber:
a algunos les da por ser
melancólicos y graves,
a otros líricos y suaves,
a aquél le da por llorar,
a éste le da por reñir,
al de acá por blasfemar,
al de acullá por reir...

CORREGIDOR

—¿Y a tí?...

ESCRIBANO

—Me da por seguir
bebiendo...

CORREGIDOR

—¡Habrá tío!...

ISABEL

—Así será la jumera...

ESCRIBANO

—Pero soy fuerte, señora...

CORREGIDOR

—Más valdría que te diera
por otra cosa cualquiera...

ESCRIBANO

(*Tomando confianza*).

—Aunque estoy bastante viejo
para cambiar, adivino
cómo la conseguiría...
Todo es cuestión de pellejo...
Tal vez cambiando de vino,
llegue a cambiar de manía...

CORREGIDOR

(*Entre bromista y severo, procurando levantarse*).

—¡Llévete el mismo Luzbel!

ESCRIBANO

—Como lo disponga Usía...

CORREGIDOR

—Dame la mano, Isabel...

(*Isabel lo ayuda a levantarse y ambos se disponen a salir, mientras el Escribano arregla los expedientes, papeles, etec., que habrá sacado de la cartera*).

Desearía recostarme
media hora...

ISABEL

—Vamos, vamos.

CORREGIDOR

(*Al Escribano*).

—Ven a verme mañana
con todo eso...

ESCRIBANO

—Perfectamente, señor.

CORREGIDOR

—Hasta mañana.

ESCRIBANO

—Hasta entonces; y Dios quiera
que encuentre a Usía mejor...
Doña Isabel: buenas tardes.

ISABEL

—Hasta mañana, Javier.

ESCRIBANO

(*Mientras arregla los últimos papeles*).

—Es bueno el Corregidor...
Yo lo conozco hace rato...

(*Sacando la bota de vino*).

Dos gotitas de priorato
para entonar el humor...

(*Mientras bebe, sale del interior Inés, la mucama, y va a cruzar hacia el bosque, Javier va a su encuentro*).

¡Escúcheme, la sabrosa!

INES

—¿Qué se le ofrece?

ESCRIBANO

—Una cosa...

INES

(*Aparte*).

—¿Qué querrá este vejestorio?

ESCRIBANO

—Te citaré a una cuestión
de «interdicto posesorio»,
te «abriré»... «a prueba» después;
conoceré bien las «partes»
en una «audiencia» especial
y sin dar «vista» al «Fiscal»
porque para «ver» me basto,
trabajando con ahinco,
cual corresponde a mi cargo,
como dos y tres son cinco,
que te «sustancio» el asunto
sin dejar un solo punto
que no haya sido estudiado.

INES

—¡No comprendo una palabra!

ESCRIBANO

(*Después de mirar hacia adentro*).

—Esto quiere decir, oh Maritornes,
que te voy a comprar para que te adornes,
dos arracadas
pesadas,
un peinetón
señorón
del propio carey
de ley,
un pellejo
del más viejo
vino
fino,

un abalorio de color cerezo
que quedará precioso en tu pescuezo,
y también, por lo que pueda
que suceda,
el Escribano — alguacil
más previsor que agorero
y muy ducho en cosas tales —
te regalará un mandíl
impermeable,
dos chupetes, un babero
y tres pares de pañales...

INES

—¡Insolente!

ESCRIBANO

—¡Eres tú quien se lo pierde!

INES

—¡Viejo verde!

ESCRIBANO

—¡Ven acá!

(*La quiere agarrar. Inés procura impedírselo y Manuel aparece por la puerta de la derecha*).

MANUEL

(*Riendo*).

—¡Con las manos en la masa!

(*Inés huye hacia el bosque*).

ESCRIBANO

—¡Me has dado un susto tremendo!
Creí que fueses tu hermano...

MANUEL

—...que hace gala de pudores
excesivos
y desprecia a los cultores
de los campos femeninos...

ESCRIBANO

—Tiene otro modo de ser...
En cambio nosotros dos...

MANUEL

(Sentándose ambos en actitud de conferencia picaresca).

—Escúchame esto, Javier...
lo pasé tan ricamente,
toda la noche, anteayer,
en el Rincón de las Animas...

ESCRIBANO

—Yo, en la calle del Pecado.

MANUEL

—¡No me digas!

ESCRIBANO

—Ha llegado
en el último velero
que vino de la Asunción
una pupilita nueva
que es una cosa de gala...
Dicen que es sangre de Irala,
del mismo Irala, ¿creerás?
¡Una cruza de india y andaluz
capaz de enloquecer a un sacristán!

MANUEL

—Ya iremos juntos a verla...

(Se levanta y saca, de atrás de la tinaja del agua, dos botas de vino).

Prueba estos vinos, Javier...
Hoy los mandó Valderral...
Este primero... ¿Qué tal?

ESCRIBANO

(Después de probar).

—¡Ambrosía!

MANUEL

—¿Y este otro?

ESCRIBANO

—¡Ambrosía rectificada!
Prueba tú ahora de éste...

(Saca la pequeña bota del casacón y se la pasa. Manuel bebe).

MANUEL

—¡Muy bueno!

ESCRIBANO

(Sacando otra bota más grande del faldón).

—Y de este otro ¿qué me dices?

MANUEL

(Después de probar).

—¡Mejor!

ESCRIBANO

(Al guardar la bota).

—Como de este no doy nada

al primer tío que llega,
lo uso siempre en la bodega
reservada...

(*Manuel ríe*).

El tema que hemos tocado
y estos vinillos picantes,
me han puesto en un tal estado
...que te invito a ir de paseantes
por la calle del Pecado.

MANUEL

(*Vacilando*).

—Hoy va a venir el Virrey...

ESCRIBANO

—A prima noche ha anunciado
su visita... Son las tres...
Tenemos tiempo sobrado.

MANUEL

(*Aceptando*).

—Bueno, vamos.

ESCRIBANO

—¡Bravo, bravo!

(*Manuel ha retornado con el sombrero*).

Cantando la marcha
que nos enseñaron...

MANUEL

—Pero despacito...

(*Se dan el brazo. Se sitúan cerca de las candilejas, a la izquierda, y salen marcando con el paso característico de una tonadilla de la época, mientras cantan a dúo*)

Acá van dos muchachos
arrabaleros,
caminito del nido
caminito del nido
como jilgueros.

(Salen por la puerta indicada, en momentos en que Carlos aparece por la izquierda. Los ve sin ser visto y mueve la cabeza asombrado. Avanza y se sienta. Queda un instante pensativo. Inés reaparece y va a cruzar hacia el interior).

CARLOS

(A Inés).

—Inés...

INES

—¿Señorito?

CARLOS

—Si se ha dormido mi padre,
dile a mi madre que venga...

(Vuelve a quedar pensativo).

ISABEL

(Apareciendo por la izquierda).

—¿Ocurre algo?

CARLOS

—Nada... No.

ISABEL

—Y entonces...

CARLOS

—¿Es menester que ocurra algo
para que hablemos los dos?

Tú, la buena, la cordial,
la amante, la cariñosa,
...extrañas hoy que tu hijo
quiera conversar contigo
sin que ocurra nada nuevo?

ISABEL

—Estando enfermo tu padre,
sabes que el tiempo me es poco...
voy a ver si duerme aún...

CARLOS

(*Interceptándose cariñosamente*).

—No, madre. Duerme. Lo sé;
y es necesario que hablemos.

ISABEL

—¿Para volver a inquirirme
lo que ocurre?... Yo lo ignoro...
Lo has oído de mis labios
ya con ésta, varias veces...
Lo ignoro, absolutamente...

CARLOS

—No es verdad que usted lo ignore,
ni es mentira que yo añore
días que por diferentes
de los de hoy, llenos de arcanos,
ya me parecen lejanos,
casi añoranzas dolientes...
No acierto a explicarme nada...
Desde hace tiempo, mi padre,
sin razón justificada,
me malquiere... Usted, mi madre,
que hasta ayer fué la abnegada,

la santa, la generosa,
la mejor madre entre mil,
¿por qué razón poderosa
se ha tornado... casi hostil?
Ya no es sólo el corazón
de mi padre, el que no late
para mí como latía...
Ahora se ha tornado fría
también usted, madre mía.
Ya no es sólo él; son los dos.
¡Pero qué ocurre, por Dios!
¿Qué sucede en esta casa?

(*Se sienta y baja la cabeza. Pausa larga. Isabel llora*).

ISABEL

(*Con miedo de ser vista*).

—Carlos, Carlos... Mi respuesta...

CARLOS

—¿Cuál es?

ISABEL

—¡Esta!

(*Le besa en la frente y hace mutis con rapidez hacia la izquierda. Carlos se dispone a seguirla en momentos en que aparecen por la puerta del fondo Elena y Etelvina. Carlos se contiene y se adelanta*).

ETELVINA Y ELENA

—Buenas tardes.

CARLOS

—Buenas tardes.

ETELVINA

—¿Sigue mejor? ¿Descansó?

CARLOS

—En este momento duerme...
El médico va a volver
por la noche. Hablé con él
otra vez esta mañana...

ELENA

—¿Y dice?

CARLOS

(*Temeroso de ser oído por la madre*).

—Que el corazón
está flojo; y me agregó...

ETELVINA

—¿Qué?

CARLOS

—Que un dolor moral
es lo que mi padre sufre.
¿Cuál puede ser? No lo sé.
Esta es mi perplejidad...
El no quiere decir nada...

ETELVINA

—Algún asunto del cargo
tan penoso que ejercita...

ELENA

—Con tantas preocupaciones.
Tía Isabel... ¿no sospecha?
Ayer me dijo que no...

CARLOS

—No lo sospecha.

ETELVINA

—¿Y Manuel?

CARLOS

—Menos aún.

ELENA

—¿Está ahí?

CARLOS

—Ha salido.

ETELVINA

—¿A hablar tal vez con el médico?

CARLOS

—Seguramente que sí.

ETELVINA

—Entraré sin hacer ruído.
Quiero hablar con Isabel
que no duerme hace dos noches
y reemplazarla en la de hoy
velando al enfermo yo.

(*Entra. Hay un silencio*).

ELENA

(*A Carlos*).

—Esas fatigas nerviosas
son muy propias de la gente
que trabaja tanto...

CARLOS

—Así es...

ELENA

—Usted sufre demasiado
con esta preocupación.
Ya ve, Manuel... Más tranquilo
se muestra en todo momento.

CARLOS

—Si. Yo exagero tal vez...
Cuestión de modo de ser...

ELENA

—El corazón no me engaña
él me anuncia que muy pronto
su padre habrá recobrado
la salud completamente...

CARLOS

—Yo también lo espero así.

(*Pausa*).

ELENA

(*Con naturalidad*).

—Ayer, con mi tía Isabel
entré en su cuarto de usted...

CARLOS

—¡Ah!...

ELENA

—Y vi papeles dispersos
sobre su mesa. Eran versos.
Manojos de poesías...

CARLOS

—¿Poesía? ¿Cómo sabe?

ELENA

(*Riendo*).

—Los renglоncitos de tinta
lo decían desde lejos...

CARLOS

—Mire usted... Allá en la quinta,
bajo los árboles viejos,
sobre el césped, tras la higuera,
¿lo ve bien? hay una hilera
simétrica... Se diría
que son flores, mil manojos
— «manojos de poesía» —
armoniosamente puestos.
¡Pues vea usted! Son abrojos
sin perfume ni armonía,
sólo que la simetría
engaña a veces los ojos...
Y esto que ocurre en la quinta
bajo los árboles viejos
con los manojos de abrojos,
si la pupila no es fiel
puede ocurrir con la tinta
los renglones y el papel
mirándolos desde lejos...

ELENA

—Pero si yo me llegara
curioseando, hasta la vera
de la higuera
y viendo de al lado, viera
— y más que viera; palpara —
que aquella línea no era
montón de abrojos, sino
rosedal en primavera

que alguna mano cuidó...
¿dudar podría?...

CARLOS

—¿Leyó?

ELENA

—Leí.

CARLOS

—Versos tristes a fe mía...

ELENA

—Versos llenos de armonía...
Uno aprendí de memoria
porque la tengo muy lista.
Uno extraño...

CARLOS

—¿Cuál fué de ellos?

ELENA

—Adivine...

CARLOS

—¿Aquel del airoso
guerrero famoso
que llegó y que fuese?

ELENA

—No es ése, no es ése...

CARLOS

—¿Aquel del pechero
que dijo «te-quiero»
porque estaba loco?

ELENA

—Tampoco, tampoco...

CARLOS

—¿El del Rey Alí
que robó en su potro...?

ELENA

—No, Carlos. Es otro
que comienza así:
¿qué espera, qué espera
la nave velera?...

CARLOS

—¡Ah! Prosiga, prosiga...

ELENA

—¿Qué espera, qué espera
la nave velera
que está por zarpar
desde la ribera
camino del mar?...
¡Ah!, no sale del puerto la nave velera
porque toda entera
—el foque, las jarcias, el blanco velamen,
la quilla, los palos, el rudo cordaje—
malgrado la calma de todo el paisaje,
sin vientos que giman, sin olas que bramen,
presiente que ruge traidora tormenta
allá a la distancia, tras de la sangrienta
luz crepuscular
que pinta en la mar
la muerte del sol...
Por eso no zarpa la nave velera

y espera
y espera...

CARLOS

—¡Muy bien, Elena, admirable!

(*Viendo que Elena ha bajado la cabeza abatida*).

¿La ha conmovido ese canto
hasta hacer que asome el llanto a sus ojos?

ELENA

(*Sin alzar la cabeza*).

—Igual que la nave,
a veces el alma
presiente el dolor
en plena bonanza...

(*Larga pausa*).

CARLOS

—¿Y ante las visiones de un futuro incierto
el alma o la nave
...se queda en el puerto
o se hace a la mar?

(*Elena no responde; pausa otra vez*).

¿Lo quiere usted mucho, Elena?

ELENA

(*Alzando la cabeza*).

—Amo con miedo a Manuel.

CARLOS

—El es bueno...

ELENA

—No lo dudo...

CARLOS

—Es vehemente, acaso rudo,
pero tiene el corazón
generoso...

ELENA

(*Entusiasmándose súbitamente*).

—Y es hermoso
y es hidalgo,
¿no es verdad?

CARLOS

—Sí que lo es...

(*Pausa*).

¿Descansará aún mi padre?

(*Se acerca a la puerta*).

¡Inés!

INES

(*Saliendo*).

—¿Señorito?

CARLOS

—¿Mi padre se despertó?

INES

—No duerme; pero descansa.

(*Volviéndose a Elena y después de una pausa*).

CARLOS

—Deseche sus inquietudes...
La brusquedad de Manuel
la tiene alarmada un poco...

ELENA

—Sí, confieso...

CARLOS

—Es la edad. Ya cambiará...

ELENA

—A Dios pido que así sea...

CARLOS

—No hay felicidad completa...
Cada hora tiene en la vida
sus minutos de amargura...
Y pues que una confidencia
puede pagarse con otra,
yo quiero hacerle la mía.

ELENA

—¿Qué?

CARLOS

—Hay un drama en esta casa
que no consigo aclarar...

ELENA

(*Alarmada*).

—¿Algo de Manuel?...

CARLOS

—No tal.
De mi padre se trata
y de mí mismo...

ELENA

—No comprendo...

CARLOS

—Su angustia y su enfermedad
han coincidido con una
evidente, incontenible,
repentina hostilidad
hacia mí...

ELENA

—Pero ¿por qué?

CARLOS

—Eso es lo que yo no sé...
Que no di motivo alguno
me lo grita la conciencia...
Que las fatigas nerviosas
que a mi padre han conmovido
no pueden tener por causa
nada que me atañe a mí
es cosa que sé también;
pero el hecho es evidente...
Procuro saber, pregunto,
hablo, investigo, deduzco,
...y todo mi esfuerzo es vano...

ELENA

—¿Manuel... tampoco se explica?

CARLOS

—No. Y mi padre,
lo quiere más cada día...
De manera que soy yo...

ELENA

—Es extraño...

CARLOS

(*Tras una pausa*).

—El Virrey vendrá esta tarde...

ELENA

—Ya lo sé... Son tan amigos...

CARLOS

—El le ha rogado que venga
en carta que mandó al Fuerte
con Inés ayer de tarde...
Son más que amigos, hermanos.
Para él no tiene secretos...
Presiento la confidencia,
la veo venir, la adivino;
y aunque no me cuadra el hecho
de sorprender...

ELENA

—¿Piensa usted
escuchar lo que le dice?

CARLOS

—Si. Ese es mi deber...
Yo necesito saber
no por mí, sino por él,
— para tratar de cumplir
con mis anhelos de hijo —
qué es lo que ocurre, qué pasa...
Además la espectativa

mi paciencia sobrepasa.

(Se oye un toque de corneta y un redoble. Simultáneamente, Inés sale de la izquierda y corre hacia la puerta. Vése del otro lado de la verja a algunos curiosos que se agrupan).

INES

(Al pasar).

—¡Ya llega Su Señoría!

(Abre de par en par la portada).

ELENA

(A Carlos).

—¿Está usted resuelto?...

CARLOS

—Si.

(En ese momento sale de la izquierda el Corregidor. Lo conducen Isabel y Etelvina. Se sienta. Algunos escopeteros de la escolta desalojan a los curiosos y forman en la calle. Se ve pasar conducida por cuatro hombres con el uniforme correspondiente, la litera en que viene el Virrey. Hacen alto en la puerta, del lado de afuera, y su Señoría desciende. Isabel, Etelvina, Elena y Carlos se han adelantado a recibirlo. Todos se inclinan ante él haciendo una reverencia profunda. Todos han dicho, al inclinarse, en coro:

Señoría...

VIRREY

—No vengo como Virrey;
vengo, como buen amigo...
Cese, pues, el tratamiento...

(Al Corregidor que intenta levantarse).

¡No te muevas de tu sitio!

(*A Isabel, dándole cordialmente la mano*).

Isabel... Doña Etelvina,

(*Idem*).

Carlos, Elenita...

(*Idem. Deteniéndose un instante mientras avanza hacia el Corregidor*).

Más fresca está cada día
la Elenita de Olivares...
Con razón dicen los mozos
que hay rosas de todo el año
en la huerta de esta casa...

ELENA

—Gracias, Señoría, gracias...

VIRREY

(*Se aproxima al Corregidor y se dan la mano*).

—¡Qué diablos te ocurre, hombre!
mi partido de malilla
se malograba sin tí;
y en la procesión del jueves,
al ver que iba en otras manos
el palio, ya me alarmé...

(*Se sienta*).

Sabe bien cuánto te quiero...

CORREGIDOR

—Por eso he pensado en ti...

(*A todos*).

Dejadnos solos agora...

(*Todos, después de inclinarse ante el Virrey, hacen mutis por la izquierda; pero Carlos, disimuladamente, se escurre hacia la derecha Cuando empieza el*

diálogo, se le verá avanzar y ocultarse trás de un árbol que habrá en el patio. La maniobra debe ser hecha en tal forma que no la adviertan los soldados que están afuera).

VIRREY

(A su Edecán o lo que fuere, que había quedado adentro).

—Déjanos.

(El Edecán hace el saludo y sale a la calle).

CORREGIDOR

(Al Virrey).

—Veo la muerte tan cercana...

VIRREY

—No exageres...

CORREGIDOR

(Muy agitado).

—Es así
y te ruego que me escuches...
te llamo para confiarte
una encomienda sagrada..
Fué tu padre, como hermano
de aquel mi padre que yace
dormido en la Catedral...

VIRREY

—...Y los hijos prolongaron
en la tierra aquel afecto...
¿Qué deseas?

CORREGIDOR

(Sacando una carta).

—Cuando muera,
harás llegar a Manuel

esta carta que confío
a tu bondad infinita.
Isabel no ha de enterarse
jamás de su contenido.
Deseo que ella lo ignore,
para que pueda vivir
y también para que pueda,
si le place, perdonar...
Virrey Loreto: es preciso
que conozcas la verdad:
Voy a informarte del drama
de esta vida que se apaga...
Yo no tengo dos hijos, como crees
pues uno de ellos — Carlos — no lo es.
Lo hallaron una noche abandonado
— dos años de edad tenía —
en mitad de la plaza. Una sombría
noche de Junio. Lo adoptamos.
Nació muy luego Manuel
y entonces yo y mi Isabel
piadosamente juramos
guardar el caso en secreto...
¡Plugue a Dios, Virrey Loreto,
que ella no lo sepa nunca!

(Se lleva la mano al corazón).

VIRREY

—¿Qué sientes?

CORREGIDOR

—El corazón.

(El Virrey le alcanza el agua. Bebe un trago).

VIRREY

(Alarmado).

—¿Llamo?

CORREGIDOR

(*Reaccionando de golpe*).

—No. Pues sabe tú que el ladrón...

VIRREY

—¿Qué ladrón? No te comprendo...

CORREGIDOR

—¿Por qué no alcancé, muriendo,
la ventura de ignorarlo?
¡Un ladrón hubo en mi casa,
un ladrón hay todavía ,
y el ladrón es él, es él!

VIRREY

—¿El recogido?

CORREGIDOR

—¡Manuel!
Quise engañarme a mí mismo
sospechando al recogido;
pero la verdad ha sido
implacable con mi pena
alumbrando con luz plena
mi conciencia atormentada
para llevarla arrastrada
como piltrafa al abismo.
¡Odio a Carlos! ¡Por mi prez
yo te juro que le odio!
¡Le odio porque su honradez
es un vejamen sangriento
para mis ansias de padre!
¡Aquí dentro, aquí lo siento
a esa honradez maldecida

como un puñal homicida
clavado en el corazón...!

VIRREY

—No te exaltes... cálmate...

CORREGIDOR

—Mi fe, mi profunda fe,
— ésta que tuve y no tengo —
mi confianza en el honor
que va nutriendo las ramas
del árbol del abolengo;
mi fe en las pasadas horas
en que vinieron al mundo
las vidas progenitoras,
todo eso que en luces baña
los ojos y los aceros
de los viejos caballeros
en el solar de mi España,
...todo, todo, todo ha sido
pisoteado, escarnecido,
hecho mentira y baldón,
polvo, barro, burla, cieno,
y al morir masco el veneno
de ser padre de un ladrón.

VIRREY

—¡Isabel! ¡Isabel!

TELON

ACTO TERCERO

(*El mismo decorado del segundo. Al alzarse el telón está en escena, paseándose el Capitán de los escopeteros. Se ve venir al Escribano*).

ESCRIBANO

—¿Qué tal, Capitán?

CAPITAN

Buenas tardes, Don Javier,

ESCRIBANO

—¿Cómo sigue? y ¿qué noticias...?

CAPITAN

—Parece que malas, malas...
Su Señoría el Virrey
está adentro...

ESCRIBANO

—¡Ah! ¿Volvió?

CAPITAN

—Y hace cerca de una hora
que está al lado del enfermo...

ESCRIBANO

—¿Consiguieron que guardase cama?

CAPITAN

—No ha sido posible...

Quiere continuar sentado
en su sillón...

ESCRIBANO

—Hace bien.
No querer la horizontal
es probar que se está fuerte...
Como decirle a la muerte;
llame en el otro portal...

(Salen de la izquierda el Virrey, acompañado por Etelvina, Isabel y Elena, que se detienen bajo el alero).

VIRREY

(A ellas).

—Hasta aquí no más... Volved.

TODAS

(Saludando).

—Señoría...

VIRREY

—Buenas tardes.

(Entran las tres. El Virrey se dirige al Capitán. El Escribano hace una reverencia).

Quédate. De aquí a dos horas,
ve al Fuerte a darme noticias...
Temo que mi pobre amigo...
Hasta luego.

CAPITAN

(Inclinándose).

—Señoría...

(En momentos en que el Virrey va a salir aparece Carlos. Viene del bosque caminando lentamente con las manos atrás y la cabeza baja, el Virrey se ha detenido al verlo avanzar).

CARLOS

(*Apercibiendo al Virrey e inclinándose*).

—Señoría... Buenas tardes.

VIRREY

(*Después de contestar al saludo con una inclinación de cabeza*).

—¿Tu hermano Manuel...?

CARLOS

—Descansa,
Señoría, en este instante...

(*Pausa*).

VIRREY

—¿Tú conoces al brillante,
al noble, intrépido y fiel
Capitán Lucas de Almanza?

CARLOS

—¿El que lucha en el Perú,
según las gentes, con gloria?

VIRREY

—Ese mismo. Es una historia
curiosa, como verás...
Era, cinco años atrás,
un perdulario el de Almanza...
Disoluto, pendenciero,
trapisondista, fullero,
mal español y mal hombre.
Iba arrastrando su nombre
ilustre por las tabernas,
y era en vano que le urgiesen
la madre con voces tiernas

y el padre en tono severo...
Este último, — el austero
Conde de Cazelanado —
juzgó el momento llegado
de castigar al mal hijo;
y desoyendo de fijo
las voces del corazón,
lo expulsó de su mansión
de la Coronada villa
que era como hogar, orgullo
de León y de Castilla...
La conciencia del de Almanza
se iluminó en un repente;
ciñóse un casco en la frente,
buscó espada, pidió lanza
y dijo al Conde al partir:
Padre mío: o a morir
o a ennoblecerme en tal modo
que borrado quede todo
lo que mi vida manchó!»
...Y al Perú se dirigió,
y de tal modo cumplió
el de Almanza su promesa
que hoy nadie recuerda el caso:
es el Héroe, en cuya mesa
merienda el propio Virrey
y a quien su Alteza, mi Rey,
va a consagrar caballero...

CARLOS

—Es, toda una historia llena de enseñanza,
la de ese glorioso Capitán Almanza,
noble y redimido;
y es realmente triste que no la haya oído
mi hermano Manuel...
¡Con razón Su Señoría

me preguntaba por él!

VIRREY

—La guerra y la bizarría
no sirve tan solamente
para limpiar una frente,
que también la guerra sirve,
y en todo tiempo ha servido,
— lo mismo ogaño que ayer —
para dar un apellido
a quien lo haya menester...
Buenas tardes...

CARLOS

(*Inclinándose*).

—Señoría...

(*Mutis el Virrey por el fondo. El Capitán y el Escribano, que no han oído el diálogo anterior se inclinan a su vez. Carlos queda un instante inmóvil y entra por la izquierda*).

ESCRIBANO

(*Al Capitán, como prosiguiendo una conversación*).

—Pues sí, me aburro, me aburro...
¡He viajado tanto allá
con motivo del empleo
que tenía...!

CAPITAN

—¿Muchas villas
has conocido, Javier?

ESCRIBANO

—En seis ciudades de España
pernoctó más de una vez
mi persona:

Málaga, Chinchón, Jerez,
Valdepeñas y Chipiona,
(sin hablarte del buen rato
de juergas y de jaleos
que me esperaba en Priorato)
...Tengo ido a Francia también
por razón de mis empleos...

CAPITAN

—¿Dónde paraste?

ESCRIBANO

—En Burdeos
...Y junto con una Doña
que no te puedo nombrar,
estuve luego en Borgoña...
¡Qué ciudad! ¡Me dejó absorto!
...¡Después viví en Portugal!...

CAPITAN

—¿En Lisboa?

ESCRIBANO

—¡Quiá! ¡En Oporto!
...Tengo muy bien estudiadas
a la viña y la mujer...
Cuando tú quieras saber
(es una receta nueva...)
cómo son las hijas de Eva
de una ciudad que visites,
no hables ni te precipites,
bebe su vino no más,
bebe el vino y lo sabrás...
¿Qué es «champán» lo que bebiste?
Pues la Eva correspondiente
no es ni pesada ni triste:

es alegre, refulgente,
suave, ondulosa, ligera;
...pero poco duradera...
No te dura más que un rato...
¡Pura espuma, Capitán!
...¿Qué has bebido del Priorato?
¡Rataplán, plan, plan!
Pues la mujer es ardiente
firme, recia, capitosa,
y más sabrosa que el pan
cuando aún está caliente.
¿Has escanciado otra cosa,
verbigracia del Jerez?
Mujer capaz esta vez
— haciéndose la inocente —
de marear a un sacristán.
Y así, si bebes Carlón,
mi querido Capitán,
o si has bebido Chinchón,
...acomódate el jubón
aunque lleves balandrán,
y piensa en el mosquetón
para lidiar sin ton ni son
en una de San Quintín
con cien libras de pasión
y tres arrobas de afán...

CAPITAN

—¿Y tú eres capaz, Javier,
de lidiar de esa manera?

ESCRIBANO

—Yo soy muy capaz de hacer
una mezcla retozona
de Chinchón y de Chipiona,
Valdepeñas y Jerez,

regar todo con Burdeos,
Con Carlón y con Oporto,
y ni remiso ni corto
mandármelo de una vez
hasta las gotas postreras.

(*Mirando a la calle*).

¿Dónde irán las plañideras?

(*Se ve avanzar por la calle, de izquierda a derecha, un grupo de seis viejas encorvadas y vestidas de negro, una de ellas con bastón. Lloran*).

LAS PLAÑIDERAS

(*En tono de oración*).

—¡Dios en su seno infinito
lo recoja al pobrecito!
¡Ay, Ay, Ay!

ESCRIBANO

—¿Quién habrá muerto?

(*Se asombra al ver que las «lloronas» entran, plañendo*).

LAS PLAÑIDERAS

(*Entrando, en pleno lloro*).

—¡Pobrecito, pobrecito!
Requiescat in pace. Amén!

ESCRIBANO

(*Interceptándoles el paso, ya en el centro del escenario*).

—¿Pero qué quieren aquí?

(*Las plañideras contestan con un sollozo, en coro*).

¿Quién hace de capitana
de esta bandada...?

LA VIEJA DEL BASTON

(*Adelantándose*).

—¿Señor...?

ESCRIBANO

—¿Qué se les ofrece acá?

LA VIEJA DEL BASTON

—Nos han dicho hace un momento
que el Señor Corregidor
ha entregado su alma a Dios.

ESCRIBANO

—¡Aquí no se ha muerto nadie!

LAS OTRAS

(*En coro llorando. Sin haber oído lo anterior*).

—¡Pobrecito, pobrecito,
¡Requiescat in pace. Amén!

ESCRIBANO

—¡Ah! ¿Latincitos a mí?

(*Echándolas*).

¡Fugit, fugit, avechuchos!
¡Lechuzas de mal aguero!
Pajarracos, fugit, fugit.

(*Las empuja y cierra la verja. Las lloronas se van, plañendo. Al Capitán*).

¿Habráse visto insolencia?

(*Aparecen Isabel, Etelvina Elena y Carlos*).

ISABEL

—¿Qué es lo que ocurre, por Dios?

ESCRIBANO

(*Después de vacilar*).

—Unas cuantas limosneras
del barrio de la Merced
que venían a pedir...

ELENA

—¿Pues no han hecho poco ruído?

ISABEL

—Me han dado un susto... Javier.

ESCRIBANO

—Señora...

ISABEL

—Y usted también, Capitán...
El chocolate está pronto...
¿Quieren pasar adelante?

CAPITAN

—Con mucho gusto, Isabel...

ESCRIBANO

(*Entrando*).

¡Chocolate, chocolate!
¡Habiendo cada vinillo!

(*Entran por la última puerta. Carlos va a hacer mutis por la de primer término. Elena lo llama*).

ELENA

—¡Carlos!

CARLOS

—¿Qué hay?

ELENA

—Un momento.
Yo lo noto más tranquilo...
...la cara más natural
y más serenos los ojos...
Nos preguntó hace un instante
que dónde estaba Manuel...
Como el pobre veló anoche
debe seguir descansando...

CARLOS

(Señalando la puerta del medio).

—Aquí está, mírelo usted.

(Aparece Manuel restregándose los ojos, Carlos hace mutis por la puerta de primer término).

MANUEL

—Buenas tardes.

ELENA

—¿Descansaste?

MANUEL

—No del todo.

ELENA

—¿Está mejor...?

MANUEL

—Si. Me acabo de enterar...
Ven a sentarte a mi lado.

ELENA

(Sonriendo).

—No puede ser, mi señor...

MANUEL

—¿Qué no puede ser? ¿Por qué?

ELENA

—Está cayendo la tarde
y debo cortar jazmines...

MANUEL

—Aunque sean para mí
prefiero tenerte acá...

ELENA

—Es que no son para tí...

MANUEL

—¿Para quién?

ELENA

(*Siempre sonriendo*).

—Es un arcano...

MANUEL

—Supongo que no serán
cortados para mi hermano...

ELENA

—No seas así, por favor...
He prometido a la Virgen,
pidiendo por la salud
de tu pobre padre enfermo
renovar todas las tardes
un gran ramo de jazmines
en su ermita... ¿Estás ahora?
Es cuestión de unos minutos...
Voy, los corto y soy contigo...
¿No te enoja?

MANUEL

—Te acompaño

ELENA

—No lo puedo permitir
por ciento y una razón,
a más de que mi promesa
— que cumplo desde anteayer —
es que he de ir sola a buscar
los jazmines de la ofrenda...

MANUEL

—Bien pudiste prometer
ir a buscarlos conmigo...

ELENA

—A la Virgen se la pide
cosas formales, Manuel.

MANUEL

—Déjame que te acompañe.

ELENA

—O te quedas o no voy.
Y pues está de por medio
la salud del propio padre...

MANUEL

—Ve entonces... Te esperaré.

ELENA

(Jovialmente, haciéndole una gran reverencia).

—¡Muchas gracias... Señoría!

(Mutis hacia el bosque. Manuel queda solo. Se dirige a la tinaja, tóma una bota y bebe. Carlos aparece y lo ve).

MANUEL

(A Carlos mientras este último avanza sin rumbo).

—¿Vas al bosque?

CARLOS

—No. ¿Por qué?

MANUEL

—Preguntaba...

(Carlos se sienta. Hay un silencio durante el cual Manuel mira con sorna, desde atrás a su hermano. Inés sale de la última puerta y va a sacar agua de la tinaja).

CARLOS

—Oye, Inés...

INES

—¿Señorito?...

CARLOS

—Trae de mi cuarto en seguida recado para escribir.

INES

—Muy bien.

(Saca agua en un botijo y entra, cruzándose con el Escribano y el Capitán que salen).

ESCRIBANO

(Despacio a Inés).

—¡Fámula sin corazón!

INES

(Despacio también).

—¡Borrachón!

(Entra. Carlos, lentamente, hace mutis hacia su cuarto, sin dirigir la vista al Capitán ni al Escribano. Estos le miran pasar.

ESCRIBANO

(A Manuel, después que Carlos ha entrado).

—Está el pobre Carlos tan preocupado
que lo noto como nunca desmedrado.

MANUEL

—Los poetas son así: exageran los dolores.

CAPITAN

—Ya vendrán tiempos mejores...
El Señor Corregidor
al menos, no está peor...
Me ha dicho Doña Isabel
que el médico volvería.

MANUEL

—Al toque de ánimas, dijo
esta tarde que vendría...

CAPITAN

—Parece que la sangría
le ha heçho bien.

MANUEL

—Sin duda alguna.

CAPITAN

—Lo que alarma es su mutismo.
No ha pronunciado ni una
palabra desde la diez.

MANUEL

—En realidad que da pena...

(Al escribano, mirando al bosque y apercibiendo a lo lejos a Elena que vuelve).

Quiero charlar con Elena...
Llévatelo al Capitán...

ESCRIBANO

(*Bajo*).

—¡En menos que canta un gallo!

(*Al Capitán, tomándolo del brazo y señalándole la calle*).

Vamos a ver cómo se hunde
el sol en el horizonte.
Caminaremos la calle...
Hasta el mesón y volvemos...

CAPITAN

—Bueno, vamos.

(*A Manuel*).

Con permiso.

MANUEL

—Lo tiene, mi Capitán.

(*Salen, se les ve cruzar tras la verja*).

ESCRIBANO

(*Al Capitán, en la calle, mientras hacen mutis*).

—Dicen que es sangre de Irala,
del propio Irala, ¿creerás...?
Un buen producto de india y andaluz...

(*Desaparecen. Elena sale del bosque. Trae en la mano un gran ramo de jazmines. Viste de blanco*).

ELENA

(*Sonriendo*).

—Yo soy la ninfa del bosque
que requiriendo jazmines
llegó volando a encontrarlos...

MANUEL

—¡Esos son versos de Carlos!

ELENA

—...llegó volando a encontrarlos
en únos dulces confines
donde no alcanza la luna,

(Manuel da muestras de impaciencia).

y traigo en estos mis brazos
llamarada de pureza...

MANUEL

—Bueno. Ven. Habla conmigo...

ELENA

—Soy el único testigo
del noviazgo de las flores;
y en ese mismo confín,
cuando se abre la mañana
me conversan como a hermana
porque yo he sido jazmín...
Hay dolores
en las flores...
Hay carmines,
hay rubores,
hay princesas, hay delfines,
hay romances, hay amores...
Los jazmines son señores;
y a la luz de las estrellas
que suelen llegar hasta ellas
como camaradas fieles
las gardenias son doncellas
y los geraneos, donceles...
De todos es el clavel

el más airoso doncel;
y la mujer más hermosa,
¿sabes cuál es? Es la rosa,
a quien toma por esposa
cuando es núbil, el jazmín...
Escúchame éste percance
que tiene, por ser de flores,
el aroma del romance
del amor de los amores...
Dijo a un lirio una violeta:
«¿En qué quedamos, Poeta?
¿También cantas a la rosa?
¡Señor, o la rosa o yo!»
Y el lirio le contestó
ante sus pies inclinado;
«a todas canta el poeta
porque en todas ha encontrado
un poco de tí, violeta...»
Y ella, en un dulce mohín
replicó con picardía:
«Hace un rato me decía
la misma cosa un jazmín...»

(*Ríe*).

MANUEL

—¡Vaya! ¡Concluiste por fin!
Ven... Ven a la realidad,
En ella es que te prefiero...

ELENA

—Lo primero es lo primero...
Voy a llevar a la Virgen
mis flores y soy contigo...

MANUEL

—Para conversar conmigo

siempre hallas inconvenientes
y sobran cosas urgentes
cuando puedes encontrarte
a solas con mi querer...

ELENA

—Voy y vuelvo.

MANUEL

(Interceptándose resueltamente).

—¡No ha de ser!
Te quiero tan locamente
que se me abrasa la frente
cuando te llego a tener
al alcance de mi amor.

ELENA

—¡Manuel, Manuel, por favor!

MANUEL

—Y te he de besar.

(Un poco brutalmente, la quiere besar. Carlos acaba de aparecer. Ha oído la última frase de Manuel).

CARLOS

(Enérgicamente).

—¿Qué es esto?

MANUEL

(En una súbita explosión de rabia).

—Así te quiero, rival,
pero rival francamente
cara a cara y frente a frente.

(Manuel levanta el brazo. Carlos le detiene. Elena, horrorizada, se cubre la cara con las manos).

CARLOS

(*A Elena con una profunda serenidad*).

—Entre usted. Ahí la llaman...

ELENA

—Pero ¿qué va a suceder...?

CARLOS

—Entre usted y nada tema.

(*Elena entra; pero un instante después durante el diálogo que sigue, se verá que ha quedado en la puerta y lo ha oído*).

MANUEL

—No creas que me sorprende
lo que acaba de ocurrir...
tu afán de robarme a Elena
tiene ya data muy vieja...
Tu mutismo enfrente de ella,
tu cabeza siempre gacha,
tus versos con su estribillo
de «la pasión escondida
adentro del corazón»,
tu actitud meditabunda,
tus censuras paternales,
a mis cosas y mis gustos,
y tu hipocresía, en fin,
bien claro me demostraron
hace mucho tiempo ya
la taimada pretensión
de robarme a esa mujer...
pero no roba el que quiere...

CARLOS

—¡Con qué impudicia infinita

usas el verbo «robar!»

MANUEL

—¿Qué quieres decir con eso?

CARLOS

—Que tal verbo es un exceso
de impudor en boca tuya
y debieras de pensar
echando un poco la cuenta
y la farsa haciendo a un lado,
que la soga no se menta
en la casa del ahorcado.

MANUEL

—No comprendo la alusión,
a menos que tu plan sea
cambiar de conversación...

CARLOS

—De «robos» vamos a hablar...
El caso vale la pena...

MANUEL

—Yo prefiero hablar de Elena
que es lo que estaba en cuestión...

CARLOS

—Bueno... ya basta... ¡ladrón!

MANUEL

—¿Qué...?

CARLOS

—¡Ladrón!

MANUEL

—Carlos... ¿qué dices?

CARLOS

—¡Ladrón, sí que te has valido
de las sombras de la noche
lo mismo que un foragido
para robar a tu padre.
Ladrón, mil veces ladrón
que hasta a un cuádruple tesoro
llevaste tu avilantez,
pues has robado a ese padre
de sus arcas onzas de oro;
de sus blasones la prez,
de su frente la razón,
y la vida de su pecho.
¡Ladrón, mil veces ladrón!

(Serenándose, mientras Manuel está fulminado por el apóstrofe).

No me cuadra ser tu juez
ni a tal tendría derecho
porque yo no soy tu hermano...

MANUEL

—¿Qué dices...?

CARLOS

—Lo que has oído.
¡Yo soy aquí un recogido!
¡Era un intruso en la raza!
¡Soy un hijo de la plaza!
que un poco tarde ha sabido
su verdad... ¡un mantenido!

Eso y nada más he sido.

(Pausa en medio del asombro de Manuel).

Escúchame bien. Me voy.
¡Me voy para no volver!
Pero tengo yo un deber
soberano que cumplir:
salvar la vida de ese hombre...
¿A costa de qué? De un nombre
¡de mi nombre, que no existe!
¡A la postre no es tan triste
echar lodo sobre lodo!

(Entregándole una carta).

—Tú mismo se la darás:
contiene mi confesión...

MANUEL

—¿Y te declaras...?

CARLOS

—¡Ladrón!
Ve y entrégala ahora mismo.

MANUEL

—Aquí viene...

CARLOS

—Si preguntara por mí
le dirás que ya he partido...

(Carlos entra. Aparece el Corregidor con Etelvina e Isabel).

MANUEL

—¡Padre...!

CORREGIDOR

—¿Qué hay?

MANUEL

—Una carta.

CORREGIDOR

(A Isabel).

—Léela tú...

MANUEL

—Es de Carlos...

CORREGIDOR

(Volviendo a tomar la carta nerviosamente).
—¡Dámela!

(Abre y lee. Mutis Etelvina).

¡Señor Misericordioso!
¿Qué leen mis ojos aquí?
¡Isabel, Isabel mía!

(Isabel toma la carta y lee fuerte).

ISABEL

(Leyendo).

—...y me castigo a mí mismo
alejándome de aquí
para siempre, padre mío...

CORREGIDOR

—¡El era, pues, el autor del delito,
del delito infamante de robar!
¡Hijo de mi sangre sé bendito,
sé bendito, hijo mío... mi Manuel!
¿Cómo pude, menguado, sospechar
del hijo de mi sangre y de mi amor?
¡Ahí la prueba está! Vuelve a leer.

ISABEL

(*Leyendo*).

«Robé en tu cofre, señor,
y me castigo a mí mismo...»

CORREGIDOR

—Dios de infinita bondad
que has arrancado la venda
de mis pupilas caducas
para que torne a la vida
tu siervo que deliraba.

ISABEL

(*Llorando*).

—¿Pudiste creer...?

CORREGIDOR

(*A Manuel que ha quedado de rodillas*).

—¡Perdóname, mi Manuel!
Perdona a un padre cegado
que sospechó, delirando,
de tí...

(*Llorando*).

¿Ya ha partido...?

MANUEL

—Ha partido hace ya un rato.

(*Isabel llora bajo*).

CORREGIDOR

—¿Qué infernales sugestiones
que acamparon en mi frente
nublar pudieron mi mente
y oscurecer mis razones
hasta dar a mis visiones

la visión de un inocente
marcado por el delito
y aquella de un delincuente
sospechado injustamente?

(Poniéndose de pie).

¡Hijo mío, sé bendito
en la virtud y en el bien!

ISABEL

—¡Cómo te yergues ahora!
¡Cómo tornas a la vida!
¡Cuál renaces compañero!

CORREGIDOR

(Apoyándose en Manuel).

—Porque el honor me apuntala,
por que de nuevo rebrilla
en el mármol de mi frente
la arrogancia de Castilla.
Pronto, pronto... ¡Mi golilla!

(Isabel entra y sale con la golilla).

¡Manuel, Manuel, sangre limpia!
Sea, pues, la mano tuya
la mano que restituya

(Dándole la golilla que Manuel le prende).

a mi testa encanecida
el emblema de una vida
que renace a la ternura,
y a la gloria, y al honor...
Y aquí puede esta blancura
immaculada y pristina
como la enseña divina
del símbolo que atesora.

Isabel... renazco agora...
Venir... A plenos pulmones
quiero el aire respirar...
Dejadme, logro marchar...
¡La altivez cuando está herida,
se encorva bajo el pesar...!
No hay torre, por más erguida,
que esté inmune a se doblar...
¡Hasta la mar, con ser mar,
parece a ratos hundida
y su cresta sumergida
debajo del batallar;
mas la ola está escondida
esperando retumbar,
y al volverse a levantar...
¡qué hermosa, Señor, la vida,
cuando se puede avanzar
con la golilla prendida!

(*Salen por la derecha al bosque*).

CARLOS

(*Aparece*).

—Rincón de mi niñéz... Vieja fontana
que arrulló mis primeras emociones...
Arbol que sombreó mi luz temprana,
sitios de mi niñez, viejo rincón,
adiós.
Adiós tú, noble viejo delirante,
a quien quise como a un padre
y a quien salvo en este instante
pagando con leal moneda
su larga hospitalidad...
Y tú, la sagrada madre...
la buena madre que queda
a un lado de mi camino...

Y tú, mi Elena, divino
sueño de amor que oculté
adentro del corazón,
adiós...

(Va a partir. Elena apareciendo por la izquierda).

ELENA

—Pero no solo: ¡conmigo!

CARLOS

—¡Elena! ¡Por Dios!

ELENA

—¡Mi Carlos!
Cielo y yo somos testigo
de un sacrificio tan grande,
que mi alma vibra y se expande
y sangra mi corazón.
¡El es de usted! lo he sentido
llenarse de usted entero...

CARLOS

—Elena, Elena, te quiero
desde hace años en silencio
todos mis ensueños de hombre
guardé en el fondo del sér.
Pero yo no tengo un nombre
para poderte ofrecer...
¡Soy un intruso en la raza!
¡Soy un hijo de la plaza...!

ELENA

—Bendita plaza que engendra
varones de tal valer
capaces de hacer cambiar

en un minuto tan sólo
el alma de una mujer.
Bendita plaza que tiene
para timbrar, tal poder,
que tu blasón, Carlos mío,
viene timbrado por Dios.

CARLOS

—¡Elena, Elena mía!

ELENA

—Bendita plaza capaz
de dar al mundo un varón
que lleva en su corazón
irradiaciones de sol
y cuya nobleza prueba
a nuestros ojos perplejos
que el cielo no está tan lejos
ni hay tanta sombra en la tierra.

CARLOS

—Ahora sí que juzgo fuerte
mi sacrificio... No verte...

ELENA

—¿Insistes...?

CARLOS

—Debo partir...
Fuera mengua del honor
de quien lo tiene manchado
olvidar, ébrio de amor,
que el Perú espera al menguado
para darle un apellido...

ELENA

—No, no, que mi corazón...

CARLOS

—¡Será leal porque ha sentido
la suprema vibración!
Espérame, Elena mía,
Adiós. El cielo me guía:
¡Voy a abrillantar mi acero!

ELENA

(*Cayendo de rodillas mientras él se aleja*).

—¡Bendito seas Carlos!
¡Aquí te espero!

(*Cae de rodillas y llora*).

TELON


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00045676703